



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

Instituto de Investigaciones Filosóficas “Luis Villoro”

**Ni naturales ni culturales: las zonas del conocimiento intermedias y su  
lucha contra la unificación. El caso de la lingüística desde la perspectiva  
de la filosofía de la ciencia**

Tesis

Que para obtener el grado de

DOCTORA EN FILOSOFÍA

Presenta

Beatriz Elizabeth Molina Gómez

Director de tesis

Dr. Bernardo Enrique Pérez Álvarez

Morelia, Michoacán

Agosto de 2022

# Índice

<i>Agradecimientos</i>	5
<i>Resumen</i>	6
<i>Abstract</i>	7
<i>Introducción</i>	8
<b>Capítulo 1. Problemas de filosofía de la lingüística</b>	<b>14</b>
1. ¿Es la lingüística una ciencia?	14
1.1 Sobre la elección de los criterios de cientificidad	22
1.1.1 Contrastación empírica	23
1.1.2 Universalidad	24
1.1.3 Objetividad	25
1.2 Introspección, intuición y corpus: el papel de la evidencia en la lingüística	26
1.2.1 Introspección e intuición: relaciones y límites	27
1.2.2 Corpus y métodos cuantitativos	31
1.3 Principales enfoques teóricos en la lingüística y la intersección objeto-método	33
1.3.1 La lingüística como ciencia	34
1.3.2 Estructuralismo clásico	34
1.3.2.1 El método y la evidencia en el estructuralismo	36
1.3.2.2 Estructuralismo americano	37
1.3.3 Un cambio ¿radical?: la Gramática Generativa de Chomsky	37
1.3.3.1 El método: la introspección	39
1.3.3.2 Las principales críticas al generativismo	40
1.3.4 Funcionalismo	41
1.3.5 La lingüística cognitiva	44
<b>Capítulo 2. Orígenes y repercusiones de la división entre las ciencias</b>	<b>49</b>
2.1 ¿Qué se entiende por conocimiento científico?	51
2.2 Dilthey: las ciencias del espíritu frente a las ciencias de la naturaleza	54
2.2.1 La objetivación de lo individual	56
2.2.2 Comprensión en el mapa diltheyano: conexión, vivencia e interpretación	57
2.3 Cultura frente a espíritu: Rickert y las ciencias de la cultura	59
2.3.1 Las diferencias entre los métodos	63
2.3.2 Los territorios intermedios	65
2.4 Siglos XX y XXI: comprensión y explicación	66
2.4.1 Explicación	67
2.4.2 Comprensión	70
2.4.3 Explicación en lingüística	72
2.4.4 Tres enfoques contemporáneos	75
2.4.4.1 Sobre la autonomía de las ciencias del espíritu	75
2.4.4.2 Sobre la unidad de la ciencia	77
2.4.4.3 ¿Cuestión de grado?	78

2.5 Algunos ejemplos en las ciencias particulares: la arqueología y una "tercera vía" _____	81
2.5.1 El caso de la lingüística _____	81

**Capítulo 3. Problemas de delimitación del objeto de estudio y su relación con la clasificación de las ciencias** \_\_\_\_\_ **84**

3.1 Ciencia y realidad _____	85
3.1.1 El realismo de Popper y los <i>tres mundos</i> _____	85
3.1.2 Hacking: intervenciones en el mundo 3 _____	88
3.1.3 Niiniluoto y el realismo en las ciencias sociales _____	89
3.2 Caracterización filosófica del objeto de estudio de la lingüística _____	94
3.2.1 Externalismo, emergentismo y esencialismo _____	95
3.3 ¿Qué tipo de ciencia es la lingüística? _____	98
3.4 El conocimiento de la lengua _____	99
3.4.1 La postura esencialista y la primacía de las entidades mentales _____	100
3.4.2 La <i>realidad</i> de las entidades lingüísticas y su relación con las entidades mentales _____	104
3.4.3 Itkonen: intersubjetividad y el conocimiento de normas _____	107
3.5 Conclusiones _____	109

**Capítulo 4. La necesidad de ser plural. Por una ciencia imperfecta, fragmentada y más humana** \_\_\_\_\_ **113**

4.1 Crítica al modelo monista-naturalista de ciencia _____	114
4.1.1 Desde el punto de vista ontológico _____	114
4.1.2 Desde el punto de vista de los objetivos y alcances de la ciencia como actividad humana _____	116
4.1.3 Desde el punto de vista de la clasificación de las ciencias _____	117
4.2 El adiós al sueño unificador. La fragmentación de la ciencia y los esbozos del pluralismo _____	119
4.2.1 Las tradiciones científicas frente a la unificación _____	119
4.2.2 Selección, visión parcial que lleva a mundos distintos; las fronteras entre las tradiciones de investigación y la posibilidad de diálogo _____	121
4.3 La discrepancia empírica entre el monismo metodológico, el falsacionismo y la práctica científica _____	122
4.3.1 El fracaso del criterio de demarcación _____	122
4.3.2 Distintas formas de racionalidad _____	123
4.4 El pluralismo en la ciencia _____	124
4.4.1 ¿Por qué adoptar una postura pluralista? _____	127
4.4.2 Los (posibles) peligros del pluralismo _____	129
4.5 La existencia de zonas del conocimiento intermedias (como la lingüística) y su peso para la constitución del pluralismo _____	130
4.5.1 Las zonas intermedias más allá de Rickert _____	131
4.5.2 La importancia de las zonas intermedias en la crisis monista/dualista _____	132
4.5.3 Epistemología y metodología plural _____	133
4.5.3.1 Métodos cualitativos e intuición _____	133
4.6 Conclusiones _____	134

**Conclusiones generales** \_\_\_\_\_ **136**

**Bibliografía** \_\_\_\_\_ **141**





## **Agradecimientos**

Esta investigación fue posible gracias al apoyo del CONACyT a través de la beca que recibí durante mis estudios de doctorado.

Agradezco a mis lectores, la Dra. Ana Cristina Ramírez Barreto y el Dr. Carlos González di Pierro, por sus valiosos comentarios y aportaciones a largo de este trayecto.

Debo un especial reconocimiento y agradecimiento al Dr. Bernardo Enrique Pérez Álvarez, quien no solo me asesoró en esta tesis, sino que ha sido una invaluable guía desde mis inicios en la vida académica.

A mis padres, Reyna y Francisco, y mis hermanos, Karina y Hugo por su apoyo constante, incondicional.

A Zémfira.

Y a Jorge, por escucharme, apoyarme y simplemente estar ahí. Gracias.

## Resumen

Esta investigación se centra en las relaciones entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, humanidades y otros campos del saber. El punto de partida es que existen preconcepciones ingenuas y monolíticas acerca de la ciencia que afectan directamente la conformación de ciertas disciplinas, ya sea porque ponen en duda su carácter de ciencia, ya porque interfieren de manera indeseable en la delimitación del objeto de estudio y en las elecciones metodológicas al buscar asimilarlas a ciencias prestigiosas, como las naturales. El surgimiento de conflictos, tanto al interior de las ciencias particulares como en la relación entre distintas disciplinas, es especialmente notable en aquellas disciplinas que catalogamos como zonas intermedias, como la Lingüística, cuyo caso ilustra los principales aspectos en los que es posible ver las consecuencias de esta problemática: la conformación del objeto de estudio, la pertenencia a una clase de ciencia y las elecciones metodológicas. La necesidad de un replanteamiento de la concepción actual de ciencia y la apertura hacia un modelo plural se justifica en esta investigación a través de la revisión crítica de la relación entre ciencias modélicas y disciplinas jóvenes.

Palabras clave: unidad de la ciencia, pluralismo, zonas intermedias, ciencia cultural, ciencia natural

## **Abstract**

This research focuses on the relationship between natural sciences, social sciences, humanities and other fields of knowledge. The starting point is that there are naive and monolithic preconceptions about science that directly affect the formation of certain disciplines, either because they question their character as science, or because they interfere in an undesirable way in the delimitation of the object of study and in the methodological choices when seeking to assimilate them to prestigious sciences, such as the natural ones. The emergence of conflicts, both within the particular sciences and in the relationship between different disciplines, is especially notable in those disciplines that we classify as intermediate zones, such as Linguistics, whose case illustrates the main aspects in which it is possible to see the consequences of this problem: the conformation of the object of study, belonging to a science class and methodological choices. The need to rethink the current conception of science and to open towards a plural model is justified in this research through the critical review of the relationship between exemplary sciences and young disciplines.

Key words: unity of science, pluralism, intermediate zones, cultural science, natural science

## **Introducción**

Esta tesis aborda, desde una perspectiva crítica, el carácter modélico de las ciencias naturales con respecto a otras ciencias y los problemas que surgen tanto de la aceptación de este modelo, como de la división dicotómica de las ciencias entre naturales y sociales/humanidades. Tales problemáticas son vistas desde la óptica de una ciencia particular, la lingüística, lo que nos permite ilustrar desde el interior de una ciencia particular varios aspectos como las justificaciones metodológicas, la delimitación del objeto de estudio, la asociación con un tipo o modelo científico, entre otros.

Los objetivos principales que se persiguen en esta tesis son: por un lado, acercarnos al problema de las relaciones entre las ciencias siguiendo el hilo conductor que va de la dicotomía ciencia natural/ciencia cultural, desde Dilthey y Rickert, hasta el pluralismo científico, haciendo énfasis en el reconocimiento de zonas intermedias y de límites difusos entre las distintas disciplinas científicas. Por otro lado, el segundo objetivo es cuestionar tanto la pertinencia de la dicotomía antes mencionada como del modelo de científicidad basado en las ciencias naturales. En su lugar, se propone partir de un modelo plural y flexible que permitiría enriquecer nuestro conocimiento y llegar a una relación equilibrada entre las ciencias naturales y las ciencias culturales.

Un aspecto que ilustra muy bien el desequilibrio que existe entre las ciencias es la falta de una terminología unificadora para las ciencias que no son las naturales, de manera que existe la oposición ciencias naturales/ciencias sociales, que aparentemente no presenta ningún problema, pero si consideramos que junto a este conjunto existen también las humanidades, los estudios de la cultura, los estudios literarios, etc., cabe preguntarse qué es lo que excluye a estas áreas del conocimiento del grupo de las ciencias.

Podemos entender las relaciones anteriores de la siguiente manera: el núcleo, que tiene carácter definitorio, está constituido por las ciencias naturales; si una disciplina se parece o se acerca en sus fundamentos epistemológicos y metodológicos a ellas, puede aspirar a la etiqueta de ciencia. Las ciencias sociales (sociología, antropología, historia, economía,

etc.) cumplen en mayor o menor medida con este requisito. Las humanidades se alejan ya de estos parámetros y su estatus de ciencia queda en entredicho. Los llamados “estudios” tienen pocas probabilidades de ser considerados como ciencias, pues carecen de similitudes con los métodos de las ciencias naturales. Como vemos, la falta de unidad terminológica es ya un indicio de los problemas que supone la delimitación, así como la fundamentación epistemológica de estas áreas de estudio.

Con el fin de exponer y reflexionar sobre la problemática que surge a raíz de la división entre las ciencias y el carácter modélico de las ciencias naturales, hemos recorrido algunos puntos relevantes del desarrollo de la lingüística como disciplina científica, centrándonos en las justificaciones epistemológicas y metodológicas que las distintas teorías y modelos ofrecen respecto a elecciones tan importantes como la delimitación del objeto de estudio o la asociación de la disciplina a las ciencias naturales, de la cultura o las humanidades.

La ventaja de llevar esta revisión al ámbito de una ciencia particular es que nos permite, por un lado, corroborar el peso de las concepciones de ciencia (y de aquello que parece pertenecer solo a la teorización de los filósofos de la ciencia) en las elecciones y justificaciones de una ciencia particular; y por otro lado, se pone en evidencia la necesidad de una reflexión más profunda al interior de las ciencias respecto a sus propios fundamentos epistemológicos que puede repercutir finalmente en la formación de nuevos científicos.

En particular la lingüística se ha caracterizado por seguir distintos modelos de ciencia a lo largo de su corta historia como tal. Y más que modelos, pensados en abstracto, la lingüística ha tenido “ciencias modelo”: la biología, la lógica y las matemáticas, la sociología, etc. Esta indefinición está en estrecha relación con la delimitación de su objeto de estudio y tiene repercusiones no solo a nivel filosófico o epistemológico, sino también en los niveles metodológicos e incluso pedagógicos, si consideramos cómo afecta la formación de futuros lingüistas.

La propuesta que hacemos en esta tesis es de una concepción modesta de la ciencia frente a una realidad compleja que nos obliga a reconocer lo inadecuado de la búsqueda de una sola respuesta. Reconocer los límites del conocimiento científico y aceptar la pluralidad parece más adecuado en estos tiempos en los que se ha puesto en crisis el modelo de civilización occidental.

En otro sentido, pero estrechamente vinculado con lo anterior, está el hecho de que esta búsqueda de “la respuesta única” ha sido abordada principalmente desde un solo punto de vista: el de las ciencias naturales, que se han erigido como modelo para esta respuesta única, en detrimento de las ciencias que buscan el conocimiento de objetos distintos de lo natural, sean sociales, culturales o humanos.

Esta tesis está conformada por cuatro capítulos. En el primer capítulo de ellos se exploran las concepciones de ciencia más difundidas y aceptadas, así como lo que se considera válido en términos de criterios de científicidad, evidencia y metodología. Posteriormente, se trata de mostrar cómo las preconcepciones ingenuas y/o monolíticas acerca de la ciencia afectan directamente la conformación de ciertas disciplinas, ya sea porque ponen en duda su carácter de ciencia, ya porque interfieren de manera indeseable en la delimitación del objeto de estudio y en las elecciones metodológicas al buscar asimilarlas a ciencias prestigiosas. Estos conflictos son ilustrados en este capítulo a través de un breve recuento de los principales enfoques de la lingüística y la relación objeto-método que cada uno presenta, así como de su estatus científico.

Un punto en el que se hace énfasis en este capítulo es que las ciencias naturales, particularmente la física, se han consolidado como el modelo de verdadera ciencia, obligando a otras ramas del conocimiento y disciplinas a tratar de emularla, muchas veces sin una reflexión crítica. Existe, por tanto, una concepción común de ciencia que constituye el punto de partida para los científicos.

En el caso la lingüística, se señala el conflicto que surge tanto en la concepción y delimitación del objeto de estudio, como en la metodología. La obtención de evidencia en

la lingüística se debate entre dos extremos: la introspección y el uso de corpus que, como recalcamos en este capítulo, según la concepción de la que se parta pueden resultar incompatibles o complementarios.

El segundo capítulo se enfoca en una revisión crítica de los fundamentos de las ciencias que no son naturales, desde las perspectivas de Dilthey (1883/1980) y Rickert (1965), y que son llamadas ciencias del espíritu por el primero, y de la cultura, por el segundo.

En este capítulo se hace evidente que, si bien el señalar las diferencias y dividir las ciencias en dos grupos pone de relieve las distintas necesidades de los diferentes campos del saber, esto no resuelve el conflicto de la subordinación de las ciencias del espíritu o de la cultura a las ciencias naturales. Por otra parte, si se adoptan posturas de división absoluta, se genera otro tipo de problemas, como la falta de claridad metodológica o rigor, la escasa o nula comunicación entre las distintas áreas, o la necesidad de asimilación a las ciencias naturales. Un primer atisbo de esta problemática son las zonas intermedias de Rickert que nos servirán, en el capítulo cuatro, como punto de partida para la propuesta de pluralismo.

En este capítulo abordamos también la oposición entre los modelos de explicación y comprensión como propios de las ciencias naturales y las ciencias de la cultura, respectivamente, y exploramos algunos cuestionamientos contemporáneos a la dicotomía natural/cultural en la ciencia.

En el caso de la lingüística, vemos cómo la idea de que solo hay una forma de hacer ciencia (la de las ciencias naturales) y la doble posibilidad que tiene un objeto de estudio como el lenguaje de ser clasificado como natural/cultural entran en conflicto al momento de legitimar el estatus científico de la lingüística. De igual manera, la delimitación del objeto de estudio de la lingüística como natural o sociocultural remite al problema de la división/clasificación de las ciencias en dos grandes grupos: las ciencias naturales y las ciencias sociales/culturales.

Así, la lingüística (al igual que otras ciencias) se ve entre varias posibilidades: en primer lugar, asumirse como ciencia social, o como ciencia natural; en segundo lugar, aceptar la idea de una ciencia unificada, que equivale en realidad a asumirse como una ciencia social que sigue las normas de las ciencias naturales; o bien, negar la idea de ciencia unificada y entonces buscar un fundamento propio de las ciencias sociales, culturales y humanidades. La naturaleza distinta de los objetos de estudio naturales y los culturales, así como la existencia de problemas exclusivos de los objetos socioculturales, entran en conflicto con la concepción unificada de la ciencia.

El capítulo tres aborda la compleja relación entre ciencia y realidad. Es necesario hacer esta reflexión para poder comprender otros aspectos del conflicto entre los objetos culturales y los naturales y vislumbrar posibles salidas. En el caso de la lingüística, este problema se vuelve visible (e ineludible) cuando se trata de determinar la naturaleza del objeto de estudio y, en consecuencia, se asume la pertenencia de la lingüística a uno u otro tipo de ciencia.

En consecuencia, algunos aspectos del realismo científico son abordados en este capítulo, donde las posturas de Popper y de Hacking ilustran el problema en la ciencia en general y la de Niiniluoto en las ciencias sociales en particular.

La discusión del carácter de las entidades lingüísticas es revisada en tres grupos: emergentismo, esencialismo y externalismo. Igualmente, exploramos la relación entre estas posturas y las distintas concepciones de la lingüística como ciencia.

En el cuarto y último capítulo presentamos argumentos en favor de una concepción pluralista y modesta de ciencia. El sustento de este modelo plural se articula en 3 ejes: el punto de vista ontológico; el de los objetivos y alcances de la ciencia como actividad humana y el de la clasificación de las ciencias.

En este capítulo cuestionamos las bases ontológicas y epistemológicas del monismo y evaluamos la utilidad de una solución dicotómica natural/cultural desde las prácticas



científicas reales. Al hacerlo, nos encontraremos cada vez con mayor evidencia de prácticas plurales y menores indicios de una progresión continua. La coexistencia de distintas tradiciones de investigación, metodologías y criterios para la evaluación de la racionalidad remarcan la necesidad de una revisión del concepto de ciencia y una reevaluación del lugar de las zonas intermedias en el mapa general de la ciencia.

Así, en este capítulo se hace énfasis en la necesidad de aceptar el carácter parcial del conocimiento científico, así como la existencia de zonas difusas, inabarcables por un solo modelo. Proponemos que una visión desde el pluralismo científico puede ayudar a comprender la naturaleza difusa de ciencias como la lingüística, entre otras. De igual manera, un modelo de ciencia plural implica renunciar al sueño de unificación y aceptar su carácter difuso, complejo y humano, de manera que no son ciertas áreas del conocimiento las que deben adaptarse a la concepción de ciencia imperante, sino que es esta la que debe ser revisada y reestructurada bajo criterios más flexibles, abiertos y acordes con las prácticas científicas reales.

# Capítulo 1. Problemas de filosofía de la lingüística

## 1. ¿Es la lingüística una ciencia?

Para poder, si no responder, por lo menos acercarse y comenzar a responder esta pregunta, primero es necesario saber qué es una ciencia, o mejor, qué requisitos debe cumplir un conjunto de conocimientos para ser considerado científico. El procedimiento puede parecer sencillo: se establece una serie de criterios de cientificidad ante los cuales se confronta el conjunto de conocimientos cuya cientificidad deseamos probar y establecemos así su mayor o menor grado de cientificidad.

En realidad, es muy difícil proceder de esta manera; primero, porque no hay un acuerdo universal acerca de qué es la ciencia, lo que dificulta a su vez el establecimiento de una serie de criterios. En el caso de la lingüística, estamos de acuerdo con Carr cuando señala que “given that philosophers of science disagree on the answers to the question just raised [si la lingüística es o no una ciencia], linguists must adopt a particular philosophy of science if they are to argue that linguistic inquiry is scientific in nature” (Carr 2006: 560). El problema, no mencionado por Carr es que, por un lado, no muchos lingüistas tienen la intención de justificar su área de estudio (tal vez algunos ni siquiera tengan dudas al respecto). Por otro lado, tampoco es usual entre lingüistas (como probablemente tampoco lo es en otras áreas) estar familiarizado con distintos enfoques de la filosofía de la ciencia al grado de poder elegir el mejor para fundamentar su disciplina. Lo que sucede es que, o bien unos cuantos eligen entre las diferentes propuestas emanadas de la filosofía de la ciencia, o bien, se adhieren a las concepciones populares (un tanto ingenuas) acerca de la ciencia que tienen muchos científicos practicantes y el público en general.

En este caso particular procederemos de una manera un tanto informal que intenta encontrar el punto medio entre ambos procedimientos (después veremos por qué): no elegiremos una teoría de la filosofía de la ciencia en concreto, sino que trataremos de llegar a una serie de rasgos más o menos compartidos tanto en la filosofía de la ciencia como en las concepciones ingenuas, a lo que llamaremos *concepción común de la ciencia*. Luego

veremos cómo estos criterios pueden contrastarse con la lingüística, pero también cómo las preconcepciones acerca de *qué es científico* constituyen una verdadera fuente de problemas para la lingüística (y, en consecuencia, de los que *debe* ocuparse una filosofía de la lingüística), a saber: qué tipo de ciencia es; cuál es su objeto de estudio; cuál es la metodología más adecuada (¿más científica?) para la investigación lingüística.

Podemos comenzar este acercamiento entonces considerando cómo se distingue el conocimiento científico del conocimiento en general. Para Villoro, por ejemplo: “la ciencia consiste en un conjunto de saberes compartibles por una comunidad epistémica determinada: teorías, enunciados que las ponen en relación con un dominio de objetos, enunciados de observación comprobables intersubjetivamente; todo ello constituye un cuerpo de proposiciones fundadas en razones objetivamente suficientes” (Villoro 1989: 222).

Podemos agrupar los rasgos de esta definición en relación con tres categorías:

-Sujeto: nos preguntamos quién hace/posee el conocimiento científico.

-Método: preguntamos cómo se obtiene el conocimiento.

-Carácter: indagamos qué cualidad distingue al conocimiento científico.

Es importante señalar que Villoro no niega los componentes de creatividad e individualidad en la conformación del conocimiento científico. Destaca, por ejemplo, el componente personal en la verificación de los enunciados de observación por experiencia directa (Villoro 1989: 222). Sin embargo, siguiendo la distinción que en filosofía de la ciencia se conoce como “contexto de descubrimiento” y “contexto de justificación”, Villoro observa que la participación del individuo no es relevante para la definición del conocimiento científico: “Porque la ciencia es, ante todo, un *saber impersonal*” (Villoro 1989: 26, cursivas en el original). Es decir, si los procedimientos y resultados de la observación o experimentación fueran propiedad exclusiva de un individuo, entonces no podrían formar parte del cuerpo de conocimiento científico. La ciencia es pública, lo que implica, como veremos, que sus postulados tienen validez universal.

Contrastemos ahora lo que dice Villoro con algunas ideas populares acerca de la ciencia según Chalmers (1984), mismas que considera ingenuas y que, en su versión formalizada, llamará “concepción inductivista ingenua” de la ciencia:

-Es conocimiento probado

-Las teorías se derivan de la observación y la experimentación

-La ciencia se basa en la observación directa a través de los sentidos.

-Tiene un carácter impersonal.

-La ciencia es objetiva.

-Al ser objetiva, es fiable.

Vemos que en términos generales las ideas de Villoro coinciden con una concepción ingenua de la ciencia, según lo planteado por Chalmers. Pero, ¿por qué es ingenua esta concepción? ¿No es así como filósofos generales, científicos y el público en general piensan acerca de la ciencia? ¿Están todos ellos equivocados?

En realidad, no hay una respuesta sencilla a tal pregunta. Tomemos el caso de la insistencia en la búsqueda de leyes universales en las ciencias sociales (búsqueda que ha tenido gran peso especialmente en el desarrollo de la historia como ciencia). Nagel, importante representante del positivismo lógico, deja el asunto fuera de la discusión justamente por estar poco apegado a la realidad de *cualquier* ciencia:

En consecuencia, se ha puesto en duda repetidamente la conveniencia de considerar a cualquier rama actual de la investigación social como una «verdadera ciencia», habitualmente sobre la base de que, si bien tales investigaciones han brindado gran cantidad de información frecuentemente confiable acerca de temas sociales, estas contribuciones son principalmente estudios descriptivos de hechos sociales especiales correspondientes a grupos humanos de determinada ubicación histórica, pero no suministran leyes estrictamente universales acerca de fenómenos sociales. No sería provechoso discutir extensamente un problema planteado de esta manera, particularmente, debido a que los requisitos de una ciencia genuina supuestos tácitamente en la mayoría de tales afirmaciones conducen al resultado poco aclarador de que, excepto unas pocas ramas de la física, aparentemente no hay disciplinas que merezcan esa honorífica designación. (Nagel 1961/2006: 583).

Pero, podríamos responderle a Nagel que tal vez (solo) los filósofos de la ciencia, conscientes de los problemas de las ciencias duras, pueden desechar estas concepciones

idealizadas de la ciencia, pero visto desde otro punto de vista son dichas concepciones justamente las que se han popularizado y han sido tomadas como modelo por filósofos generales, público en general y, lo más importante, muchos científicos, lo que trae como consecuencia que sean precisamente esos criterios los que conformen las aspiraciones de las ciencias en busca de un modelo que seguir; por lo tanto, no debemos ignorarlos, sino indagar en las consecuencias y alcances que tienen para las ciencias particulares y la ciencia en general.

Podríamos entonces decir que, en términos muy generales, al menos una parte de la ciencia funciona de manera muy similar a los contenidos de la concepción ingenua. Una muestra de ello tiene que ver con el carácter impersonal: si alguien hace un descubrimiento con una metodología privada y además no lo comparte, no lo comunica, obviamente ese “descubrimiento” nunca llegará a formar parte del cuerpo de conocimientos de la ciencia: se perderá en el individuo y, puesto de una forma más dramática, morirá con él. La ciencia requiere pues de formas fiables de transmisión y conservación, de formas compartidas e independientes del individuo. Sin embargo, la separación entre los dos contextos mencionados (de descubrimiento y de justificación) no es absoluta: rasgos individuales, creencias, posturas personales, etc. sí influyen en la constitución del conocimiento científico como un todo.

Más complicada (y de alguna manera relacionada con lo anterior) es la consideración de la observación como un elemento fundamental de la ciencia. Este concepto, observación, está irremediablemente ligado a cierto fisicalismo: observamos a través de los sentidos (es importante señalar que de manera abrumadora se privilegia la vista en los ejemplos citados por filósofos y no filósofos) y así, aquello que no podemos observar (y medir) no puede ser objeto de la ciencia. Este es, como veremos, un serio problema para las ciencias sociales, las humanidades y las disciplinas “intermedias” que se topan con este requisito en su aspiración a conformarse como ciencias y buscan entonces salidas desesperadas para cumplirlo. Pero esta idea ingenua acerca de la observación acarrea problemas también para las ciencias físicas y es que se ha señalado ya que no hay observación pura: la observación científica siempre está cargada de teoría (v. Hanson, 1965).

Una salida aparentemente exitosa para estos problemas, que añadiría un nuevo criterio de cientificidad, es la que ofrece el falsacionismo de Karl Popper. En su propuesta, la ciencia no se caracteriza por “observar y comprobar”, sino por estar conformada por conjeturas que pueden ser refutadas. Este es el corazón de lo que se conoce como el criterio de demarcación popperiano: otros tipos de conocimiento, como la pseudociencia, no poseen este carácter de refutación. En palabras de Worrall: “Science is special because at least we can know when we are wrong.” (2002: 20). Esto es importante porque ciertas propuestas que desde otras perspectivas podrían considerarse científicas, como el psicoanálisis, es despachada como pseudociencia por el modelo popperiano, pues al parecer el psicoanalista *siempre* tendrá una explicación basada en sus fundamentos para cualquier problema que trate de resolver; en otras palabras, dicha explicación nunca podrá ser refutada por la evidencia (Chalmers 1984: 63-64).

Sin embargo, tampoco el falsacionismo está libre de críticas ni es aceptado de manera unánime: “It is now (almost) universally accepted that Popper account fails” (Worrall 2002:20). En resumen, si seguimos el hilo de las críticas al falsacionismo (Lakatos 1970; Chalmers 1984; Worrall 2002), podemos distinguir tres grupos:

- 1) Los que niegan el carácter especial de la ciencia (que dejaremos, al menos por el momento, fuera de la discusión)<sup>1</sup>.
- 2) Los que consideran que la complejidad de las teorías científicas no permite identificar tan fácilmente el peso del elemento “falseado”.
- 3) Los que consideran un error dejar fuera del juego la evidencia positiva (conocido como el “problema pragmático”, Worrall 2002: 20).

Según refiere Worrall (2002), fue Duhem (en su obra de 1906, *La théorie physique. Son objet, sa structure*<sup>2</sup>, casi tres décadas antes de la propuesta de Popper) quien señaló el

---

<sup>1</sup> El representante más prominente de esta postura es Paul Feyerabend (véase, por ejemplo, su conocida obra *Against Method*), quien sostiene que la ciencia es una actividad humana como cualquier otra, en la que “todo vale” y niega que sea especialmente racional. Dejaré de lado esta postura porque, aunque es interesante, se aleja del punto central de esta tesis, en la que asumimos que sí hay algo especial en el conocimiento científico.

<sup>2</sup> Hay traducción al español: *La teoría física. Su objeto y su estructura* (M. Pons Irazazábal, Trad.). Barcelona: Herder.

carácter necesario de “hipótesis auxiliares” teóricas, no observacionales. Estas hipótesis luego han sido señaladas como “parcialmente insensibles” a la falsación, pues su carácter teórico limita la contrastación empírica y por tanto, la posibilidad de falsear de manera definitiva una teoría: “Duhem’s analysis does not show that observation results never supply good grounds for holding that some «central» theory is false; but it does show that these are never conclusive and that something more than falsification must be involved” (Worrall 2002: 21). Ese “algo más” tiene que ser la evidencia inductiva, lo que apoya al segundo grupo de críticas, que sostienen que sí se requiere una cierta cantidad de pruebas inductivas: los científicos no buscan refutaciones, sino apoyos a sus hipótesis. Además, tenderán a mantenerlas aun en contra de evidencia capaz de falsarlas. Más importante, el parámetro que al final de cuentas designa una teoría como mejor entre las teorías rivales es la confirmación por la evidencia, no la refutación:

Perhaps what distinguishes a better scientific theory from a good one is that the former is better confirmed by the evidence; perhaps what explains “revolutionary” shifts in scientific theory – for example, that from Newton to Einstein – is exactly that, given the evidence that had accumulated, Einstein’s theory was the better confirmed theory; and finally perhaps what distinguishes scientific theories from non-scientific ones (whether metaphysical or pseudoscientific) is that the latter are not even capable of empirical confirmation. (Worrall 2002: 22)

Dadas las críticas y para efectos de los objetivos de esta sección, podemos considerar que falsable y comprobable (verificable) constituyen, por ponerlo así, dos caras de un mismo criterio: contrastación (negativa o positiva) con datos empíricos, lo que constituye entonces el primer criterio de lo que denominamos *concepción extendida de ciencia*.

Junto al carácter público e impersonal, que podemos considerar un primer criterio, está otro criterio de importancia para la ciencia: la universalidad. El procedimiento que permite verificar este criterio en las ciencias naturales, la replicabilidad, se presenta como un reto para las ciencias sociales y humanas, pues se refiere a la posibilidad de recreación por cualquier miembro de la comunidad científica pertinente de los resultados de un experimento o la aplicación de un modelo. Este proceder funciona como una garantía de universalidad o generalidad del conocimiento científico:

The path from a new discovery reported by a single scientist (or single group of scientists) to adoption by others involves confirmatory research (testing and confirmation), an

examination of the limits of the original result (by the original researchers or others), and development of new or expansion of existing scientific theory. This process may confirm and extend existing knowledge, or it may upend previous knowledge and replace it with more accurate scientific understanding of the natural world. The scientific enterprise depends on the ability of the scientific community to scrutinize scientific claims and to gain confidence over time in results and inferences that have stood up to repeated testing. (NASEM 2019: 3).

Esto es, como ya mencionamos, un punto crítico para las ciencias sociales y humanidades, pues los experimentos (si los hay), modelos e hipótesis son de naturaleza distinta a los que se dan en las ciencias naturales, de manera que reproducir o replicar un resultado muchas veces no solo es imposible, sino que carece de sentido:

Es indudable que sólo muy raramente es posible realizar experimentos, en el sentido estricto de la palabra, en las ciencias sociales, y quizás no sea posible realizarlos nunca con respecto a un fenómeno que suponga la participación de varias generaciones y grandes cantidades de hombres. Pues los científicos sociales habitualmente no poseen el poder de instituir modificaciones concebidas experimentalmente en la mayoría de los materiales sociales que son de interés científico. (Nagel 1961/2006: 586).

Y añade Nagel que aun cuando fuera posible llevar a cabo tales modificaciones, la propia manipulación constituiría a su vez otra variable cuyos efectos en el fenómeno social observado serían, por su propia naturaleza (esto es, al ser originadas por el propio experimento) imposibles de replicar: “Además, puesto que un cambio determinado en una situación social puede producir (y habitualmente lo hace) una modificación irreversible en variables importantes, la repetición del cambio para determinar si los efectos observados son o no constantes tendrá que efectuarse sobre variables que ya no están en las mismas condiciones iniciales en cada uno de los ensayos repetidos” (Nagel 1961/2006: 586). Aunado a lo anterior, podríamos preguntarnos si es siempre deseable probar el carácter universal del conocimiento acerca de los objetos de las ciencias sociales y humanas. Este aspecto lo veremos con mayor detalle, desde sus orígenes, en el segundo capítulo de esta tesis.

Podemos considerar que los criterios anteriores (carácter empírico y universalidad) guardan una estrecha relación con un tercer criterio, que es la objetividad, pues ambos garantizan la verificación externa (independiente del individuo) del conocimiento científico.



La noción de objetividad en general se refiere al carácter independiente de los hechos con respecto a un observador. No entraremos aquí en detalle con respecto a los diferentes tipos de objetividad (ontológica y epistémica es la principal distinción, v. de Bustos 1999: 91-92), pues lo que nos interesa es reconocer el papel de este concepto en la ciencia y su relación con los otros criterios ya mencionados.

En este sentido, podemos distinguir entre dos posiciones respecto a la objetividad: una radical y otra moderada. Vega Encabo identifica la postura radical como *ultraobjetivista* y considera que se caracteriza por la idea de que: “La mejor estrategia para alcanzar la objetividad en nuestro conocimiento es despojar a los procesos de investigación de cualquier referencia a las condiciones de los individuos que se embarcan en ellos” (Vega Encabo 2009: 35).

En las posturas moderadas, como la de Villoro, se enlaza el concepto de objetividad con el de intersubjetividad: “Las razones que aduce un sujeto son objetivamente suficientes si son suficientes para cualquier persona a la que le sean accesibles los mismos datos, pueda comprender razones teóricas semejantes y acepte el mismo marco conceptual, pero no para otros que no cumplan con esos requisitos” (Villoro 1989: 147).

La postura ultraobjetivista muchas veces ha dominado la imagen que se tiene de la ciencia. Asumir esta postura tiene como consecuencia que las ciencias sociales y las humanidades sean consideradas como “poco objetivas” o definitivamente, “subjetivas”.

Aunque incluso una postura moderada puede ver como problemático para las ciencias sociales lograr acuerdos intersubjetivos:

Puesto que los científicos sociales discrepan, en general, en los valores a los que adhieren, la «neutralidad valorativa» que parece ser tan universal en las ciencias naturales es imposible, se afirma a menudo, en la investigación social. Según el juicio de muchos pensadores, es absurdo esperar que las ciencias sociales presenten la unanimidad tan común entre los científicos de la naturaleza concerniente a cuáles son los hechos establecidos y las explicaciones satisfactorias de éstos. (Nagel 1961/2006: 630).

Como hemos visto, aun reduciendo al mínimo los criterios, estos no están libres de problemas. Siempre surgen discrepancias y la relación entre la concepción popular o

ingenua de ciencia, filosofía de la ciencia y práctica científica es más compleja de lo que pudiera pensarse.

Sin embargo, como ya anunciamos al inicio de este apartado, es justamente ese el problema al que buscamos referirnos: cómo una imagen ingenua o demasiado rígida de la ciencia y sus características llega a afectar a ciertas disciplinas.

### **1.1 Sobre la elección de los criterios de cientificidad**

Tenemos entonces que ya sea que se busque evidencia positiva (confirmación en el inductivismo ingenuo) o negativa (refutación en el falsacionismo), para la concepción extendida de ciencia es indispensable la contrastación de las hipótesis con datos empíricos. Si consideramos a los máximos representantes de cada postura, Carnap, para el inductivismo, y Popper para el falsacionismo, podemos traer a colación aquí la conocida afirmación de Hacking: “Estaban en desacuerdo en muchas cosas, pero sólo porque estaban de acuerdo en cuestiones básicas” (1996: 21). Una de esas cuestiones básicas es precisamente la contrastación empírica.

Otros rasgos como el carácter público e impersonal y la posibilidad de ser probado como un conocimiento general apuntan hacia una condición de universalidad, que consideraremos como un segundo criterio. El tercer criterio es la objetividad, que como vimos está en estrecha relación con los dos anteriores. Así, tomaremos estos criterios y los rasgos que los componen como una guía para “evaluar” el carácter científico de la lingüística.

Antes de comenzar, conviene responder a la posible objeción de por qué entonces considerar esos y no otros criterios para confrontarlos con la lingüística. La razón es que, como señalé al inicio, no es el objetivo de esta tesis comprobar si la lingüística es o no una ciencia, sino señalar una serie de problemas epistemológicos y metodológicos que enfrenta la lingüística (y otras ciencias sociales y humanas) debido al carácter inadecuado o reduccionista de la concepción de ciencia común entre lingüistas, filósofos y público en

general y hemos comprobado que estos criterios están lo suficientemente extendidos como para constituir una base sólida de evaluación en los términos que aquí proponemos.

Una vez aclarada la razón de la elección de estos criterios, procederemos a ubicar, de manera general, cómo se verifican en la lingüística cada uno de ellos: la contrastación empírica, la universalidad y la objetividad, haciendo énfasis (dado el objetivo de esta tesis) en los problemas que sistemáticamente afloran cuando se trata de ubicarlos en lingüística, tanto epistemológica como metodológicamente.

### **1.1.1 Contrastación empírica**

Comencemos entonces con la contrastación empírica. ¿Qué significa eso en lingüística? Aunque los sonidos son perfectamente catalogables como manifestaciones físicas, es obvio que una lengua *no* es sonido. ¿Dónde se encuentran las pruebas empíricas, donde es posible entonces verificar, refutar, medir al lenguaje? Una posible respuesta es que a partir de sus manifestaciones físicas (el sonido, la escritura) se hace tanto la abstracción de la gramática (formulación de hipótesis acerca de cómo funciona una lengua particular o la capacidad del lenguaje en general), como la verificación o refutación de esa gramática.

Este modelo presenta varios problemas. El más obvio es que no cualquier emisión lingüística tiene la capacidad de refutar una hipótesis gramatical: en el uso “real” de la lengua hay un sinnúmero de ocurrencias que claramente no constituyen contraejemplos: desde repeticiones, omisiones, interrupciones, *slips of tongue*, etc. que cometemos todos los usuarios de una lengua, hasta pongamos por caso, aquellos que tienen algún problema fisiológico que obstaculiza el uso “correcto” de una lengua dada. Esto, que podemos llamar con Itkonen (2014) “la irrelevancia de las ocurrencias espacio-temporales”, está lejos de ser algo trivial. En realidad, es un hecho doblemente significativo cuando tratamos de delimitar los problemas de la lingüística como ciencia. Por un lado, tenemos un claro ejemplo de la inexistencia de la observación pura: cuando nos enfrentamos a una lengua (conocida o desconocida), la propia observación posee ya una carga teórica,

preconcepciones que nos permiten realizar hipótesis más o menos elaboradas acerca del funcionamiento de las lenguas.

Por otro lado, está el problema del simple hecho de que todo lingüista es, a su vez, hablante de una lengua. Dejando de lado, por el momento, los aspectos relacionados con el problema anterior (el conocimiento gramatical del hablante nativo como carga teórica impuesta a la observación), el aspecto central aquí tiene que ver con la discutida validez de la introspección como *indagación científica* y los problemas de la elicitación informal hecha por el analista a grupos reducidos de hablantes.

La introspección consiste en recurrir al propio conocimiento de la lengua que tiene el lingüista; los datos así obtenidos son entonces la fuente para formulación de hipótesis y al mismo tiempo la evidencia para comprobar tales hipótesis, todo *al interior de la cabeza* del lingüista. No es difícil notar los problemas que esto implica si lo consideramos desde la imagen de ciencia que hemos expuesto en los apartados anteriores.

Más adelante veremos las posibles salidas a este problema con la incorporación de grandes *corpora* y métodos cuantitativos a la investigación lingüística.

### **1.1.2 Universalidad**

Ya vimos que en general la replicabilidad de la experimentación como garantía de universalidad en las ciencias sociales presenta algunos problemas, pero ¿qué pasa en la lingüística? Primero, hay que señalar que sí hay experimentación en varias ramas de la lingüística. Sin embargo, partiendo de la delimitación que aquí nos interesa y que hemos llamado, siguiendo a Itkonen (2014), la lingüística autónoma (podría ser también lingüística general), el criterio de universalidad tropieza con algunos obstáculos *siempre que la consideremos desde el punto de vista de las ciencias naturales*, principalmente porque no hay experimentos, ni algoritmos susceptibles de ser replicados en situaciones controladas.

Sin embargo, eso no significa que en lingüística se haga descripción de fenómenos individuales. Más bien, un riesgo constante es el de generalizar fenómenos que son propios

de un grupo, un dialecto, una lengua y presentarlos como universales. Y esto tiene que ver, nuevamente, con el extendido uso de la introspección y la elicitación informal.

As has often been noted in recent years (Cewart, 1997; Edelman & Christiansen, 2003; Featherston, 2007; Ferreira, 2005; Gibson & Fedorenko, 2010a; Marantz, 2005; Myers, 2009; Schütze, 1996; Wasow & Arnold, 2005), the results obtained using this method are not necessarily generalisable [*sic*] because of (a) the small number of experimental participants (typically one); (b) the small number of experimental stimuli (typically one); (c) cognitive biases on the part of the researcher and participants; and (d) the effect of the preceding context (e.g., other constructions the researcher may have been recently considering). (Gibson and Fedorenko, 2013, citado por Scholz *et al.* 2016: § 3.5).

En los capítulos dos y tres de la tesis trataremos justamente algunos de estos problemas que, por ahora, solo dejaremos enunciados como tales.

### **1.1.3 Objetividad**

Con todo lo anterior, podemos vislumbrar que la objetividad va a ser uno de los puntos críticos de la lingüística. Por un lado, tenemos los problemas propios de la introspección; por otro, la dificultad de contrastación empírica y los límites de la falsación; a esto hay que sumar la escasez (¿inadecuación?) de la experimentación en la lingüística y tendremos que la objetivación de un conocimiento que es individual, pero a la vez intersubjetivo como es el lingüístico representa un reto para la constitución del conocimiento científico del lenguaje según los parámetros que hemos revisado. Pero esto, nuevamente (y es algo en lo que ahondaremos más adelante), es más una consecuencia de la inadecuación de tales parámetros que un verdadero problema de objetividad:

El problema radica en que la validez de los datos empíricos reside en la evidencia externa, mientras que los datos que nos proporciona nuestra intuición lingüística [...] no están sujetos a verificación o falsación empírica alguna, sino que son ciertos en la medida en que sean intersubjetivamente tenidos por ciertos: su «objetividad» procede de su consideración como normas intersubjetivas de la comunicación (López Serena 2014: pos. 91).

Así, consideraremos en adelante los siguientes grupos de problemas para la lingüística asociados a la concepción común de ciencia: evidencia, caracterización del objeto de estudio y metodología. Comenzaremos por revisar, en los siguientes apartados, algunos de los problemas asociados con la obtención de evidencia en la lingüística. El objetivo de esta revisión es demostrar que las vías de acceso a los datos (introspección, intuición y corpus)

resultan determinantes para que se opte por una u otra configuración del objeto de estudio de la lingüística, así como de la metodología utilizada por cada escuela, aspectos que serán abordados en un nuevo apartado (1.4).

## **1.2 Introspección, intuición y corpus: el papel de la evidencia en la lingüística**

Uno de los principales problemas para la teoría de la ciencia consiste en determinar qué debe contar exactamente como evidencia. Hemos visto que el modelo popperiano de conjetura-refutación, en el que una hipótesis se contrasta con la observación o experimentación buscando posibles casos que la refuten, se ha mantenido como dominante, al menos en la superficie (Penke y Rosenbach 2007). En este caso, los datos obtenidos a través de la observación y/o experimentación juegan el papel de evidencia.

Como señalamos al final del apartado anterior, el problema de la evidencia en la lingüística, puesto en términos de contrastación empírica, tiene dos caras: por un lado, hay que determinar si la evidencia debe ser observable y no (solo) introspectiva; y, por otro lado, está una cuestión cuantitativa: ¿qué cantidad de casos se requieren para apoyar/refutar una hipótesis? La manera en la que se responde a estas preguntas depende tanto de la concepción que se tenga del objeto de estudio, como del modelo mismo de ciencia en que se le enmarque.

En esta sección presentaremos la idea de que los métodos y fuentes para la evidencia lingüística deben elegirse con base en la caracterización del objeto de estudio y no en un modelo preconcebido de cómo debe ser la ciencia. Si bien, como vimos antes, sería ingenuo asumir que es posible hacer ciencia sin una preconcepción de esta, la aceptación e importación acrítica de modelos considerados prestigiosos en las ciencias naturales acarrea, como veremos, algunos problemas dignos de reflexión.

Comenzaremos esta revisión (apartado 1.2.1) abordando el método en el que la lingüística teórica se ha apoyado casi de manera exclusiva hasta hace pocas décadas: la introspección. Las características de este método, así como su relación con la intuición, serán abordados

con el fin de mostrar sus deficiencias, pero también se mostrará que es un “mal necesario”, dadas las peculiaridades del lenguaje como objeto de estudio.

El apartado 1.2.2 está dedicado a la otra cara de la moneda: el uso de *corpus* y de métodos cuantitativos como una opción para contrarrestar la fuerte dependencia de la lingüística con respecto a la introspección. Es importante señalar que *corpus*, como se entiende en lingüística, se refiere muestras reales de datos lingüísticos, es decir que, a diferencia de las oraciones tomadas como ejemplo en el método introspectivo, las oraciones o textos que se utilizan en la lingüística de *corpus* fueron emitidas por hablantes reales en situaciones concretas. Los avances tecnológicos han tenido un papel importante en el desarrollo de esta metodología, pues la posibilidad de grabar el habla, conversaciones, etc., o el acceso a grandes muestras escritas ha facilitado la recolección y análisis de los datos.

Con el fin de ejemplificar la evolución y justificación del cambio en el tipo de datos, revisaremos específicamente el caso de la lingüística cognitiva, pues resulta, como veremos, muy ilustrativo para los objetivos de esta sección. Históricamente, este enfoque ha pasado de un periodo dominado por métodos introspectivos a un aumento gradual del uso de *corpus* y métodos estadísticos, que ha desembocado en lo que se conoce como “el giro cuantitativo”. Finalmente, señalaré algunas de las rutas a seguir a partir de estas primeras reflexiones que, considero, conforman el eje de la discusión del presente capítulo.

### **1.2.1 Introspección e intuición: relaciones y límites**

El punto de partida de este trabajo está en el amplio –y durante mucho tiempo exclusivo– uso de la introspección y la intuición como fuentes para la formulación de hipótesis, al mismo tiempo que como evidencia en la investigación lingüística, lo que crea una circularidad que entra en conflicto con lo que se entiende como el carácter científico de un método.

Antes de pasar a los problemas que estos métodos conllevan, conviene primero distinguir entre los conceptos de introspección e intuición pues, aunque existen casos en los que esta

distinción se pasa por alto, las diferencias que algunos autores señalan son relevantes para esta discusión.

Por un lado, la introspección se entiende como un proceso cognitivo individual:

introspection is both the ability and the activity («metacognition») of examining and describing one's own internal psychological states and processes. Although introspective data may be reported and shared [...] introspection itself is subjective (private) and its object is purely psychological (Willems 2012: 672).

En el caso del análisis lingüístico, la introspección se realiza a partir del conocimiento que el investigador tiene de su propia lengua. Por otro lado, la intuición, a diferencia de la introspección, no se refiere a estados psicológicos, sino que consiste en juicios acerca de expresiones lingüísticas (en esto coinciden Devitt e Itkonen, aunque difieren en otros puntos). En palabras de Devitt, las intuiciones son: “immediate unreflective judgments about the syntactic and semantic properties of linguistic expressions, metalinguistics judgments about acceptability, grammaticality, ambiguity, coreference/binding, and the like” (Devitt 2006a: 482).

Itkonen (2014) sugiere que una mejor comprensión de las diferencias entre intuición e introspección se puede alcanzar apelando a la división de los tres mundos de Popper. Recordemos que Popper (1985: 61) distingue entre tres mundos o universos. Sobre ella nos detendremos en detalle en el capítulo 3, por lo que ahora solo presentaremos un breve esbozo. Los mundos están constituidos por distintos tipos de contenido u objetos:

Mundo 1: objetos y estados físicos.

Mundo 2: estados de conciencia o estados mentales.

Mundo 3: contenidos objetivos del pensamiento.

La diferencia entre intuición e introspección es que esta pertenece al mundo 2 y aquella al 3. Es decir, que mientras la introspección es individual y subjetiva, la intuición es social e intersubjetiva. Para Itkonen, es en la intuición, en el mundo 3, donde opera la normatividad de una lengua, no en el mundo 1, pues las normas no son observables ni tienen realizaciones



espacio-temporales, ni en el mundo 2 de la introspección, pues no hay normas individuales<sup>3</sup>.

Entendidas como las vías de acceso a la evidencia lingüística, estas diferencias entre la intuición y la introspección tienen implicaciones teóricas muy importantes. Por un lado, para Chomsky y los enfoques formalistas, que veremos con detalle más adelante, la meta es acceder a la competencia lingüística del hablante a través de la introspección, de manera que el objeto de estudio –esto es, el lenguaje– tiene un estatus psicológico, lo que para Chomsky llegó a significar que la lingüística debía asumirse como una rama de la psicología (Penke y Rosenbach 2007: 2); esta idea ha sido muy debatida y sobre ella volveremos más adelante.

Por su parte, al considerar la intuición en términos de juicios del hablante basados en conocimiento intersubjetivo se pone el límite entre la psicología y la lingüística. Es decir, la diferencia crucial entre estas dos posturas es que la intuitiva no pretende extraer conclusiones adicionales acerca de la competencia lingüística y los estados mentales de los hablantes, sino que, de una manera más modesta, reconoce que su valor como evidencia está en su carácter intersubjetivo: “Intuition is, by definition, intersubjective [...] This is a corollary of the fact that intuition is a cultural manifestation of a mental faculty. Its object is, to use Itkonen’s terminology [...] norms or rules, not regularities” (Willems 2012: 672).

Reconocer estas diferencias, sin embargo, no responde a las críticas acerca de la circularidad de los métodos introspectivo e intuitivo. Finalmente, el problema de fondo es si la hipótesis de un investigador obtiene evidencia suficiente y confiable a través los juicios introspectivos o intuitivos de él mismo o de otros hablantes.

Un aspecto importante que permite entender esta problemática se puede ilustrar retomando la idea de los tres mundos de Popper. Para algunos, como Willems (2012), estos mundos no tienen una existencia real, sino que responden a una necesidad epistemológica y, como tal, los límites entre los tres mundos (y por ende su autonomía) son arbitrarios. En la

---

<sup>3</sup> Para una exposición detallada respecto al carácter intersubjetivo de las normas y la refutación del argumento del lenguaje privado, véase Itkonen 1978.

discusión que nos concierne, el punto relevante es que las normas se actualizan a través de prácticas concretas individuales (Willems 2012: 672). La pregunta pertinente para el lingüista es si reconocer la interdependencia entre las normas del lenguaje y la materialidad en la que se presentan (es decir, los casos individuales) implica necesariamente el uso de métodos cuantitativos.

La respuesta a esta pregunta depende de dos factores: 1) la concepción de ciencia desde la que se parta y 2) la concepción que se tenga del objeto de estudio. Para Itkonen, por ejemplo, el carácter intersubjetivo de las normas y reglas del lenguaje respalda la confiabilidad del método intuitivo y permite prescindir de la observación, como ilustra la siguiente cita: “La irrelevancia de lo espacio-temporal implica la irrelevancia del acto de conocimiento que se ejerce sobre las ocurrencias espacio-temporales, es decir, de la observación, e indica la necesidad de que se dé otro tipo de acto de conocimiento, a saber, la intuición” (Itkonen 2014: pos. 476).

Itkonen reconoce, sin embargo, la necesidad de recurrir a la observación en distintas subdisciplinas de la lingüística, como la sociolingüística, y como árbitro en los “casos no claros”. Esto es importante señalarlo porque su concepción del lenguaje es la de un objeto sociocultural, a diferencia de Chomsky, para quien el lenguaje tiene un carácter primariamente innato y biológico, por lo que para el generativismo que él representa prescindir de sus características socioculturales no solo es posible, sino deseable si lo que se busca es hacer ciencia (Newmeyer 2002).

Como vemos aquí, son dos concepciones distintas del objeto de estudio, que coinciden, por razones diferentes, en la elección de la intuición y la introspección como los métodos centrales de la lingüística. El capítulo 3 de esta tesis aborda este problema; por ahora, regresaremos a la pregunta de si es o no indispensable la observación y el uso de métodos cuantitativos en la lingüística y presentaremos, en el siguiente apartado, una respuesta diferente a las que hasta ahora hemos visto.

### 1.2.2 Corpus y métodos cuantitativos

Como ya lo habíamos mencionado, el caso de la lingüística cognitiva es ilustrativo de la convivencia entre los dos métodos, el introspectivo y el cualitativo, y la posterior predominancia de este último. En este apartado, haremos una revisión crítica de las razones expuestas por Laura Janda (2013) en su introducción al libro *Cognitive Linguistics. The quantitative turn*, del cual es editora. En dicha introducción, la autora presenta un breve recuento histórico de la lingüística cognitiva –en el que no nos detendremos más que lo indispensable–, al tiempo que va presentando los argumentos que justifican el giro cuantitativo de este enfoque lingüístico, que es justamente lo que nos interesa revisar en los siguientes párrafos.

Una de las diferencias importantes entre los enfoques introspectivos y los cuantitativos o de *corpus* es el papel que se da al estudio del uso<sup>4</sup> del lenguaje en situaciones reales como parte del objeto de estudio. Mientras que en los métodos introspectivo-intuitivos lo relevante es que la abstracción permite llegar al conocimiento de las normas o de la competencia (dependiendo del enfoque, v. apartado 2), en los estudios basados en corpus de uso, es indispensable *observar*, por un lado, las expresiones lingüísticas concretas, emitidas por hablantes reales en contextos específicos, y por otro, tener acceso a un amplio número de casos que permitan contrastar las hipótesis del investigador con el mayor número de ejemplos y, en su caso, de contraejemplos. Esta es la que podríamos considerar la distinción más importante y en la que debería fundamentarse cualquier justificación acerca del empleo de uno u otro método (o de métodos mixtos incluso). Sin embargo, resulta sorprendente que, en la ya mencionada introducción al libro, Janda menciona solo lo siguiente:

Unlike most other modern theories of linguistics, cognitive linguistics is a usage-based model of language structure (Langacker 1987: 46; 2008: 220). In other words, we posit no

---

<sup>4</sup> Aunque en términos generales estos enfoques tienen en común que reconocen como parte del objeto de estudio los aspectos contextuales y socioculturales que enmarcan cualquier emisión lingüística, hay también diferencias importantes no sólo en cuanto a la concepción misma del objeto, sino también en términos metodológicos. Para una revisión panorámica de esta variedad de enfoques véase Lavandera 1992.

fundamental distinction between “performance” and “competence”, and recognize all language units as arising from usage events. (Janda 2013: 2).

Y no vuelve a haber referencia a la justificación del uso en términos teóricos o de la caracterización del objeto de estudio. Por el contrario, enseguida de la cita anterior, afirma (siguiendo a Glynn 2010): “Usage events are observable, and therefore can be collected, measured, and analyzed *scientifically*” (Janda 2013: 2, énfasis mío). Esta idea se repite a lo largo de la introducción: la razón para elegir la observación y los métodos cuantitativos es su carácter científico y la necesidad de asimilarse a las ciencias naturales, expuesto abiertamente por la autora cuando afirma:

It is essential for the legitimacy of our field to secure and maintain the status of linguistics as a science. In applying quantitative measures we are developing linguistics as a discipline, following psychology and sociology in bringing the scientific method best known from the natural sciences to the fore. (Janda 2013: 6).

El problema aquí es que el tomar el camino de las ciencias naturales simplemente porque son el modelo de cómo hacer ciencia, no garantiza la mejor descripción del objeto de estudio. Poner “en primer plano” la cuantificación de los hechos lingüísticos no basta para sostener una lingüística del uso. Lo que se requiere es una justificación basada en la caracterización del objeto de estudio (Itkonen 2014).

Un último aspecto que nos interesa destacar, y que retomaremos en otras secciones de este capítulo, es la relación inevitable entre observación e introspección, que la misma Janda reconoce como parte de los retos que enfrenta el giro cuantitativo de la lingüística cognitiva, pues la introspección no solo es “fuente de inspiración” para la formulación de hipótesis, sino que es indispensable regresar a ella al momento del análisis “to interpret the results and understand what they mean for both theory and facts of language” . (Janda 2013:6).

Aquí acierta la autora cuando reconoce que no podemos dejar de lado la introspección (ni la intuición) al momento de *interpretar* y *comprender* los resultados. Sin embargo, es también indispensable reflexionar más hondamente acerca de la relación entre introspección y observación y, sobre todo, evaluar la necesidad de los métodos cuantitativos desde la perspectiva del objeto de estudio y no como simple asimilación de los modelos de las ciencias naturales.

Consideremos, por ejemplo, la postura de Itkonen, quien como mencionamos antes sostiene que la intuición es el método idóneo para acceder a las normas del lenguaje, pero reconoce la necesidad de recurrir a la observación en los casos “poco claros”. ¿Es este método carente de científicidad porque otras ciencias no proceden de este modo?

En las siguientes secciones de este capítulo, pretendemos exponer las principales concepciones del lenguaje como objeto de estudio y el grado de interacción entre estas y los respectivos métodos de obtención de evidencia, así como con la concepción misma de ciencia.

### **1.3 Principales enfoques teóricos en la lingüística y la intersección objeto-método**

Debemos aclarar que, en las secciones que siguen, el objetivo no es hacer una revisión detallada de la historia de la lingüística, sino presentar un panorama en el que podamos luego enmarcar la discusión mucho más específica del capítulo 2 y, especialmente, del capítulo 3. Especialmente queremos demostrar que la relación entre los tres elementos (objeto-método-ciencia) es dinámica y que, contrario a lo que se piensa tradicionalmente y a lo que muchos científicos creen que hacen, la concepción del objeto de estudio (en este caso, el lenguaje) y el establecimiento y empleo de una metodología, se ven afectados y modificados por las vías de acceso al mismo objeto, así como por las concepciones de ciencia que gozan de prestigio en cada época, de manera que dos factores aparentemente externos o periféricos de la práctica científica son en realidad de gran peso en la formulación y aceptación de teorías por parte de los científicos, en este caso, los lingüistas.

Con este recorrido pretendemos demostrar que el acceso a los datos lingüísticos vía intuición o vía corpus proporciona una imagen o perspectiva distinta del “mismo” objeto de estudio y que la relación teoría/observación en la lingüística se ve claramente ejemplificada en los tres enfoques dominantes durante el último siglo. Aunado a lo anterior, es posible notar cómo la concepción de validez científica es otro factor determinante para la concepción misma del objeto, así como la analogía con otras ciencias consideradas prestigiosas.

### **1.3.1 La lingüística como ciencia**

Caracterizar al lenguaje como objeto de estudio científico no ha sido una tarea fácil, ni en los inicios de la lingüística (siglos XIX y XX), ni en la actualidad. Dado que se trata de un fenómeno multifacético, cualquier delimitación del objeto como tal obliga a minimizar o incluso a eliminar uno o varios conjuntos de rasgos para poder acceder al conocimiento de una parte del todo inabarcable que es el lenguaje.

El estructuralismo ofreció una salida para las encrucijadas que presentaba el estudio del lenguaje, salida que no solo era aceptable, sino que también contaba con todas las características requeridas por la concepción de ciencia del momento, a saber: una ciencia como una forma de conocimiento autónoma y racional, claramente demarcada de otras formas de conocimiento (por ejemplo, el histórico).

En el siguiente apartado presentaremos un breve recuento de los postulados centrales del estructuralismo con respecto al problema que aquí tratamos, esto es, la delimitación del objeto de estudio.

### **1.3.2 Estructuralismo clásico**

A primera vista, llama la atención que las conocidas dicotomías del estructuralismo concuerdan perfectamente con la idea de ciencia de la época, por lo que no está de más revisarlas manteniendo este paralelismo en mente.

La dicotomía que rompe con el enfoque histórico del siglo anterior es la de sincronía/diacronía. Para Saussure, el primer sistematizador del estructuralismo lingüístico, el estudio de la lengua requiere hacer un corte –como una instantánea– del devenir histórico de la misma para lograr configurar un objeto estático y estable cuyas relaciones internas pueden determinarse sin atender al cambio a través del tiempo. Esta nueva concepción deja a un lado la metáfora del siglo anterior de las lenguas como

organismos vivos que “nacen, se desarrolla y mueren”, justo en el momento en que el prestigio de la biología, modelo de los estudios lingüísticos decimonónicos, va en picada frente a la nueva reina de las ciencias: la física (Joseph 1995: 224).

Otra distinción fundamental es la que se da entre lenguaje y lengua. Lenguaje es entendido por Saussure, y generalmente aceptado, como la capacidad humana para comunicarse a través de signos. Esta capacidad como tal, no puede constituir el objeto de estudio de la lingüística, porque es justo ahí donde anida *el conjunto inabarcable*: se trata de una facultad (el lenguaje) que puede abordarse desde una perspectiva psicológica, fisiológica, cultural, etc.:

tomado en su totalidad, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo de varios dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al ámbito individual y al ámbito social; no se deja clasificar en ninguna categoría de los hechos humanos, porque no se sabe cómo sacar su unidad. (Saussure 1916/2019: 35).

Pero, afirma Saussure, si tomamos para la lingüística el *sistema abstracto de signos* que subyace al lenguaje, esto es la lengua, podemos prescindir de todo lo demás y queda entonces un objeto que no solo se puede delimitar sin grandes dificultades, sino que además ofrece las características necesarias para estudiarse científicamente: la eliminación de lo particular, contingente y cambiante, en favor de lo universal, necesario y estable. En palabras de John E. Joseph: “a steady elimination of human will from the object of study, the necessary condition for any ‘science’ in the modern sense” (Joseph 1995: 222).

Esta idea se hace patente en la oposición que presenta Saussure entre lengua y habla: “[la lengua] es la parte social del lenguaje, exterior al individuo, que por sí solo no puede crearla ni modificarla; sólo existe en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad” (Saussure 1916/2019: 41), mientras que caracteriza al habla como: “un acto individual de voluntad e inteligencia” (Saussure 1916/2019: 40). Es decir, mientras la primera cumple con los requisitos de un objeto científico, la segunda, individual y sujeta a variación, queda fuera del interés central de la lingüística.

Esta consideración de la lengua como una institución social, merece atención por dos razones: en primer lugar, porque muestra nuevamente la interacción de la teoría lingüística con la concepción de ciencia del momento; en segundo lugar, porque, como veremos más

adelante, es el punto clave que demarca la concepción de lengua de la Gramática Generativa con respecto al estructuralismo saussureano. Respecto al primer punto, los historiadores de la lingüística reconocen la deuda de Saussure con Comte y la sociología: “The young science of sociology embodied the spirit of positivism [which] was coming to be equate with scientificness in general thought, making classical psychology appear old-fashioned and metaphysical” (Joseph 1995a: 235). Respecto al segundo punto, destacamos que el carácter colectivo, externo e intersubjetivo de la lengua como institución social contrasta con el carácter individual e introspectivo de la Gramática Generativa, pero eso lo abordaremos con detalle más adelante.

Hasta aquí podemos afirmar que la atmósfera científico-positivista de finales del siglo XIX y principios del XX tiene tal relevancia para la configuración de la lingüística, que varios de los postulados de la flamante ciencia del lenguaje son inimaginables sin ese trasfondo histórico. Esto ha llevado a algunos estudiosos a ver una especie de fatalidad en el surgimiento del estructuralismo saussuriano: “the *Cours* became the touchstone for developments that were probably inevitable, given the overall pressures for the rise of an autonomous science of living languages and the general evolution of academic prestige toward mathematical and physical approaches” (Joseph 1995: 224).

### **1.3.2.1 El método y la evidencia en el estructuralismo**

¿Y cuál es la forma en la que el lingüista estructural deberá hacerse con evidencia? En Saussure no es explícito pues, como bien afirma Joseph, el *Curso de lingüística general* “provided a theoretical program but little in the way of actual work to be carried out” (Joseph 1995: 225), de ahí que no haya realmente una única vía de trabajo, sino una multiplicidad entre las que destacan distintas escuelas como la de Copenhague o la de Praga, por nombrar solo un par. Sin embargo, sabemos –por los antecedentes y por los posteriores trabajos de los estructuralistas– que se trata de una mezcla entre introspección y datos reales, es decir, ejemplos tomados de muestras lingüísticas producidas por hablantes reales de la lengua en cuestión. Esta última vía, como veremos, se convertirá en el sello del estructuralismo americano.



### **1.3.2.2 Estructuralismo americano**

Una prueba de la afirmación que hacíamos más arriba acerca de cómo el acceso a distintos tipos de datos proporciona una concepción del objeto también distinta, se verifica en la manera en que en el estructuralismo americano, el contacto con tantas y tan distintas lenguas reales, sumado al espíritu positivista de la época, debió cambiar la manera de concebir el objeto de estudio y la metodología: había que describir una gran cantidad de lenguas no solo desconocidas hasta entonces por los lingüistas, que además no estaban emparentadas con las lenguas indoeuropeas que habían sido el centro de atención tanto en la lingüística del siglo XIX, como en el estructuralismo europeo en el siglo XX.

En este sentido, estamos de acuerdo con Penke y Rosenbach cuando afirman que:

in accordance with the general scientific climate being dominated by positivism at that time, the method employed by the American structuralists was the inductive method, with the primary goal being the description of languages, in their case, the native American languages. Their approach was also strictly anti-mentalist. The object matter of investigation was restricted to what could be observed. (Penke y Rosenbach 2007: 2).

Vemos que no se trata solo de la aplicación de principios positivistas porque sí: hay una interacción con las necesidades concretas de momento y en este sentido, los resultados del estructuralismo americano no fueron estériles, por el contrario, lograron grandes avances tanto en el desarrollo de sus métodos como en la descripción efectiva de lenguas que antes de ellos nunca habían sido estudiadas.

### **1.3.3 Un cambio ¿radical?: la Gramática Generativa de Chomsky**

La publicación de *Estructuras sintácticas*, en 1957, supuso un cambio tan importante que algunos historiadores de la lingüística no vacilan en hablar de una “revolución chomskiana” (Sampson 1980: 130). Sin embargo, hay que tomar el término con cuidado pues, como veremos más adelante, hablar de una revolución en el sentido kuhneano puede resultar inadecuado. Esto, por supuesto, no le resta valor a la Gramática Generativa, cuyo impacto ha sido inmenso dentro e incluso fuera de la lingüística. Para los objetivos de este

capítulo nos centraremos por momento en el cambio sobre la caracterización del objeto de estudio. La concepción del objeto es en ciertos aspectos distinta a la del estructuralismo, pero más interesante aún es preguntarse por la justificación de tal cambio, así como por su origen.

Hemos visto que para el estructuralismo el objeto de estudio consiste en una abstracción social. Por el contrario, y como ya anunciábamos más arriba, para Chomsky el objeto de estudio se desplaza justo hacia lo mental e interno, localizado en el individuo en forma de *competencia lingüística*. Esto, hay que aclararlo, no significa que a Chomsky le interese aquello que hay de particular en el individuo, sino justamente lo contrario: su interés está en lo universal, que junto a la tesis del innatismo lingüístico, le permite afirmar que se encuentra representado, vía la competencia, en *cualquier hablante, de cualquier lengua*:

In Chomsky's rationalist view on language, language is an inborn mental capacity that is independent of other cognitive faculties. That is, his approach subsumes both nativism and mentalism as well as domain-specificity. Accordingly, the subject matter of investigation of a generative linguist is the abstract linguistic knowledge, i.e. competence or I-language (Penke y Rosenbach 2007: 16).

Nuevamente salta a la vista la influencia de la concepción científica de la época: han pasado ya cuarenta años desde la publicación del *Curso...* y en ese lapso, también el positivismo cedió la batuta en el campo de la teoría de la ciencia para ser sustituido por el racionalismo crítico de Popper.

Chomsky parte de una concepción racionalista del lenguaje, misma que no duda en remontar al propio Descartes, aun cuando en su obra de 1966 (que lleva el elocuente título de *Cartesian Linguistics*) reconoce que el filósofo francés dedicó poco espacio al problema del lenguaje (Chomsky 1966/2009). Sin embargo, es al parecer la “idea cartesiana del lenguaje como espejo de la mente” (López Serena 2003: 211) la que ofrece a Chomsky una justificación epistemológica para deslindarse del conductismo que le precede: “de ahí que, en sentido técnico, la teoría lingüística sea mentalística, ya que trata de descubrir una realidad mental subyacente en la conducta concreta” (Chomsky 1965/1970: 6). Esto a su vez, le permite caracterizar al lenguaje como un atributo mental, universal e innato (Joseph 1995: 228).

Por otra parte, Chomsky abraza además un tipo de realismo científico que, aunque está basado en la propuesta de Popper—para quien las entidades científicas inobservables son reales, lo que su vez lo distingue de los positivistas—, no concuerda del todo con él en algunos puntos importantes, como veremos en el capítulo 3. Así, Chomsky fundamenta su concepción mentalista en este realismo y lo lleva a hacer la famosa (y debatida) afirmación de que la lingüística constituye una rama de la psicología, postura que resume limpiamente Carr:

Chomsky could that there are linguistic realities that are mental in nature, in stark contrast to the antimentalistic stance of his predecessors. He went further than this: he insisted that linguistic realities are exclusively mental. More specifically, they are mental states, not processes, and they are strictly internal to individuals. Thus, linguistic inquiry was a branch of individual psychology for Chomsky (Carr 2006: 561).

Podemos, sin lugar a dudas, considerar este viraje con respecto a sus predecesores estructuralistas como el eje rector del generativismo, pues de ahí se deriva otro de sus rasgos definitorios: la llamada *adquisición* del lenguaje en el niño que no es tal, pues al tratarse de una condición innata, se puede entender como un tipo de crecimiento biológico, a la manera de *otras partes* del organismo: “This constitutes Chomsky’s ‘naturalism’: the view that language belongs to the natural world and not to culture, a view that is controversial” (Carr 2006: 561). En resumen: un objeto como la competencia, de carácter innato, natural, permite eliminar los rasgos culturales al tiempo que sitúa a la lingüística del lado de las ciencias naturales: nuevamente el prestigio científico ha dejado su marca.

### **1.3.3.1 El método: la introspección**

La caracterización anterior sirve además como justificación para el método introspectivo de la Gramática Generativa, pues:

lo que concierne primariamente a la teoría lingüística es un hablante-oyente ideal, en una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y al que no afectan condiciones sin valor gramatical como son limitaciones de memoria, distracciones, cambios del centro de atención e interés, y errores (característicos o fortuitos) al aplicar su conocimiento de la lengua al uso real (Chomsky 1965/1970: 5).

Esto, dado que es universal e ignora las particularidades de la comunicación real o ‘performance’, legitima el método introspectivo en el que, como vimos, el lingüista hace uso de su competencia con respecto a su lengua materna para reunir la evidencia lingüística necesaria: “Data garnered through introspection by the linguist –formerly suspect– were deemed superior to those acquired ‘objectively’ because of the new status granted to the mind” (Joseph 1995: 228-29).

### **1.3.3.2 Las principales críticas al generativismo**

Las críticas más fuertes que ha recibido el generativismo pueden resumirse como sigue:

- 1) Las que tienen que ver con la delimitación del objeto, que deja fuera la semántica y le otorga un papel central a la sintaxis.
- 2) Las que tienen que ver con la metodología, específicamente con el uso exclusivo de la introspección y con esto, la falta de pluralismo o representatividad lingüística, pues para Chomsky (muy cómodamente, hay que decirlo) dado que toda lengua comparte una misma estructura profunda, no hay necesidad de contrastar o estudiar distintas lenguas, por lo que, en pocas palabras, su lengua materna, el inglés, sirve como modelo para todas las demás.
- 3) El papel central de la adquisición en la fundamentación de la teoría sin recurrir en ningún momento a datos reales del habla infantil (Givón 2013: 17).
- 4) La desestimación sistemática de los contraejemplos: el entrenamiento del lingüista generativo se centra a tal grado en la notación gramatical aprobada por la teoría, que acaba por ser lo único que ve: “it trains him to see confirming instances of the theory of universal and to ignore counter-evidence” (Sampson 1980: 146).

Con respecto a este último punto, Chomsky recurre nuevamente al prestigio de las ciencias naturales, específicamente el ‘estilo galileano de ciencia’: “According to Chomsky it is legitimate to ignore certain data to gain a deeper understanding of the principles governing the system under investigation (e.g. Chomsky 2002). Chomsky here refers to the so-called

‘Galilean style’ of science, a term coined by the nuclear physicist Steven Weinberg” (Penke y Rosenbach 2007: 6). Esta idea ha tenido cierta repercusión, dando lugar a lo que algunos llaman ‘lingüística galileana’ (v. Riemer 2009).

En resumen, podemos ver que la Gramática Generativa no solo ofrece suficientes ejemplos de la intersección entre la concepción de ciencia y las elecciones teórico-metodológicas de sus representantes, sino que, a diferencia del estructuralismo, hay además un posicionamiento explícito al respecto y una búsqueda de respaldo en modelos epistemológicos y científicos que gozan de prestigio, como el racionalismo o el modelo galileano de las ciencias naturales.

#### **1.3.4 Funcionalismo**

El funcionalismo lingüístico, cuyos orígenes se pueden rastrear en la escuela de Praga, no es propiamente un programa de investigación bien definido (como sí lo es la Gramática Generativa), sino que bajo esta etiqueta se agrupan distintas escuelas y enfoques cuyo punto en común es una concepción de la lengua esencialmente distinta a la de Chomsky y sus seguidores, de tal manera que el uso del lenguaje y su función comunicativa se pone en primer plano, partiendo de la idea de que: “Language like any other human activity is goal-oriented” (Joseph 1995: 226).

Me interesa destacar especialmente que este énfasis en el lenguaje como una actividad humana sitúa el objeto de estudio en el ámbito de la cultura y no en el de la naturaleza. Este aspecto además redimensiona el carácter social del lenguaje como objeto de estudio, manteniendo su distancia de los enfoques psicologistas. Podemos ilustrar lo anterior con el caso de la lingüística sistémico-funcional, por citar solo uno de los varios enfoques que coinciden en este aspecto. En palabras de Halliday: “systemic theory is oriented towards language as social process; the individual is construed intersubjectively, through engagement in social acts of meaning. This is not incompatible with a cognitive perspective [...] but it does rule out any claim for ‘psychological reality’” (Halliday 1995: 273).

Un buen ejemplo de la perspectiva funcional de los fenómenos lingüísticos es el trabajo ya clásico de Hopper y Thompson (1980) sobre la transitividad. En este artículo, los autores revisan el comportamiento morfosintáctico de la transitividad en una gran cantidad de lenguas de distintas familias. La hipótesis que defienden es por demás interesante y muestra claramente en qué consiste el enfoque funcional: que el carácter universal de la transitividad – probado por su manifestación en gran variedad de lenguas – requiere una explicación que vaya más allá de consideraciones meramente formales y distribucionales: se requiere un marco funcional, comunicativo, para entender en toda su dimensión en qué consiste la transitividad. En sus palabras:

we assume that a linguistic universal originates in a general pragmatic function, and that the universal is not explained until this function has been isolated and related to the universal. Without the connection to a communicative function, the separated components of the Transitivity relationship have only an arbitrary relationship to each other (Hopper y Thompson 1980: 280).

La función comunicativa de la transitividad es, para Hopper y Thompson, de figura y fondo, una relación incomprensible sin referencia al contexto y a las necesidades comunicativas de los hablantes, en clara oposición a la visión generativista en la que no hay motivación alguna para la variación en las estructuras superficiales. Esto implica que la gramática no es autónoma, ni completamente arbitraria: hay una correlación y motivación con respecto al contexto y las intenciones comunicativas que en él emergen.

La incorporación del contexto en el análisis permite (y tal vez exige) la entrada de otro tipo de evidencia y datos, al mismo tiempo que, a diferencia de los enfoques anteriores, integra la variación como parte del fenómeno lingüístico: “One type of evidence so far excluded from formal approaches is data on linguistic variation or optionality” (Penke y Rosenbach 2007: 18). No es de extrañar entonces que los enfoques funcionales sean altamente dependientes de los datos de uso real en situaciones concretas en las que el contexto cobra la misma relevancia que las estructuras gramaticales. Como consecuencia, han surgido nuevos campos de estudio, como lingüística de corpus, análisis conversacional, análisis del discurso, por mencionar algunos, en los que el acceso a grandes cantidades de las variadas

formas lingüísticas ha abierto el paso a nuevas concepciones acerca de cómo funcionan las lenguas.

Otro aspecto que distingue al funcionalismo de los enfoques competidores es la superación del dogma del objeto estable e invariable: “Functionalism views language as a dynamic, adaptive, and emergent system representing crystallizations of recurrent patterns and frequent use and outcomes of internal and external competing motivations” (Bischoff y Jany 2013: 1). Estas nuevas formas de abordar el fenómeno lingüístico –con conceptos como emergencia, adaptabilidad y variación– pone a la lingüística más cerca de las ciencias de la complejidad y la interdisciplina que de la física o la psicología tradicionales (v. Bernárdez 1995).

Por otra parte, lo que podríamos provisionalmente etiquetar como “el ensanchamiento del objeto de estudio” que representa el funcionalismo, no está exento de críticas y puntos débiles que se han señalado constantemente. Tal vez la crítica más fuerte y fundamentada tiene que ver con las dificultades inherentes a la incorporación de los aspectos contextuales y socioculturales al estudio de las producciones lingüísticas. Las críticas van desde cuestiones metodológicas acerca de los parámetros para la recolección y selección de datos, hasta los fundamentos de una teoría social y la sistematización del contexto.

En el primer caso, Schütze hace un acertado señalamiento acerca de la deficiente metodología de los lingüistas para la recolección de datos: “unlike natural scientists, linguists are not trained in methods for getting reliable data and determinig which of two conflicting data report is more reliable” (Schütze 2016: 4). La selección de datos es muchas veces azarosa y efectivamente, no contamos con criterios claros para descartar o admitir datos, lo cual puede llevar a conclusiones erróneas acerca del fenómeno lingüístico en cuestión.

Con respecto al segundo tipo de crítica, que tiene que ver con la fundamentación teórica de los aspectos socioculturales, el principal problema es que las propuestas de análisis lingüístico no siempre se sustentan en una teoría social bien delimitada. Esta carencia

provoca que la referencia a una motivación social de los fenómenos lingüísticos haya sido considerada en muchos casos como una salida fácil para aquello que la teoría tiene dificultades en explicar. La sola atribución a factores sociales, sin dar cuenta de cuáles son esos factores y cómo es que interactúan con las unidades lingüísticas da como resultado una visión incompleta de los fenómenos lingüísticos. La necesidad de respaldarse en una teoría social sólida ha sido ya señalada por Lavandera (1992), entre otros. De manera similar, el grado de formalización de los enfoques funcionales centrados en los aspectos socioculturales también es motivo de debate, pues si bien se busca evitar considerar la formalización como un fin en sí misma, las carencias de sistematicidad en el análisis y presentación de resultados son también un punto débil de algunos de estos enfoques (Lavandera 1992: 19-20).

De manera análoga, una teoría del contexto se vuelve indispensable para los estudios de corte pragmático. Si bien los trabajos como los de H.P. Grice y el desarrollo de las máximas conversacionales y la teoría de los actos de habla en sus versiones de John L. Austin y de John Searle han sido de gran influencia para la pragmática y se mantienen como un punto de referencia teórica en cuanto al contexto se refiere, muchos estudios que se presentan como pragmáticos carecen de un marco teórico riguroso que sustente un recuento acertado del contexto y su relación con las unidades lingüísticas.

Vemos entonces que la apertura y ampliación de los límites de los estudios lingüísticos requiere a su vez una ampliación y reformulación tanto de los apoyos teóricos, como de la metodología y entrenamiento de los lingüistas, empresa que no resulta fácil si se pasa por alto la reflexión autocrítica y metateórica como la que puede aportar la filosofía.

### **1.3.5 La lingüística cognitiva**

Si el funcionalismo parece por momentos una respuesta directa al generativismo, la lingüística cognitiva se presenta efectivamente como un modelo teórico emanado de los desacuerdos con la gramática chomskiana.



Las tres hipótesis guía de la lingüística cognitiva son, según Croft y Cruse (2004):

-Que el lenguaje no es una facultad cognitiva autónoma.

-Que la gramática es conceptualización.

-Que el conocimiento lingüístico emerge del uso.

El principal argumento que sirve para sostener la primera hipótesis consiste en una especie de principio de economía evolutiva: si existe todo un aparato cognitivo para los procesos de conceptualización, ¿por qué habría de existir uno especial, y además autónomo, para el lenguaje? Esto significa que, para los lingüistas cognitivos, ni la representación del conocimiento lingüístico, ni los procesos en los que dicho conocimiento se utiliza (esto es, la comunicación efectiva) tendrían por qué ser esencialmente distintos a otras estructuras y procesos conceptuales de dominios distintos a los lingüísticos, como la percepción visual, el razonamiento en general, etc.

En este sentido, la relación sería análoga a la de los órganos de fonación con respecto al habla: su función no es ni primaria, ni exclusivamente fonética, sino de alguna manera “se acomodaron” para esa función, pero principalmente cumplen con funciones vitales como la respiración, deglución, etc. (Croft y Cruse 2004:2; Langacker 1991 y 2008). Esta hipótesis puede entenderse además como una oposición al modelo chomskiano, que como vimos, defiende el carácter autónomo e innato de las capacidades lingüísticas del ser humano.

Esto se hace evidente en la siguiente cita de Langacker, donde podemos observar cómo coincide en términos generales con lo anterior, pero además presenta los postulados de su gramática cognitiva a partir de la oposición (no explícita) a los postulados generativistas:

Called "cognitive grammar" (alias "space grammar"), this model assumes that language is neither self-contained nor describable without essential reference to cognitive processing (regardless of whether one posits a special *faculto de langage*). Grammatical structures do not constitute an autonomous formal system or level of representation: they are claimed instead to be inherently symbolic, providing for the structuring and conventional symbolization of conceptual content. (Langacker 1991: 1).

Vemos así que las primeras características están expresadas en forma negativa: una declaración de principios anti-generativistas. El último y único rasgo positivo, es el que constituye el núcleo de la lingüística cognitiva y coincide con la segunda hipótesis antes señalada: la idea de que la gramática es simbólica por naturaleza y que los patrones de conceptualización se pueden rastrear en las estructuras lingüísticas, de manera que la gramática se reduce a la estructuración y simbolización del contenido conceptual (Langacker 1995: 364).

Al ser la base y el sello distintivo de los enfoques cognitivos, esta hipótesis es la que ha resultado más fructífera, pero también ha sido la más criticada. Las críticas pueden encontrarse en dos sentidos: 1) el hecho de que muchas de sus afirmaciones carezcan de fundamento empírico, por lo que un acercamiento con la psicología cognitiva y la psicología experimental resulta indispensable para corroborar las hipótesis de la lingüística cognitiva (Croft y Cruse 2004: 329); y 2) la escasa atención a los aspectos comunicativos y sociales de la producción lingüística. La lingüística cognitiva, aunque se proclama como una teoría fundamentada en el uso, se centra en los procesos *en* la mente del individuo, dejando poco espacio para los procesos que van más allá de este límite y que se enlazan con la situación comunicativa y distintos factores socioculturales.

Con respecto a la primera crítica, se hace evidente además que no sólo es deseable que las hipótesis cognitivas se contrasten con los resultados de la psicología a manera de prueba, sino que la posibilidad de seguir un camino de ida y vuelta, es decir, de la psicología apoyándose en los hallazgos de la lingüística, sería de gran peso para el sustento y comprobación de la hipótesis central, pues si efectivamente ni la facultad del lenguaje en general, ni la gramática en particular son autónomos, sino que dependen de principios cognitivos más generales, aquellos que se proclamen como principios cognitivos lingüísticos deberían poder expandir su radio de aplicación a otros dominios no lingüísticos. Esto, a decir de Croft y Cruse, ha comenzado a suceder en casos como la aplicación de acercamiento de la lingüística cognitiva a la metáfora en los estudios de literatura, ética, política, etc. (Croft y Cruse 2004: 328).

La segunda crítica está obviamente en estrecha relación con la tercera hipótesis cognitiva (que la gramática se basa en el uso). Para entender entonces cuál es el papel de uso en la lingüística cognitiva, hay que recordar que su centro de atención son los procesos de conceptualización, que se consideran emergidos del uso (Langacker 2008: 220). Esto significa que los esquemas conceptuales sobre los que se configuran las unidades lingüísticas tienen su origen o contraparte en eventos de uso, es decir, en las experiencias concretas de los usuarios del lenguaje. Considero que esta justificación tiene más peso y relevancia que la expuesta por Janda (2013), presentada en el primer apartado, pues la relación entre el uso y las construcciones lingüísticas requiere un sustento teóricamente coherente y no basta, como asume Janda, la sola posibilidad de contrastación empírica. Esta, si bien es importante, no debería constituir el único parámetro de cientificidad de una teoría. Sobre esto regresaré con más detalle en el siguiente apartado de este capítulo. Por ahora es necesario detenernos en el papel concedido al uso en los enfoques cognitivos y las críticas que han surgido al respecto.

Tal y como reconocen Croft y Cruse en el ya citado manual introductorio a esta corriente, el principal problema de la gramática cognitiva basada en el uso es que al enfocarse en los procesos mentales sitúa al individuo en el centro de su interés y descuida otros aspectos fundamentales del lenguaje: la comunicación y la interacción social. El uso aquí está subordinado a la conceptualización y esto trae como consecuencia una visión parcial y reducida de los fenómenos lingüísticos.

La cuestión es si la lingüística cognitiva debe quedarse dentro de los límites de la cognición o dar un paso más allá y llevar sus resultados al dominio del discurso y la interacción social, que a final de cuentas constituyen un aspecto esencial del lenguaje. Es justamente este el riesgo permanente contra el que tiene que luchar la lingüística en su proceso de cientifización: ¿hasta dónde es deseable llevar la reducción del objeto? Ignorar lo que parece amorfo, asistemático o inabarcable, en el caso del lenguaje, es una reducción altamente costosa.

Hasta aquí, hemos visto que la existencia de preconcepciones (ingenuas y/o monolíticas) acerca de la ciencia afectan directamente la conformación de ciertas disciplinas, ya sea

porque ponen en duda su carácter de ciencia, ya porque interfieren de manera indeseable en la delimitación del objeto de estudio y en las elecciones metodológicas al buscar asimilarlas a ciencias prestigiosas. El caso de la lingüística ilustra esta problemática, pero hemos de reconocer que su origen (y alcance) va más allá: la clasificación dicotómica de las ciencias en naturales y ciencias sociales o de la cultura tiene mucho que decirnos al respecto. Dedicaremos el siguiente capítulo a desentrañar los orígenes de esta clasificación y a tratar de entender la problemática que la rodea.

## Capítulo 2. Orígenes y repercusiones de la división entre las ciencias

En la entrada de la *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language and Linguistics*, titulada “Language as an object of study” se plantea desde el primer momento el problema que hemos presentado en el capítulo anterior: no hay (como probablemente tampoco hay para otros objetos) una sola posibilidad para abordar el lenguaje como objeto de estudio. Ante las dificultades de delimitación se ha optado muchas veces por asimilar el lenguaje a otros objetos científicos ya establecidos para así simplemente aplicar una metodología ya probada al nuevo y problemático objeto (Žegarac 2006: 345). En lingüística, señala el autor, esto ha dado lugar a cuatro posturas centrales acerca de la naturaleza de su objeto de estudio: “In fact, some major landmarks in the development of modern linguistics are based on four conceptions of language as an object of study: language as a social fact, language as behavior, language as a mental organ, and language as an abstract object” (Žegarac 2006: 345).

En la revisión que hace López Serena, por su parte, la distinción queda reducida a dos concepciones:

A este respecto, existen dos posiciones principales, enfrentadas, por lo demás, entre sí. Por una parte, está la concepción social del lenguaje, como conjunto de normas o convenciones de existencia intersubjetiva, por la que, como veremos, aboga sobre todo Itkonen. Por otra, la concepción naturalista o psicologista del lenguaje, como facultad innata, inserta en la biología del individuo, de existencia individual —y, por tanto, subjetiva— en la mente de cada hablante, sostenida, fundamentalmente, por Noam Chomsky y la escuela generativista (López Serena 2009: 11)

Estas dos posturas antagónicas en la lingüística son representativas a su vez de un viejo debate en la clasificación de las ciencias. Dentro del conjunto de las ciencias existen distintos grados de aceptabilidad de lo que es científico y aquello que no lo es. Generalmente, el modelo más aceptado, como quedó claro a partir del esbozo presentado en el capítulo anterior, es el de las ciencias naturales, especialmente la Física. Esto no es de sorprenderse si se toman en cuenta los resultados y avances en esas áreas del conocimiento, sobre todo comparados con las llamadas ciencias sociales y las humanidades.

Así, la primera distinción obvia en las ciencias tiene que ver con la naturaleza del objeto de estudio: natural o creado/producido por el hombre. Esta distinción trae enormes consecuencias para la fundamentación de las ciencias y nos lleva al centro de una discusión que no por ser antigua, deja de ser actual y podríamos decir que hasta urgente en el seno de las ciencias: ¿es posible una fundamentación de la ciencia en general, válida para ambos tipos de objetos? y, de ser así, ¿deben ser las ciencias naturales el modelo para todas las demás disciplinas? O, por el contrario, partiendo de las diferencias entre los objetos, ¿deberán las ciencias humanas buscar su propia fundamentación sin intentar parecerse a las naturales?

Hemos visto que es posible encontrar ambas posturas en la lingüística, con sus respectivas defensas. Coseriu, por ejemplo, afirma que:

Una ciencia cultural no es «más científica» si adopta enfoques y métodos naturalistas, sino que, al contrario, deja en tal caso de ser ciencia, o es sólo una falsa ciencia, pues contraviene a la exigencia básica de objetividad científica, diciendo las cosas como *no* son, exactamente del mismo modo como una ciencia natural, si adopta enfoques y métodos culturales, deja de ser ciencia y se convierte en mitología (siendo ésta, precisamente, interpretación de la naturaleza como cultura) (Coseriu 1986: 69).

No es el caso para una de las posturas mejor posicionadas en la lingüística en las últimas décadas: la Gramática Generativa propuesta por Noam Chomsky. Para Chomsky, el lenguaje es un objeto mental y por tanto “If language is a mental organ, then linguistics should be seen as a discipline of psychology, ultimately biology” (Žegarac 2006: 347).

El problema de fondo se da, como hemos venido señalando, en dos sentidos: por un lado, la idea de que sólo hay una forma de hacer ciencia (la de las ciencias naturales), y por otro lado, la doble posibilidad que ofrece el lenguaje como objeto de estudio, a medio camino entre lo natural y lo cultural.

Y es en este sentido que sigue teniendo vigencia la cuestión planteada por Cassirer de la siguiente manera:

Hay que decidir si las leyes del lenguaje, según su carácter metodológico fundamental, pueden caracterizarse como leyes científicas o como leyes históricas, si hay que precisar la participación de los factores físicos y espirituales en la formación del lenguaje y la interrelación de los mismos [...] Porque justamente su posición intermedia entre

«naturaleza» y «espíritu», entre actividad inconsciente y creación consciente, le permite inclinarse ya de un lado de la consideración, ya del otro (Cassirer 1964/2016: 138).

## 2.1 ¿Qué se entiende por conocimiento científico?

Hemos visto que comúnmente se admite que el conocimiento científico es un tipo especial de conocimiento, y por esta razón se vuelve indispensable delimitarlo y caracterizarlo. Este fue, durante los siglos XIX y XX, uno de los principales problemas para la filosofía de la ciencia, conocido como "el problema de la demarcación": distinguir entre ciencia y no ciencia (y pseudociencia) y entre lo que constituye conocimiento científico y aquello que no lo es<sup>5</sup>.

Como hemos visto en el capítulo anterior, en la concepción común del conocimiento científico se considera que este debe ser universal, empírico y objetivo. Otras características que se asocian al conocimiento científico (controlado, replicable, predictivo, etc.) se derivan, como ya hemos visto y como se aclarará más adelante, de estas tres.

Sin embargo, hay un problema con esta caracterización: su modelo son las ciencias de la naturaleza. Esto, veremos, se puede rastrear desde los inicios de la ciencia como tal. Según los clásicos de la historia de la ciencia, hay dos momentos clave para el surgimiento de la ciencia moderna (hecho también conocido como la Revolución Científica): la explicación matemática de la naturaleza y la implementación del método experimental (Butterfield 1957; Koyré 1957/2008 y 1977).

Estos hitos históricos han sido determinantes para la subordinación de las ciencias de lo humano con respecto a las ciencias de lo natural. Así lo considera Rickert, por ejemplo, quien reconoce que el desarrollo histórico de las ciencias de la naturaleza estuvo además ligado desde sus inicios a la reflexión filosófica. Ya desde el siglo XVII existía una estrecha relación entre la filosofía y las ciencias de lo natural, misma que se pone de manifiesto en la reflexión filosófica al interior de estas ciencias, con ilustres representantes como

---

<sup>5</sup> El concepto de ciencia tiene un mayor número de implicaciones (por ejemplo, las de carácter socio-cultural) que por ahora no abordaremos, por eso consideramos sólo conocimiento científico, entendido, a grandes rasgos, como el resultado de la actividad científica.

Descartes y Leibniz. Esto a su vez deriva en una unidad y conexión de todas las ramas del conocimiento de lo natural: "podremos decir que las ciencias naturales gozan de una tradición firme y, sobre todo, tienen un propósito común, a cuya consecución contribuye por su parte cada rama" (Rickert 1965: 31).

Así, la continua reflexión filosófica, aunada al auge de las matemáticas (que parecían contener la clave para responder todos los misterios del universo) hace que en siglo XVII se siembre la semilla de una ciencia unificada: "con esto parecía haberse cerrado ya el ciclo: el anillo del pensamiento matemático abarca por igual el mundo espiritual y el mundo físico, el ser de la naturaleza y el ser de la historia" (Cassirer 1942/2014: 21). Pero, si bien no de manera sistemática, pronto esta hegemonía de las matemáticas y del modelo naturalista empezó a ser cuestionada. ¿Era válido (y posible) supeditar las manifestaciones de lo humano (la historia, el arte, el lenguaje) a las matemáticas y al método experimental? ¿Realmente existía una única clave para todos los misterios, el ser humano incluido?

Uno de los primeros intentos por caracterizar las ciencias de lo humano fue el que llevó a cabo Giambattista Vico en el siglo XVIII en su *Ciencia Nueva*. Para este autor, el tipo de conocimiento de las ciencias humanas debe distinguirse del de las ciencias naturales por el carácter del objeto de estudio: al ser producto de la mente humana es comprensible por ésta mejor que los objetos de la naturaleza. Para Vico, en palabras de Cassirer:

Las obras de la cultura humana son las únicas que reúnen en sí las dos condiciones sobre que descansa el conocimiento perfecto: no sólo poseen un ser conceptual y pensado, sino un ser absolutamente determinado, individual e histórico. La estructura interna de este ser es accesible al espíritu humano, se halla abierta a él, puesto que él mismo la ha creado. El mito, el lenguaje, la religión, la poesía: he aquí los objetos verdaderamente adecuados al conocimiento humano. (Cassirer 1942/2014: 23).

Esta distinción ha dado pie a la oposición entre ciencia natural y cultural, pues de entrada ya descarta la posibilidad de una metodología compartida y hace patente la necesidad de la reflexión filosófica que permita fundamentar esta *otra forma* de conocimiento. Vico lanza la primera piedra y aunque no hay en él un verdadero fundamento de esta *ciencia nueva*, sí encontramos un punto de partida importante: hay algo más en el hombre y en lo que él crea que escapa a la naturaleza y por tanto requiere un acercamiento fundamentalmente distinto.



Así, a pesar de que estas inquietudes han existido desde el inicio de la Revolución científica, es hasta el siglo XIX que el estudio de las creaciones humanas recibe un fuerte impulso, si bien la reflexión metateórica o filosófica es escasa. Esta desventaja histórica ha generado una lucha constante por legitimar los estudios de lo humano frente al estudio de la naturaleza.

En épocas más recientes, las reflexiones de ambos lados han florecido y abierto nuevamente la discusión. Durante el siglo XX, como vimos ya brevemente en el primer capítulo, el falsacionismo de Karl Popper pretendía ofrecer un criterio de demarcación basado no en la verificación de las teorías, sino en su falsación: una teoría no es científica porque existan hechos que la verifiquen, sino porque puede indicar hechos que, de ocurrir, la falseen. La siguiente frase de Worrall en referencia al falsacionismo ilustra acertadamente este punto: "science is special because at least we can know when we are wrong" (Worrall 2002: 20).

Por otra parte, las ciencias del espíritu, de la cultura o sociales y las humanidades, se enfrentan constantemente ante la disyuntiva de seguir el modelo de las ciencias naturales, o bien, declararse autónomas y establecer su propio modelo. Esta, sin embargo, no es una tarea sencilla. Suelen enunciarse tres problemas exclusivos de estas ciencias, problemas ajenos (al menos de entrada) a las ciencias naturales: el carácter individual e irrepetible de los fenómenos de estudio (que impide la generalización y el establecimiento de leyes); la unidad entre sujeto (investigador) y objeto de estudio; el carácter dual de los objetos culturales (determinados por la naturaleza de la que finalmente también forman parte).

El reconocimiento de estas características lleva implícita la dificultad de alcanzar un conocimiento que corresponda al modelo establecido por las ciencias naturales: el carácter individual de los hechos que estudian las ciencias humanas impide (o por lo menos dificulta) la generalización y postulación de leyes; esto a su vez restringe, como veremos, su capacidad predictiva. Por su parte, la unidad entre sujeto y objeto pone en duda la posibilidad de un conocimiento objetivo. Finalmente, de la tercera característica enunciada —la dualidad físico-espiritual de los objetos de estudio— se deriva en buena medida la continua confrontación entre ambos mundos: puesto que las creaciones humanas están,

finalmente, sujetas a las mismas leyes físicas que todo lo demás, ¿cómo se justifica entonces que se proclame su autonomía con respecto a las ciencias naturales?

En resumen, podríamos decir que por conocimiento científico se entiende aquel que es obtenido a través de los métodos de las ciencias naturales. La historia de las ciencias del espíritu debe entenderse entonces como la búsqueda de una justificación sólida del carácter especial de sus objetos y la consiguiente autonomía frente a las ciencias de la naturaleza.

En la siguiente sección haremos una revisión panorámica de los intentos más importantes para fundamentar las ciencias de lo humano. Comenzaremos con dos autores, Dilthey y Rickert, cuyos intentos por fundamentar las ciencias del espíritu o de la cultura, respectivamente, se cuentan entre los más completos y sistemáticos de los siglos XIX y XX, para después ubicar el hilo de la discusión en un contexto contemporáneo y sus repercusiones en algunas ciencias particulares.

## **2.2 Dilthey: las ciencias del espíritu frente a las ciencias de la naturaleza**

Hemos visto que, a diferencia de las ciencias naturales, que históricamente han conformado un conjunto distinguible, el estudio de todo aquello que no es naturaleza ha enfrentado problemas de delimitación y reconocimiento y, como es de esperar, tampoco hay una terminología única y definida para este tipo de estudios. Incluso en nuestros días, los límites entre ciencias sociales, humanidades y las propias ciencias naturales no son claros.

La obra de Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*<sup>6</sup>, publicada en 1883, declara en el subtítulo *En la que se trata de fundamentar el estudio de la sociedad y de la historia*, el objetivo central del autor y justamente comienza con la justificación del nombre que elige para este grupo de ciencias.

Para Dilthey, la etiqueta o nombre de ciencias del espíritu es igual de imperfecta que las demás que están disponibles: el problema es que ninguna de estas opciones (ciencias de la

---

<sup>6</sup> El título original en alemán: *Einleitung in die Geisteswissenschaften. Versuch einer Grundlegung für das Studium der Gesellschaft und der Geschichte*.

sociedad, históricas, de la cultura) contiene o refleja la dualidad del ser humano, limitado como está, al ser él mismo parte de la naturaleza:

Un individuo nace, se conserva y desarrolla sobre la base de las funciones del organismo animal sus relaciones con el curso natural que le rodea; su sentimiento vital, por lo menos parcialmente, se basa en estas funciones; sus impresiones se hallan condicionadas por los órganos de los sentidos y sus afecciones por el mundo exterior. (Dilthey 1980: 22).

La razón que lleva a Dilthey a preferir el nombre de "ciencias del espíritu"<sup>7</sup> (que toma de J. S. Mill), es que este designa el núcleo hacia el cuál se pueden remitir todos los hechos que estas ciencias abarcan, de manera que "por lo menos tiene la ventaja de dibujar adecuadamente el círculo de los hechos centrales a partir del cual se ha verificado en la realidad la visión de la unidad de estas ciencias, se les ha fijado su ámbito y se las ha demarcado, si bien imperfectamente, con respecto a las ciencias de la naturaleza" (Dilthey 1980: 14). La idoneidad del concepto de espíritu como elemento básico de demarcación tiene algunos puntos débiles que discutiremos más adelante.

Por lo pronto, es necesario entender a qué clase de demarcación se refiere Dilthey cuando elige lo espiritual como el eje rector para este grupo de ciencias. Si lo espiritual está, como hemos visto, inmerso en lo natural, ¿dónde radica la necesidad de distinguirlo y, sobre todo, de estudiarlo de una manera especial?

La justificación está, para Dilthey, en la conciencia que el ser humano tiene acerca de sus propias creaciones y de sí mismo como algo *distinto* a lo natural:

Sin estar alertado todavía por las investigaciones acerca del origen de lo espiritual, el hombre encuentra en esta autoconciencia una soberanía de la voluntad, una responsabilidad de las acciones, una capacidad de someterlo todo al pensamiento y de resistir a todo dentro del castillo de la persona, con lo cual se diferencia de la naturaleza toda. De hecho, se encuentra dentro de ésta, para emplear una expresión de Spinoza, como un *imperium in imperio* (Dilthey 1980: 14).

Tenemos aquí la primera distinción: entre estos hechos internos, independientes de los sentidos y unificados por su carácter espiritual, y aquellos que pertenecen a la naturaleza:

Surge así un segundo frente. Todo aquello con lo que tropieza el hombre, lo que él crea y lo que obra, los sistemas de fines en los que va conformando su vida, las organizaciones exteriores de la sociedad en las que se agrupan los individuos, todo esto recibe su unidad desde este centro. De lo que se da sensiblemente en la historia humana, la comprensión

---

<sup>7</sup> Traducción de *Moral Sciences*.

retorna a aquello que no cae nunca bajo los sentidos y que, sin embargo, opera y se expresa exteriormente (Dilthey 1944: 103).

Sin embargo, buscar aquí una distinción basada en los objetos como tales es inadecuado cuando se va un paso más allá de la autoconciencia y se busca una justificación para la separación de estos hechos desde el punto de vista de la ciencia. Ahí, afirma Dilthey, hay que fundamentar la oposición de otra manera. La ciencia, hemos visto, es una empresa humana con sus propias reglas y para que cierto conocimiento valga como científico debe tener ciertas características.

Para Dilthey, la oposición entre naturaleza y espíritu, así como entre lo físico y lo psíquico, no es suficiente para justificar la existencia de las ciencias del espíritu. No es el objeto (o no solamente el objeto), sino la tendencia u orientación de este tipo de ciencias hacia el objeto (que él denomina *autognosis*) lo que "representa la marcha de la «comprensión» de fuera hacia dentro. Esta tendencia utiliza toda manifestación de vida para captar «lo interior» que la produce" (Dilthey 1944: 102).

Llegamos aquí a uno de los conceptos centrales en la obra de Dilthey: la comprensión. Es, además, uno de los más productivos, si pensamos en el alcance que ha tenido tanto para la historia y la hermenéutica, como para la fundamentación de las ciencias del espíritu, así como para las oposiciones (que trataremos en el apartado 2.4) entre comprensión y explicación. Veamos entonces cuál es el camino que, para Dilthey, nos lleva hasta la comprensión de los hechos humanos.

### **2.2.1 La objetivación de lo individual**

Si bien la relación entre la comprensión y el conocimiento de lo humano no empieza con Dilthey, lo que vuelve interesante su idea de comprensión es que este concepto, al entrelazarse con otros conceptos usados por el autor para la fundamentación de las ciencias del espíritu, cobra una dimensión más compleja que, como veremos, da pie a diferentes acercamientos, todos valiosos para la discusión contemporánea.

Una de las preocupaciones centrales de Dilthey es indagar cómo se da la conexión entre la estructuración del mundo espiritual del sujeto y el saber de la "efectiva realidad espiritual" (Dilthey 2000: 109), es decir cómo se conecta el mundo interno subjetivo con el mundo externo objetivo y, algo que es crucial para las ciencias del espíritu, la posibilidad de objetivación de lo interno.

En este sentido, para Dilthey, lo que distingue a las ciencias del espíritu de las ciencias de la naturaleza es que "el sujeto del saber es aquí uno con su objeto, y éste es el mismo en todos los niveles de su objetivación" (Dilthey 2000: 111). La pregunta para Dilthey es entonces en qué grado esta objetivación del mundo espiritual, dada a través del sujeto, puede contribuir al conocimiento científico en general.

Aquí encontramos otro importante concepto para Dilthey: conexión (*Zusammenhang*), que tienen un sentido unificador, pues es de esta conexión de donde emergerá la posibilidad de objetivación de lo interno y con ella, el sentido de lo humano para el conocimiento del mundo objetivo: "El presupuesto para ello es superar la escisión entre sujeto y realidad, entre los diferentes sujetos: encontrar la conexión entre las cosas, [...] la conexión de las cosas y los sujetos, de los sujetos entre ellos de modo que «el sujeto del saber sea uno con su objeto»" (Dilthey 2000: 112).

Ahora bien, esto todavía deja una interrogante: ¿dónde se encuentra esa conexión y cómo llegamos a darle un sentido? Para Dilthey, la vía de solución llega por medio del análisis: la separación e identificación de las partes individuales y de su papel en la configuración del todo. Un elemento indispensable para lograr esta disección del todo es la comprensión, cuyo lugar en la configuración diltheyana exploraremos en el siguiente apartado.

### **2.2.2 Comprensión en el mapa diltheyano: conexión, vivencia e interpretación**

Podemos tomar como punto de partida una de las varias definiciones que encontramos en Dilthey para el concepto de comprensión, a saber: " [el] reencontrarse el tú con el yo" (Dilthey 2000: 109). Como veíamos en el apartado anterior, para Dilthey la escisión entre

lo interno y lo externo puede superarse estableciendo una conexión. Es aquí donde la comprensión entra en juego al permitir al sujeto un reconocimiento de otros mundos internos similares al suyo. Pero, ¿dónde se da ese reencuentro? ¿Cuál es la puesta en marcha de la comprensión? La respuesta está en la idea que Dilthey tiene de vivencia [*Erleben*]: lo humano es uno entre todos los cuerpos del mundo fenoménico, pero es con él que surge la vivencia, lo que nos lleva del mundo físico al mundo espiritual (Dilthey 2000: 121). Por otra parte, la vida es vivida pero también es observable, es decir, tiene una dimensión externa (o exteriorizable) que puede ser puesta en relación con el todo: "a este proceso por el cual conocemos un interior a partir de signos dados sensiblemente desde fuera lo llamamos comprender" (Dilthey 2000: 25). Y es que, para nuestro autor, no es posible una conciencia de la propia individualidad; sólo en comparación con los otros tenemos una experiencia de lo individual en nosotros mismos.

Esta posibilidad de exteriorización de lo interno a través de la vivencia y la comprensión de la misma es para Dilthey el fundamento epistemológico de las ciencias del espíritu: "junto al análisis de la experiencia interna aparece el análisis del comprender, y ambos le dan continuamente a las ciencias del espíritu la prueba de la posibilidad y límite de un conocimiento de validez universal en ella." (Dilthey 2000: 31).

El siguiente paso necesario para cerrar el círculo interno-externo se da con la interpretación. Comprendemos al interpretar los signos, que son siempre exteriores (o exteriorizables) y compartidos y son el vehículo de la comprensión de la vida espiritual y de la historia. No es de extrañar entonces que para Dilthey sean los textos escritos la máxima expresión de esta posibilidad, pues: "sólo en el lenguaje encuentra lo interior humano una expresión que sea completa, exhaustiva y objetivamente comprensible. De ahí que el arte de comprender tenga su centro en la exégesis o interpretación de los vestigios de existencia humana contenidos en la escritura." (Dilthey 2000: 31).

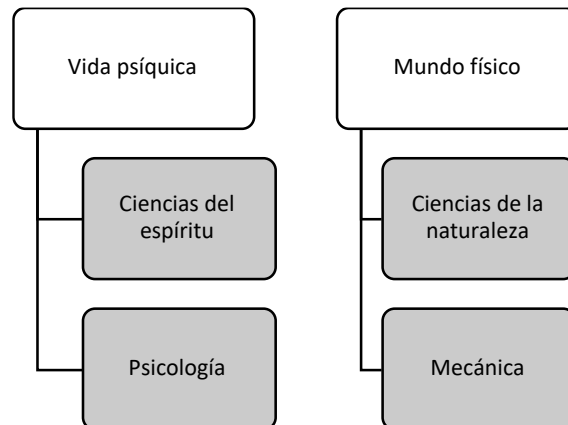
Vemos así que es este entramado de conceptos es que el sustenta la posibilidad de un conocimiento de lo interno individual: solo tiene sentido puesto en relación con los otros, conectado con lo externo y puesto en una forma que sea comunicable, lo cual significa siempre compartible.

Pero todavía podemos preguntarnos, nuevamente, si este carácter compartido basta para sustentar la autonomía de las ciencias del espíritu. Para Rickert, el autor que revisaremos en el siguiente apartado, el camino adoptado por Dilthey es incompleto, pues su mismo fundamento (la separación de los mundos natural y espiritual, interno y externo) carece de justificación. Aunque en su obra principal, *Ciencia cultural y ciencia natural* (publicada en 1899), no menciona explícitamente a Dilthey, sí hay una crítica a la noción de espíritu como opuesto a naturaleza y hace, como veremos, su propia propuesta.

### **2.3 Cultura frente a espíritu: Rickert y las ciencias de la cultura**

Para Rickert, el problema filosófico que se deriva de la clasificación de las ciencias está en determinar qué constituye una exposición científica de determinados materiales, independientemente de la manera en la que se haya llegado a ellos. Para hacerlo, advierte el autor, debe partirse de una distinción esquemática y un tanto forzada, pero necesaria, pues es algo que no está dado de antemano en la realidad: "el *globus intellectualis* de la investigación particular no es una esfera en la cual los polos y el ecuador se ofrezcan, por así decirlo, de suyo, sino que para determinarlos hace falta una investigación especial" (Rickert 1965: 26). Vemos aquí la diferencia fundamental con respecto a Dilthey: para Rickert no hay escisión en la realidad, no hay un mundo espiritual y uno natural, sino distintas maneras de abordar un mismo mundo. Podríamos añadir que, de manera implícita, Rickert está admitiendo la posible arbitrariedad de tal distinción, por lo que hace indispensable la búsqueda de una justificación para cualquier decisión que se tome al respecto.

Esa así que la división de las ciencias puede hacerse desde dos puntos de vista: el material, que se refiere a los objetos; y el formal, que se enfoca en los métodos. Ahora bien, la tendencia general en la división según objetos, que critica Rickert, es la oposición entre *vida psíquica* y *mundo físico*. Las relaciones importantes para esta concepción de las ciencias quedan expuestas en el siguiente esquema, en donde la psicología y la mecánica representan el modelo o ciencia fundamental para cada "mundo":



Nos centraremos solamente en los dos primeros niveles de la distinción, dejando de lado la referencia a las ciencias particulares pues, como veremos, la idea de una ciencia o, al menos, de estas ciencias (psicología y mecánica) como modelo para cada tipo de ciencia es obsoleta.

La crítica que hace Rickert a esta división y a la denominación de ciencias del espíritu se dirige a la inadecuada justificación de la distinción según el material de los objetos: "No se explica claramente la diferencia de principio que existe entre las dos especies distintas del interés científico, diferencia que corresponde a las diferencias materiales de los objetos" (Rickert 1965: 38-39). O, retomando la cuestión que planteábamos antes ¿dónde radica la necesidad de distinguir o separar lo espiritual de lo natural y, sobre todo, de estudiarlo de una manera especial?

El principal argumento de Rickert contra esta separación de los objetos por su materia (psíquico/físico) es la propia unidad entre los reinos físico y material (también reconocida, como vimos, por Dilthey) que constituye al ser humano. El punto clave para Rickert es que si se plantea la separación en esos términos, no hay nada que justifique la necesidad del estudio separado de lo psíquico, puesto que forma un todo con lo natural: "no hay nada, al menos



en la realidad inmediatamente accesible, que pueda sustraerse en principio a una investigación de carácter formal que emplea la ciencia natural" (Rickert 1964: 40). Para Rickert, la distinción interno/externo de Dilthey es igualmente insostenible, pues el mundo psíquico se encuentra limitado o encerrado en el mismo mundo físico que todo lo demás. Lo que queda, entonces, es: "que de la realidad total se destaquen un cierto número de cosas y procesos que posean para nosotros una especial significación o importancia, y en los cuales, por ende, veamos nosotros algo más que mera naturaleza" (Rickert 1965: 41). Esa significación especial es para Rickert el *valor* que asignamos a ciertos hechos de la realidad. Revisaremos este concepto de valor, central para Rickert, más adelante. Antes, es necesario comparar con mayor detalle la postura de este autor con la Dilthey.

Hasta aquí, pareciera que ambos autores coinciden en este punto: recordemos que Dilthey reconoce igualmente este problema de lo espiritual inmerso en lo natural, que impide basar la separación de las ciencias en el objeto y sostiene entonces que son la autoconciencia y la comprensión de lo interno y no el objeto como tal las que hacen la diferencia. Sin embargo, la solución que él ofrece a este problema es distinta a la de Rickert, pues si bien en ambos autores la distinción de lo espiritual o cultural surge de una *actitud* del ser humano ante sus propias creaciones (en Dilthey la comprensión y conexión; en Rickert la asignación de valores), los ámbitos y alcances de cada uno de estos acercamientos presentan, sin embargo, diferencias importantes.

Para Rickert, al entrar en juego el concepto de valor, los métodos y preguntas de las ciencias de la naturaleza se vuelven inadecuados e insuficientes, pues se ha añadido un elemento nuevo ajeno a la naturaleza. Las preguntas que surgen entonces deberán ser referidas a lo que llamamos *cultura*.

Vemos aquí una diferencia importante con respecto a Dilthey. Lo central ya no es la división "entre mundos", interno o externo, y el grado de conciencia que se tenga al respecto, sino el método: el mundo es uno y el mismo, con lo natural envolviendo y determinando lo cultural, pero ahora estamos ante una consideración (una imposición) externa a los objetos que hace que se destaquen en ellos valores culturales.

Centrémonos ahora en el concepto de valor. La distinción pertinente es para Rickert aquella que se da entre naturaleza y cultura. Dicha distinción se fundamenta en la referencia a valores: el hombre no crea sus productos porque sí, sino porque los dota de valor:

Por medio de esta referencia a valores, referencia que existe o no existe, podemos distinguir con seguridad dos especies de objetos; y sólo por ese medio podemos hacer la distinción, porque todo proceso cultural si prescindimos del valor que en él resida, tendrá que considerarse como relacionado con la naturaleza y, por ende, como naturaleza (Rickert 1965: 47).

Es importante subrayar que para Rickert este valor no tiene un carácter real, sino válido o no válido. Además, el valor no puede ser individual, sino que debe ser reconocido por una comunidad.

Al situar este concepto como eje de la distinción, el modelo está dotado de una mayor flexibilidad, lo que da a Rickert otro argumento a favor de concepto de cultura frente al de espíritu para la división de las ciencias:

Es cierto que los inventos técnicos se hacen en su mayoría con la ayuda de la ciencia natural. Pero ellos mismos no pertenecen a los objetos de la investigación naturalista, ni pueden tampoco figurar en las ciencias del espíritu. Sólo, pues, en una ciencia cultural halla lugar la exposición de su desenvolvimiento, y no hace falta demostrar la importancia que pueden tener para la cultura «espiritual» (Rickert 1965: 49).

No es la materia de que están hechos, ni características internas las que sitúan a los productos de la tecnología en la cultura, sino su valor para el ser humano, que es, a final de cuentas, el mismo que lo lleva producirlos.

Así, la importancia del valor está no sólo en que permite distinguir entre los objetos naturales y los culturales, sino que es también fundamental para la definición de cultura en Rickert: "La totalidad de los objetos reales en que residen valores universalmente reconocidos y que por esos mismos valores son cultivados" (Rickert 1965: 55).

Por otra parte, hay una serie de obstáculos de índole formal para la oposición entre las ciencias de la naturaleza y las del espíritu. Y es que, para Rickert, a semejante oposición debería corresponder un cierto grado de simetría formal, de la cual carece, pues:

1. Naturalista no significa corpóreo, como parece implicar la oposición natural/espiritual, sino que este concepto que está constituido por la significación kantiana de naturaleza.

2. A diferencia del método unificado de las ciencias naturales, hay una variedad de métodos de las ciencias de la cultura.

Derivado de la primera objeción, Rickert propone que "al concepto lógico de la naturaleza como existencia de las cosas, en cuanto a que está determinada por leyes universales, debe oponerse un concepto igualmente lógico" Este requisito lo cumple, para Rickert, el concepto de historia entendido como "suceder singular, en su peculiaridad e individualidad" (Rickert 1965: 43).

Así, llegamos a un segundo nivel de oposición, el metodológico, donde se encuentran el método naturalista y el método histórico (no espiritual, ni cultural, como podría pensarse). La oposición tiene ahora dos dimensiones: la material, donde se enfrentan naturaleza y cultura; y la formal, que opone el método naturalista al método histórico.

### **2.3.1 Las diferencias entre los métodos**

En términos generales, el método naturalista tiene un afán generalizador: busca la universalidad de las leyes, aplicables a cualquier fenómeno subordinado a ellas. Por el contrario, el método histórico, persigue lo individual e irrepetible.

Al abordar el tema de la universalidad propia del método naturalista, Rickert afirma que aun en casos en los que aparentemente este método se interesa por lo particular o lo individual, nunca es así realmente, ni siquiera en el caso de la aplicación a objetos únicos, como en el caso de la Astronomía, por ejemplo: aquí, lo importante es que la ley es universal y aplicable a todos los objetos que caracteriza. Que el número de objetos sea uno o un millón, es irrelevante.

En este punto plantea Rickert una cuestión importante: "Si comprendemos el concepto de ciencia natural con tal amplitud que coincida con el de ciencia generalizadora, ¿queda en el conocimiento del mundo sensible real algún otro proceder científico que no sea el naturalista?" (Rickert 1965: 87). Como lo expresa más adelante, en lo que parece una formulación de los defensores de la ciencia unificada: "toda ciencia que trata de lo real

dijérase que se reduce al problema de encontrar los conceptos universales o leyes naturales a que se subordinan sus objetos" (Rickert 1965: 87).

Ante esto opone Rickert las ciencias históricas, que a diferencia de las ciencias naturales y también de las llamadas "del espíritu" (basadas en la distinción psíquico/físico) no se interesan por lo universal o las leyes generalizadoras, sino por lo individual e irrepetible.

Como veíamos antes, todo depende de cómo afrontemos el estudio de la realidad: "La realidad se hace naturaleza cuando la consideramos con referencia a lo universal; se hace historia cuando la consideramos con referencia a lo particular e individual" (Rickert 1965: 92).

Aquí reafirmamos lo que ya habíamos adelantado: para Rickert, lo que caracteriza la oposición entre las ciencias es principalmente de una oposición formal, en relación con el método y no con los objetos.

Así, tenemos que una tarea crucial es identificar el método de la historia. Tenemos ya una caracterización negativa —no es generalizador— y la única caracterización positiva —es individualizador— no puede considerarse un método (a diferencia del generalizador, en que sí hay un proceso de selección, delimitación, y abstracción de los hechos) pues: "Parecería, según esto, que el problema de la ciencia histórica hubiera de ser el de exponer, sin principio alguno de selección, la realidad individual de que se ocupa, «tal como ella sea»; de donde resultaría que la historia tendría que darnos una reproducción o copia fiel de la realidad, en el sentido estricto de la palabra" (Rickert 1965: 111).

Pero, aclara Rickert, una ciencia no puede proceder de ese modo; es necesario trazar límites, conceptualizar. Es importante señalar que para Rickert un concepto es: "toda composición o reunión de elementos científicos esenciales de una realidad" (Rickert 1965: 123). Vemos aquí claramente el problema al que se enfrenta la definición de ciencia cultural de Rickert, basada en valores: "la significación cultural de un objeto, en tanto que es considerado como un todo, no está en lo que ese objeto tiene en común con otras realidades, sino justamente en lo que lo distingue de los demás; por eso la realidad que consideramos desde el punto de vista de su relación con los valores culturales, tendremos

que mirarla también siempre en el sentido de lo particular e individual" (Rickert 1965: 125).

Veamos la salida que propone Rickert. Para él, hay dos manifestaciones de lo individual: 1) el mero "diferenciarse" (no científico) y 2) "una determinada concepción de lo real [que] puede ser aprehendida en concepto" (Rickert 1965: 127). Es aquí donde vemos el papel de los valores culturales, que son los que posibilitan la conceptualización histórica. La asignación de valores culturales a los objetos implica una relación conceptual con los mismos, no es el "mero diferenciarse", sino una distinción que es significativa para el ser humano y que es reconocida socialmente.

Hay, además, un rasgo de universalidad en los valores culturales pues, como ya se mencionó, tienen un carácter común, compartido, en el sentido de que deben ser reconocidos como tales por una comunidad y no por individuos aislados. Es este carácter universal lo que dota de objetividad a la conceptualización histórica: "lo particular ha de tener al mismo tiempo una importancia universal, para penetrar en la ciencia, y además que sólo se expone científicamente aquel aspecto de lo particular sobre que descansa esa su importancia universal" (Rickert 1965: 147).

Vemos así que para Rickert son dos las características del conocimiento científico: debe ser obtenido a partir de un método y debe poseer un rasgo de universalidad: ya en su legalidad, como en las ciencias de la naturaleza; ya en su valoración, como en las ciencias de la cultura.

### **2.3.2 Los territorios intermedios**

Una idea original en el pensamiento de Rickert, que también lo distingue de Dilthey, es el reconocimiento de formas mixtas de conceptualización científica. Lamentablemente, esta idea se encuentra poco desarrollada en un breve capítulo de *Ciencia cultural y ciencia natural*, pero, como veremos, es importante detenernos en este primer esbozo que hace Rickert,

pues la idea de modelos más flexibles es la que parece corresponder mejor con la práctica científica real.

En el capítulo mencionado, Rickert reconoce que puede haber elementos históricos en las ciencias naturales, por ejemplo, en la biología filogenética; y elementos naturalistas en las ciencias culturales, por ejemplo, cuando se conceptualiza a partir de grupos y no de individuos: "Las ciencias culturales tienen en cuenta no sólo la peculiaridad individual, que posee lo singular y particular en el sentido propio de la palabra, sino también —cuando se trata de partes del todo histórico por concebir— la peculiaridad que se encuentra en un grupo de objetos" (Rickert 1965: 161).

Esto, como apenas lo menciona Rickert, es fundamental para ciencias como la economía o la ciencia del lenguaje (que es la que aquí nos interesa) pues los fenómenos a los que se enfrentan dichas ciencias no pueden entenderse como propiedades del individuo, sino que sólo se desarrollan en sociedad, pero esto a su vez no implica que se puedan establecer como fenómenos universales sin más, pues el peso de lo individual sigue siendo indispensable para su correcta interpretación. Gracias a esta interdependencia entre lo universal y lo individual "origínanse conceptos que tienen a un mismo tiempo significación naturalista y significación culturalista" (Rickert 1965: 162). Sobre esta dualidad en los objetos de algunas ciencias particulares volveremos más adelante desde una perspectiva contemporánea.

## **2.4 Siglos XX y XXI: comprensión y explicación**

La filosofía de la ciencia se ha ocupado desde sus inicios casi exclusivamente de las ciencias naturales. De ahí que sus resultados estén siempre orientados a los métodos, alcances y problemas de esas ciencias. Sin embargo, ha habido también distintas voces que reclaman atención para lo que sucede en otras áreas del conocimiento, llámense ciencias sociales, ciencias del espíritu o humanidades.

En esta sección nos centraremos en dos conceptos que muchas veces se sitúan como antagónicos en estudio de las ciencias: explicación, cuyo origen se puede ubicar en la filosofía de la ciencia de corte positivista; y comprensión, que tiene sus orígenes en la hermenéutica y el estudio de las ciencias del espíritu.

A partir de esta distinción se da por sentado que las ciencias naturales *explican* y en consecuencia tienen la capacidad de predecir, mientras que las ciencias sociales y las humanidades *comprenden* y por lo tanto tienen una capacidad predictiva limitada o nula. Uno de los problemas más discutidos a partir de esta distinción es la validez científica de cada uno de estos modelos. La explicación, al ser el modelo utilizado por disciplinas que indiscutiblemente poseen el rango de ciencias, como la física, se ha considerado en distintos momentos como el modelo que deberían seguir todas las ciencias. Sin embargo, como veremos más adelante, esta pretensión dista mucho de poder ser llevada a cabo por dos motivos: primero, los problemas internos del propio modelo y segundo, se ha visto que ciencias bien establecidas como la biología o la ecología, difícilmente trabajan bajo el modelo de explicación.

Ante este panorama, nos proponemos revisar cómo opera esta distinción al interior de una ciencia particular, la lingüística, cuyo desarrollo científico ha atravesado distintas fases en las que ambas formas de abordar el fenómeno lingüístico han convivido y muchas veces se han visto enfrentadas. Esta diversidad teórica y metodológica nos lleva a poner en entredicho la pertinencia de tal distinción como definitoria del carácter científico del conocimiento, sobre todo a la luz de los trabajos interdisciplinarios que han proliferado en las últimas décadas en distintas áreas del conocimiento, incluyendo las ciencias naturales.

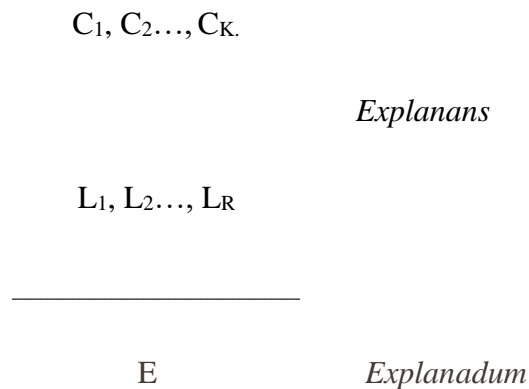
### **2.4.1 Explicación**

Es en siglo XX cuando comienzan a formularse modelos que buscan caracterizar la explicación científica. El auge de la filosofía de la ciencia y el interés por encontrar criterios que distinguieran el conocimiento científico de otros tipos de conocimiento y, sobre todo,

de la pseudociencia, alientan la búsqueda de un modelo único que corresponda a la explicación en la ciencia.

El modelo que parecía cumplir con estos requisitos era el nomológico-deductivo de Hempel y Oppenheim, de 1948. Dicho modelo estaba en consonancia, por lo menos en términos generales, con las corrientes más importantes de la filosofía de la ciencia de la época, como el positivismo lógico y el racionalismo crítico, especialmente porque echaba mano de la lógica como instrumento principal y por su carácter empírico, indispensable tanto en las condiciones iniciales, como en fundamentación de las leyes generales.

Sin entrar en muchos detalles, podemos describir la versión estándar de este modelo a partir del conocido esquema de Hempel (1965: 336):



donde  $C_1, C_2, \dots, C_K$  son proposiciones que se refieren a hechos particulares y  $L_1, L_2, \dots, L_R$  son leyes generales en las que descansa la explicación. Esto constituye el *explanans*. El *explanandum*  $E$  (es decir, aquello que se trata de explicar) se deduce lógicamente del *explanans*, siempre que las proposiciones que lo conforman sean verdaderas y tengan un fundamento empírico.

El carácter de las leyes generales o universales que conforman el *explanans* resulta fundamental para determinar la adecuación de este modelo a las ciencias sociales, por lo



que nos detendremos brevemente en este aspecto. Según la definición de Hempel, una ley general es un enunciado condicional universal que puede ser confirmado o descartado empíricamente. Esto implica, como señala Echeverría, que "el universo del discurso de L [ley] se reduce a objetos físicos o a localizaciones espacio-temporales. Con ello, la noción de ley científica queda radicalmente reducida, conforme al más estricto programa fisicalista" (Echeverría 1993: 61). Aunado a esto, está el carácter determinista de las leyes del *explanans*, que a su vez permite establecer una relación simétrica entre explicación y predicción:

The customary distinction between explanation and prediction rests mainly on a pragmatic difference between the two: While in the case of an explanation, the final event is known to have happened, and its determining conditions have to be sought, the situation is reversed in the case of a prediction: here, the initial conditions are given, and their "effect"—which, in the typical case, has not yet taken place—is to be determined. (Hempel 1965: 234).

Es importante destacar que el reduccionismo y determinismo inherentes a las leyes generales no han impedido que este modelo de explicación haya tratado de ser aplicado en las ciencias sociales.

Acorde a los objetivos de una ciencia unificada, para Hempel, Carnap y otros filósofos de la ciencia, el método de la ciencia es uno y el modelo de explicación expuesto arriba también abarcaría las ciencias sociales. Hempel hace énfasis particularmente en la historia y sostiene que los hechos históricos no son producto del azar, sino que son resultados esperables a partir de ciertas condiciones iniciales y su interacción con leyes generales, en este caso, leyes del comportamiento humano (Hempel 1965: 235).

No deja de ser llamativo que la que se considera la expresión estándar del modelo explicativo que presentamos antes, se encuentra en la obra de Hempel, de 1965, *Aspects of Scientific Explanation*, en el capítulo dedicado ni más ni menos que a la explicación en la Historia, titulado precisamente "The function of general laws in history". Como bien apunta Georg von Wright: "In retrospect, it seems almost an irony of fate that the fullest and most lucid formulation of the positivist theory of explanation should have been stated in connection with the subject matter for which, obviously, the theory is least suited, viz. history" (von Wright 1971/2004: 10-11).

Es en este último punto donde podemos situar las principales controversias suscitadas por este modelo en su aplicación a las ciencias humanas: el comportamiento humano no está constituido por hechos observables a la manera de los hechos de la naturaleza sino por acciones portadoras de significado: "Actions are not just bodily movements but behavior with a meaning. So behavior always has to be interpreted; as a result, the social sciences cannot have «brute» data like the natural sciences" (Kincaid 2002: 292).

Otro aspecto que discutir es la imposibilidad de formular leyes generales para describir el comportamiento y las acciones humanas, pues éstos descansan en normas, cuyo carácter suspendible es, en principio, opuesto al determinismo de las leyes de la naturaleza.

Surge aquí entonces la pregunta: si acciones y normas no son explicables según el modelo nomológico-deductivo, ¿cómo se puede acceder al conocimiento de *lo humano*? En el siguiente apartado revisaremos la propuesta que intenta responder a esta pregunta.

## 2.4.2 Comprensión

El concepto de comprensión (*Verstehen*<sup>8</sup>) como modelo para obtener conocimiento científico está ligado a la tradición hermenéutica, aunque no se trata, como veremos, de un modelo descrito explícitamente como es el caso del nomológico-deductivo, ni de un procedimiento algorítmico que sigan las ciencias sociales o las humanidades. Más bien se trata de una forma de acercamiento a los hechos sociales a partir de la propia experiencia humana que permite al investigador formular hipótesis acerca del funcionamiento de estos, pero no explicarlos ni predecirlos en el sentido que vimos en el apartado anterior.

Uno de los primeros intentos por caracterizar las ciencias humanas o de la cultura fue el que llevó a cabo Giambattista Vico en el siglo XVIII en su *Ciencia Nueva*. Para Vico, el tipo de conocimiento de las ciencias humanas debe distinguirse del de las ciencias naturales por el carácter del objeto estudio: al ser producto de la mente humana es *comprensible* por ésta mejor que los objetos de la naturaleza. Este acto epistemológico considera fundamental

---

<sup>8</sup> Se utilizan frecuentemente los términos en alemán, lengua en la que tomó forma esta tradición.

en las humanidades y reconocerlo así ha contribuido a reforzar la división entre ciencia natural y cultural, pues de entrada ya descarta la posibilidad de una metodología compartida. En palabras de Abel: “He [Vico] claimed that human beings can possess a type of knowledge concerning things they themselves produce which is not obtainable about the phenomena of nature” (Abel 1953: 677).

Si comparamos la explicación y la comprensión como dos caminos para la obtención de conocimiento, a decir de von Wright, la principal diferencia está en que la explicación puede efectivamente expandir nuestra *comprensión* de las cosas, pero la *comprensión*, en el sentido que se considera en la tradición hermenéutica, posee un rasgo psicológico que la explicación no tiene: la empatía (*Einfühlung*), entendida como: "the re-creation in the mind of the scholar of the mental atmosphere, the thoughts and feelings and motivations of the objects of his study" (Von Wright 1971: 6).

Ahora bien, este rasgo psicológico es justamente el "punto débil" de la comprensión cuando es comparada con la explicación. Abel, en su artículo de 1953, señala dos limitaciones de la comprensión: 1) Su dependencia con respecto a la experiencia individual y 2) Su incapacidad de representar un criterio de verificación.

Esto significa para Abel que “what in the realm of scientific research we consider a quality of crucial importance is not an attribute of the operation of *Verstehen*” (Abel 1953: 685). En la misma línea crítica, Apel se pregunta: “can this ‘art of understanding’ which does not regard the human being as an object of research but instead assures the intersubjectivity of meaning, rightly be called a *Wissenschaft* —a science?” (Apel 1967: 15).

Partiendo de lo revisado hasta aquí, podemos hacer un balance que nos permita esclarecer el panorama y, sobre todo, destacar la relevancia que tiene esta discusión para la ciencia como una forma de conocimiento en general y para las ciencias particulares, sobre todo con respecto a la posibilidad de responder a criterios unificadores.

Por un lado, vemos que las críticas planteadas a la comprensión tienen sentido sólo si nos situamos desde las ciencias naturales y desde la explicación. Si bien podríamos pensar que entonces estas críticas son inadecuadas por estar formuladas desde otras ciencias, el hecho

es que es desde esta perspectiva que se juzga el carácter científico de una disciplina dada, lo cual nos obliga a considerar y a responder a tales críticas. Por otro lado, la vigencia de esta discusión se hace evidente cuando consideramos que las objeciones que Abel y Apel formularon hace más de medio siglo siguen formando parte del debate, como queda claro en la pregunta que lanza Kincaid en su artículo sobre las ciencias sociales, del año 2002: "Can the social sciences produce scientific knowledge?" (Kincaid 2002: 294). Consideramos pues, que lo que está en juego son los rasgos que determinan el carácter científico de cierto tipo de conocimiento.

Esto nos lleva a formular las siguientes preguntas: ¿debemos desprender de lo anterior que las ciencias sociales y las humanidades están condenadas a desarrollarse a la sombra de las ciencias naturales y regirse por los mismos modelos que éstas? ¿Pueden las ciencias humanas legitimar sus propios métodos y proclamarlos como científicos? ¿Qué importancia tiene para las ciencias particulares y la práctica científica real lograr o no esta legitimación?

Como ya hemos anunciado, uno de los objetivos de este trabajo es mostrar la relevancia de esta discusión al interior de la lingüística, al ser esta una ciencia en la que ambos modelos se han visto representados por distintas corrientes. Así, buscaremos posibles respuestas a las preguntas arriba planteadas desde la lingüística.

### **2.4.3 Explicación en lingüística**

Si bien el siglo XX ha sido para la lingüística el de su consolidación como ciencia, la diversidad de teorías, métodos y concepciones acerca del lenguaje como objeto de estudio deja muchas preguntas acerca qué caracteriza al estudio científico del lenguaje.

Como ya se mencionó, en la lingüística ha habido distintos intentos por acercar sus métodos y enfoques a los de las ciencias naturales. En esta línea se encuentra la gramática generativo transformacional (en adelante GGT), del lingüista norteamericano Noam Chomsky, que ha sido sin lugar a dudas una de las teorías más influyentes en la lingüística y que

consideramos especialmente importante para esta discusión por dos razones: 1) su autoproclamado carácter como *verdaderamente* científico y 2) la ya mencionada influencia que ha tenido en la lingüística, tanto por su número de seguidores y detractores, como por los éxitos parciales que ha alcanzado *explicando* el lenguaje.

Chomsky ha reconocido que uno de los objetivos en el marco la GGT era el de establecer una teoría lingüística comparable a las de las ciencias naturales. Incluso en el núcleo de su concepción del lenguaje está la idea de que la gramática es *como* una teoría científica:

A grammar of the language L is essentially a theory of L. Any scientific theory is based on a finite number of observations, and it seeks to relate the observed phenomena and to predict new phenomena by constructing general laws in terms of hypothetical constructs such as (in physics, for example) "mass" and "electron". Similarly, a grammar of English is based on a finite corpus of utterances (observations), and it will contain certain grammatical rules (laws) stated in terms of the particular phonemes, phrases, etc., of English (hypothetical constructs). These rules express structural relations among the sentences of the corpus and the indefinite number of sentences generated by the grammar beyond the corpus (predictions). (Chomsky 1957/2002: 49)

Esta visión, en cierta forma facilita el camino para la aplicación del modelo de explicación nomológico-deductivo propuesto por Hempel y Oppenheim *desde* las ciencias naturales y que describimos antes.

Pero hay varias objeciones respecto a la pertinencia de este modelo para un objeto de estudio como el lenguaje, pues si bien éste presenta ciertas características que pueden ser equiparables a las que encontramos en los objetos de estudio de las ciencias naturales, una gramática no está conformada por eventos observables como los de las ciencias naturales. Otra crítica importante tiene que ver con la equiparación que hace la GGT entre las reglas gramaticales y las leyes universales. Para sus detractores, esta postura omite una característica importante: las reglas gramaticales no son leyes; los hablantes de una lengua *S* pueden violar sus reglas, lo que no sucede con las leyes de la naturaleza (Itkonen 2014).

Sumado a esto, uno de los argumentos centrales de Itkonen en su crítica a la GGT es que las gramáticas no se refieren a ocurrencias espacio-temporales, como exigiría el modelo de la explicación según vimos en el apartado 1, pues:

por una parte, hay un número indefinido de oraciones *correctas* que nunca han sido ni serán emitidas (es decir, de las que nunca se han producido ni se producirán ejemplificaciones en el espacio-tiempo) y de las que, aun así, la gramática *debe* dar cuenta. Por otra parte, hay un número indefinido de oraciones *incorrectas* que se han emitido o que serán emitidas, esto es, de las que la gramática *no debe* dar cuenta (Itkonen 2014, pos. 454, cursivas en el original).

De esta manera, para sus críticos, Chomsky lleva la analogía entre gramática y explicación demasiado lejos:

En efecto, las oraciones se ‘derivan’ [mediante] [...] reglas gramaticales [...]. Pero *no se deducen* al modo de teoremas. (Por este motivo, llamar *axioma* a la oración inicial no pasa de ser una broma) y, en consecuencia, contrariamente a lo que sostienen Chomsky y sus discípulos, aunque las gramáticas *se parecen* a teorías *no son teorías*. Sólo *describen* y *codifican* ciertos aspectos del lenguaje: no explican (Bunge 1983:41-42; énfasis original, *apud* López Serena 2009: 22).

Estamos aquí, como afirma Itkonen, ante una postura que antepone el método al objeto; así, la pretensión de científicidad reduce el objeto de estudio a extremos que para muchos resultan seriamente cuestionables (v. Itkonen 2014).

La propuesta alternativa consiste entonces en reconocer el carácter humano de las normas y reglas lingüísticas, así como la *comprensión* e *interpretación* como herramientas indispensables para el lingüista, sin que esto implique dejar de lado la contrastación empírica a través del uso de *corpora* o elicitación, por ejemplo.

Finalmente, podemos cerrar esta sección advirtiendo que la oposición dicotómica entre explicación y comprensión parece ser de poca utilidad para las ciencias particulares. Es razonable pensar que se requieren modelos más flexibles, en los que las vías de acceso al conocimiento que hemos de valorar como científico no provengan de una ciencia particular o un grupo de ciencias que se impongan como modelo, sino que responda a las características del objeto de estudio sin reduccionismos extremos.

Lo que a continuación revisaremos son derivaciones actualizadas de la discusión anterior. En términos contemporáneos, la supuesta superioridad de uno u otro tipo de conocimiento se ha expresado sobre todo en la oposición entre los modelos explicativo y el comprensivo, según el tipo de acercamiento que se tenga a los objetos de estudio. A partir de esta distinción, se da por sentado que las ciencias naturales *explican*, es decir, parten de leyes

universales, de las que se deducen lógicamente proposiciones susceptibles de ser verificadas empíricamente y, en consecuencia, tienen la capacidad de predecir, mientras que las ciencias sociales y las humanidades *comprenden* y por lo tanto tienen una capacidad predictiva limitada o nula.

El problema aquí no está en los modelos como tales, sino en el hecho de poner en entredicho la validez científica uno u otro. La explicación, al ser el modelo utilizado por disciplinas que indiscutiblemente poseen el rango de ciencias —como la física— se ha considerado en distintos momentos como el modelo que deberían seguir todas las ciencias.

#### **2.4.4 Tres enfoques contemporáneos**

Como hemos visto a lo largo de los apartados anteriores, la clasificación de las ciencias y la caracterización del conocimiento científico no es una discusión novedosa, pero esto no quiere decir que no haya nada más que decir al respecto. Por el contrario, es de resaltar que en las últimas décadas la discusión se ha enriquecido y hay algunas reinterpretaciones valiosas de los conceptos que hemos tratado hasta aquí. Creemos, además, que es indispensable mantener una actitud crítica y reflexiva acerca de los fundamentos del conocimiento científico, no sólo desde la filosofía, sino también desde las ciencias particulares pues, como veremos, las preconcepciones de lo que *debe ser* una ciencia afectan directamente las prácticas científicas.

En los siguientes apartados retomaremos el hilo de la discusión a partir de la última década bajo tres acercamientos: la autonomía de las ciencias del espíritu, una nueva visión de la ciencia unificada y los *territorios intermedios*.

##### **2.4.4.1 Sobre la autonomía de las ciencias del espíritu**

La interpretación que podríamos denominar estándar de la obra de Dilthey es aquella que defiende la autonomía de las ciencias del espíritu frente a las ciencias de la naturaleza.

Dilthey hace referencia a tal autonomía en repetidas ocasiones, como se ve en la siguiente cita, cuando se refiere a la adaptación de los métodos de las ciencias de la naturaleza:

Toda la historia de las ciencias del espíritu es una demostración en contra de la idea de semejante adaptación. Estas ciencias tienen una base y una estructura del todo diferente de la de las ciencias de la naturaleza. Su objeto se compone de unidades dadas, no deducidas, que nos son comprensibles por dentro; en este campo empezamos por saber, por comprender, para conocer luego poco a poco. Análisis progresivo de un todo que poseemos de antemano por saber inmediato y comprensión (Dilthey 1980: 110).

Esta postura es defendida recientemente por J. Ismael en su texto "Why (Study) the Humanities?: The View from Science", enmarcado en la discusión del valor de las humanidades en el ámbito de las políticas educativas, en el que afirma: "If there was a time when the sciences and the humanities seemed to offer competing visions of the human being, that time is past. It is now possible to say on scientific grounds what is wrong with the idea that the sciences will ever replace (or displace) the humanities" (Ismael 2018: 193). Esta postura se sustenta principalmente en que no solo no es posible, sino ni siquiera deseable, subsumir las individualidades bajo leyes generales, como exigiría un modelo explicativo de corte naturalista. Para esta autora, la comprensión que se alcanza a través de los métodos de las humanidades no compite con las explicaciones de las ciencias naturales porque su valor está no en su capacidad de predecir, sino en que ofrece la posibilidad de conocernos mejor, y en consecuencia, tomar mejores decisiones acerca de nosotros mismos y de nuestra interacción con el mundo externo. No hay razón pues, para equipar ese tipo de conocimiento con el conocimiento del mundo físico:

We need to understand one another, not in the way we understand toasters and electrons, but as *persons*, i. e., as subject of experience and emotions, as believers and agents [...] Each of the fields traditionally classified among the humanities makes a distinctive contribution to this kind of understanding. (Ismael 2018: 186, cursivas en el original).

Como ya hemos dicho, esta postura está a tono con las interpretaciones tradicionales de Dilthey. Hay, sin embargo, aspectos de la obra diltheyana que dan pie a interpretaciones opuestas a la que acabamos de presentar.



#### 2.4.4.2 Sobre la unidad de la ciencia

De entrada, el título del artículo de N. Hamid, "Dilthey on the unity of science" parece desafiar la ya mencionada interpretación estándar de la obra de Dilthey al hacer una reinterpretación del problema de la dualidad físico-psíquica de las creaciones humanas. Consideramos que esta es una postura a la que debemos prestar atención, no solo por su originalidad, sino también porque plantea un posible punto de partida para una postura intermedia, moderada, que reconozca diferencias y continuidad entre los distintos tipos de conocimiento que hemos de llamar científico.

Para Hamid, es necesario reconocer que, a la par de las diferencias ampliamente señaladas entre las ciencias del espíritu y las de la naturaleza, "Wissenschaft for Dilthey, is a collaborative enterprise that, despite the variety among the special disciplines, retains a shared object and purpose" (Hamid 2016: 632).

Lo interesante y novedoso de esta propuesta es que, a diferencia de las concepciones de la ciencia unificada tradicionales<sup>9</sup>, este fundamento común no se encuentra ni en la reducción de toda ciencia a los estándares de la física; ni en la estructura explicativa como base común, ni tampoco en consideraciones de tipo metodológico, sino en consideraciones biopsicológicas. Así, parece que este autor va un paso más allá que Dilthey y retoma el concepto de «vida» no como una base epistemológica, sino ontológica (Hamid 2016: 637). Ahondemos un poco en la interpretación que hace Hamid del alcance y sentido de este concepto para la unidad de la ciencia.

El punto de partida es el carácter complejo psico-físico de los seres humanos del que ya hemos hablado:

Dilthey conceives the human beings that are the objects of the socio-historical sciences as embodied, 'psychophysical life-units' (psycho-physische Lebenseinheiten) determined as much by physical laws as by the activity of the will or the emotions. A full perspective for the human sciences, consequently, must consider human beings both under a physical aspect as given in outer perception, and under a mental aspect accessible in inner perception (Hamid 2016: 638).

---

<sup>9</sup> V. Feigl, 1953.

Es entonces, la interacción entre uno y otro aspecto, entre la determinación de la naturaleza y la voluntad y el mundo emotivo lo que constituye la vida humana. Pensemos en el lenguaje, que hemos visto que es para Dilthey el instrumento por excelencia de la comprensión y la interpretación: es innegable que tiene constricciones fisiológicas y que es producto de la evolución de la especie y no del individuo. Sin embargo, una descripción del lenguaje solo en términos fisiológicos, sin atender a su dimensión sociocultural nos daría una representación sumamente pobre de lo que es el lenguaje para el ser humano. De igual forma, el caso inverso, pensar el lenguaje como un producto solo cultural resulta imposible, pues las bases biológicas y fisiológicas son determinantes para que el lenguaje humano sea como es.

Reconocer esta interacción como fundamental para la *vida*, afirma Hamid, puede bastar para extraer de la obra de Dilthey una idea unificadora de la ciencia: "A unified conception of scientific inquiry in all its diverse modes emerges from Dilthey's biopsychological account of the sources, methods, and objects of knowledge" (Hamid 2016: 651).

No obstante, debemos preguntarnos si realmente el reconocimiento de este carácter dual puede ser suficiente para la fundamentación de una ciencia unificada y sobre todo qué significaría esa unificación y cómo se haría operativa metodológicamente hablando. Estos son aspectos que al autor deja sin aclarar y que buscaremos complementar con la propuesta del siguiente apartado.

#### **2.4.4.3 ¿Cuestión de grado?**

Una postura que podemos llamar moderada o conciliadora se puede desprender del artículo de Stephen R. Grimm titulado "How understanding people differs from understanding the natural world". En él, encontramos que la explicación y la comprensión son modelos distintos mas no incompatibles, como parece señalarse en las tradiciones de ambos tipos de ciencias. La idea de Grimm, veremos, se asemeja a los *territorios intermedios* de

Rickert, aunque éste no hace referencia a la noción de gradualidad, que sí encontramos en Grimm.

Por un lado, el autor afirma que la comprensión puede naturalizarse en muchos sentidos que tradicionalmente se han descartado:

[H]ere is a way of thinking about meanings so that (a) they are perfectly natural sorts of things, and (b) that they can be discerned from a third person, objectivizing point of view, and not only from the inside. The fact that human action, or the social world more generally, is meaningful therefore does not by itself tell against the naturalizing stance. (Grimm 2016: 212)

Es decir, no siempre es necesaria la total interiorización o "ponerse en los zapatos de" (*get inside the shoes of another person*), para comprender una situación humana. En la propuesta de este autor, cabe la distinción entre distintos grados o tipos de comprensión, por un lado, y por otro, también es posible entender la explicación no solamente en términos de predicción, sino también de alcance comprensivo, lo que nos da como resultado no el par excluyente de explicación/comprensión, sino un continuum de conocimiento que puede abarcar tanto el mundo natural como el humano. Así, aunque Grimm reconoce el valor de la perspectiva diltheyana, le parece parcial, al igual que considera demasiado restrictivo el papel asignado por Dilthey a la explicación, por lo que uno de sus objetivos es: "[to] argue against the view of Dilthey and others who claim that naturalistic approaches can only attempt to explain, rather than understand, human beings". Para Grimm, en un nivel básico, tendríamos lo que él llama "understanding-as-grasping-of-structure", que consiste en

the sort of understanding one achieves when one apprehends how the various elements of a system depend upon one another, so that one can potentially manipulate the system in various ways— or, at least, so that one can predict or "see" how changing some elements of the system will lead, or fail to lead, to changes in the other elements. (Grimm 2016: 214).

Este captar relaciones y estructuras, no implica "ponerse en los zapatos de", o sea, se puede alcanzar desde una perspectiva objetiva o de tercera persona. Sin embargo, este tipo de comprensión, que para algunos casos puede ser suficiente, deja fuera del alcance *ciertos aspectos* del ser humano, según apunta Grimm.

Es otro tipo de comprensión, que requiere de recursos cognitivos distintos, el indicado para cubrir esos aspectos que la comprensión de la estructura deja fuera, y que requiere, ahora sí, de la capacidad de ponerse en el lugar del otro. Este tipo de comprensión, que es para el autor "understanding-as-taking-to-be-good" implica el reconocer lo que es considerado como valioso o digno de ser elegido por los otros y es aquí donde Grimm encuentra el punto de inflexión entre los niveles de comprensión:

the idea that one needs to see a goal as desirable or choiceworthy is particularly important because this sort of seeing plausibly requires a different cognitive attitude—and hence, apparently, a different cognitive method—that we need to draw upon when we try to understand other human beings (Grimm 2016: 217).

En contraparte, para Grimm, como ya anunciamos, las ciencias naturales al *explicar*, en realidad también están llegando a un grado de comprensión equiparable al primer tipo ya descrito, pero tampoco para estas ciencias es siempre suficiente. La identificación de los elementos de un sistema y sus relaciones, la formalización de esas relaciones y la consiguiente predictibilidad y posibilidad de manipulación del sistema puede presentar solo una visión parcial del objeto:

[En las ciencias naturales] even though one might be able to manipulate the formulae in order to predict and control how the system will unfold, the system might nonetheless seem like a black box, and thus in an important sense unintelligible. In particular, it is often said that unless one can visualize the system, perhaps by means of a model, the system will remain unintelligible. (Grimm 2016: 219).

De esta manera, la relación que propone Grimm entre comprensión y explicación se hace evidente: si bien son caminos diferentes, que se apoyan en distintos recursos cognitivos, no son necesariamente incompatibles y, sobre todo, esta perspectiva puede contribuir a superar las concepciones competitivas entre ambos modelos. Una visión complementaria parece más provechosa para este autor: "I take it as clear that a naturalizing approach to the social sciences has yielded and will continue to yield significant insight into human action and behavior. My basic point instead is simply that there is a variety of understanding or intelligibility that resists this sort of naturalizing attitude." (Grimm 2016: 222).

En este sentido, Grimm coincide con la postura de Ismael acerca de que las humanidades nos ayudan a comprendernos unos a otros no solo en términos de relaciones estructurales, sino también en los términos ya vistos de lo que es valioso para el otro, que es el elemento

indispensable para alcanzar "the connection between understanding and some great moral good: peace, love, happiness, tolerance, and so on" (Grimm 2016: 221).

Lo que parece importante rescatar de este autor es que no contrapone los distintos tipos de conocimientos, sino que reconoce el valor y aporte que pueden tener para una *comprensión* más completa del mundo humano y del mundo natural.

## **2.5 Algunos ejemplos en las ciencias particulares: la arqueología y una "tercera vía"**

En la obra de 2013 titulada *New challenges to philosophy of science* (Andersen et al.), encontramos un amplio panorama de los problemas actuales para la filosofía de la ciencia. Para los objetivos de este trabajo, destaca el capítulo de Amparo Gómez "Archeology and scientific explanation: naturalism, interpretivism and "a third way" en el que después de una revisión histórica de las distintas concepciones acerca del carácter científico de la arqueología, con la explicación y comprensión en el centro del debate, la autora concluye con la tercera posibilidad que tiene su sustento en las prácticas reales de los arqueólogos en la actualidad:

Archaeologists are not confined to understand, also try to explain facts. But the facts they try to explain have previously been interpreted, either in the context of a paradigm, a theory or a background of knowledge. Interpretation allows understanding the facts of the past which are made intelligible and so explainable. (Gómez 2013: 247).

Este "tercera vía" es susceptible de ser adoptada (o tal vez reconocida como una práctica de hecho) en otras ciencias sociales o de la cultura: "Thus, in social sciences, understanding is not in opposition to explanation, but rather it constitutes a necessary moment of explanation" (Gómez 2013: 247).

### **2.5.1 El caso de la lingüística**

La historia es menos clara en lingüística. Las reflexiones en torno a los fundamentos epistemológicos de esta ciencia son escasas. Una de las razones para que esto sea así es

que, como bien señala Stevens en el capítulo titulado "Philosophy, Linguistics, and the Philosophy of Linguistics" de la ya mencionada obra *New challenges to philosophy of science*, la filosofía de la lingüística (esto es, de la ciencia del lenguaje), tiende a ser relegada en favor de la enorme atención que recibe la filosofía del lenguaje, llegando muchas veces a confundirse. Sin embargo, se trata de áreas de interés distintas, aunque compartan algunos aspectos:

philosophy of linguistics is perhaps best thought of as a branch of philosophy of science, akin to philosophy of biology, economics, or physics, etc. The philosophy of linguistics, in other words, is not so much interested in the subject matter of linguistics as it is in the status, nature and methodology of linguistics itself. Once the philosophy of linguistics is thought of in these terms, linguistics can quite understandably be labelled a science that received philosophy of science has overlooked. (Stevens 2013: 434)

Así, aunque nadie puede negar que hay un gran interés en la lenguaje desde la filosofía, este mismo interés —hasta cierto punto— ha opacado la necesidad de una reflexión constante acerca de la lingüística en su carácter de ciencia<sup>10</sup>. Como consecuencia, las reflexiones explícitas tanto por parte de los lingüistas como de los filósofos acerca del tema que aquí nos ocupa son escasas. Ante la pregunta ¿los lingüistas explican o comprenden? encontramos que hay pocos intentos por responderla. Una vía que parece interesante y que vale la pena explorar es que los lingüistas, como los arqueólogos y probablemente muchos otros científicos hacen comprender y explican, pero no el sentido tradicional de ambos modelos.

En su artículo titulado "On explanation in linguistics" Esa Itkonen, (probablemente el más notable de los filósofos de la lingüística en activo), da cuenta de seis tipos de explicación que se dan en la práctica lingüística: racional; funcional; evolutiva; determinista; estadística y coherentista (Itkonen 2013). De estas, es la determinista la que ha recibido mayor atención y a partir de la cual se ha generado una mayor discusión acerca del carácter científico de la lingüística, al menos por parte de los propios lingüistas. Es de subrayar que este tipo de explicación, que Itkonen llama determinista, corresponde al ya mencionado

---

<sup>10</sup> Damos por hecho aquí que la lingüística es una ciencia aunque, como señala Stevens, "[v]ery little has been written [...] on what one might conceivably take to be the most fundamental question in the philosophy of linguistics: *is linguistics a science?*" (Stevens 2013: 444).

modelo nomológico-deductivo, propio de las ciencias naturales, por lo que se puede entender que lo que está de fondo es un afán legitimador adoptando en la lingüística el modelo de las ciencias naturales para dotarla así de un carácter indiscutible de ciencia, una preocupación recurrente en las ciencias del espíritu que, como vimos, fue señalada ya por Dilthey.

Un aspecto que no vamos a revisar aquí (por ahora), es el de estos tipos de explicación y cuál su fundamentación según Itkonen. Por el momento, basta con señalar que efectivamente la práctica lingüística responde una variedad metodológica que dificulta llegar a una visión generalizadora y unificada que a su vez permita afirmar de manera tajante que la lingüística a qué tipo de ciencia pertenece la lingüística y nos lleva a preguntarnos ¿hay en esta ciencia una complementación metodológica más que una oposición? Si es así, ¿qué implicaciones tiene para la filosofía de la ciencia y para la propia lingüística? Estos y otros aspectos concernientes al estatus de la lingüística como ciencia serán tratados a profundidad en los siguientes capítulos de esta tesis.

### **Capítulo 3. Problemas de delimitación del objeto de estudio y su relación con la clasificación de las ciencias**

En este capítulo se hace explícita la relación entre los dos anteriores y se pretende responder a estas preguntas: ¿Si la lingüística es una ciencia, qué clase de ciencia es? ¿Cómo se ha justificado la asignación de la lingüística a uno u otro campo científico? ¿Cuál es la relación entre dicha asignación, la caracterización del objeto de estudio y la metodología que se considera válida para esa ciencia?

Es de suponer que hay una estrecha relación entre la delimitación y clasificación del objeto de estudio y el tipo de ciencia al que se le adscriba a la lingüística. Idealmente, la delimitación y caracterización de objeto de estudio daría como resultado un tipo de estudio acorde a dicho objeto y como consecuencia, se podría decir que la ciencia de tal objeto es natural, cultural, social, etc. Sin embargo, las cosas no suceden de ese modo. Hay, como hemos visto, preconcepciones, ideas acerca de los modelos científicos prestigiosos y de lo que debe ser un objeto científico, que están ahí desde el nacimiento mismo de una disciplina. Esto, cabe aclarar, no es necesariamente negativo; en todo caso, es inevitable. El problema, creo, es la falta de claridad respecto al peso de estos aspectos en la configuración de la ciencia. Esta falta de claridad y la ausencia de reflexión al respecto pueden acarrear desequilibrios e interpretaciones erróneas acerca de un objeto de estudio. El lenguaje, la lengua y la gramática han sido víctimas de tales desequilibrios y malentendidos, resultado de toda la carga que, como hemos visto, pesa sobre los hombros de las ciencias no naturales.

En las páginas que siguen haremos un acercamiento más detallado a lo que ya se ha vislumbrado en los capítulos anteriores (sobre todo en el primero): que la lingüística es un claro ejemplo de este tipo de problemas. A diferencia del capítulo 1 en el que revisamos los fundamentos (o lo que se presenta como tales) de las principales escuelas lingüísticas, en este capítulo ahondaremos en los aspectos filosóficamente relevantes para la fundamentación de una ciencia. Presentaremos, en primer lugar, algunos de los posicionamientos centrales acerca del realismo científico, que permitirán entender la



posterior discusión acerca del carácter ontológico de las unidades lingüísticas, así como sus repercusiones epistemológicas y metodológicas.

### **3.1 Ciencia y realidad**

Un tema muy discutido, con muchas aristas y difícil de abordar es el de la relación entre ciencia y realidad, o de la discusión entre el realismo científico y el antirrealismo o instrumentalismo. ¿Es la ciencia una aproximación a la realidad? ¿Y qué es la realidad? ¿Existen las teorías? ¿Y las entidades teóricas?

Estas son, hay que señalarlo, preocupaciones centrales para la filosofía de la ciencia y se relacionan con algunos de los problemas propios de la lingüística y, por supuesto, de la ciencia en general: “La racionalidad y el realismo son los dos temas principales de los filósofos de la ciencia contemporáneos. Esto es, hay problemas acerca de la razón, la evidencia y el método, y hay preguntas acerca de lo que es el mundo, de lo que hay en él y de lo que es verdadero de él” (Hacking 1996: 11).

El objetivo de esta tesis y de este apartado en particular no es la discusión o presentación de estas preguntas y de las múltiples respuestas que se les puedan dar, sino abordar los problemas principales de la delimitación del objeto de estudio de la lingüística y de su asignación a uno u otro tipo de ciencia; esto, sin embargo, toca en algunos puntos la delicada cuestión del realismo, por lo que presentaremos a continuación algunos de los aspectos de este tema que son indispensables para la discusión posterior.

#### **3.1.1 El realismo de Popper y los *tres mundos***

Una propuesta que ha resultado bastante fructífera para la discusión de los distintos tipos de objetos científicos y de ciencias y de la que ya hemos hablado brevemente en el capítulo 1, es la de los 3 mundos, de Karl Popper.

Popper propone una visión pluralista del universo (*universe*) o mundo<sup>11</sup> (*world*), en el que existen a su vez tres submundos:

Mundo 1 (m1): físico (normalmente aceptado sin controversia).

Mundo 2 (m2): mental o psicológico (controversial en cuanto a su existencia).

Mundo (m3): productos de la mente humana (también controversial). Es importante señalar que Popper incluye aquí, explícitamente, las lenguas (Popper 1978: 144).

De estos mundos el que nos interesa y sobre el que Popper tiene la necesidad de argumentar en favor de su existencia, puesto que es el que más controversia genera, es el mundo 3, el de los *contenidos objetivos del pensamiento* (sobre esta caracterización de *objetivo* volveré más adelante). La argumentación de Popper va dirigida, por un lado, contra los materialistas, para quienes solo los objetos del mundo 1 son reales; y por otro, contra los dualistas, quienes consideran que solo los objetos materiales (del mundo 1) y los estados mentales (mundo 2) son reales; los productos de estos estados mentales son meras ficciones para ambos.

Un ejemplo al que recurre Popper para ilustrar el carácter real de los objetos del mundo 3 es el del libro: una obra literaria como *Hamlet* tiene múltiples presentaciones materiales: todas las distintas ediciones e impresiones que se han hecho, sus representaciones, etc., pero aquello que tienen en común la presentación teatral, el libro o la representación en la mente de un individuo que conozca la obra de memoria, es distinto de esas realizaciones, es un producto del pensamiento humano con existencia real y autónoma, aunque abstracta: “one can, if one wishes, say that the world 3 objects themselves are *abstract* objects, and that their physical embodiments or realizations are *concrete* objects” (Popper 1978: 145).

Popper propone varias pruebas de la existencia y autonomía del mundo 3: por ejemplo, que los objetos que pertenecen a este mundo pueden ser juzgados objetivamente, por lo tanto, existen; o que tienen un efecto en los mundos 1 y 3, efectos que pueden ir más allá de lo

---

<sup>11</sup> Respecto a los términos, el autor advierte que los usa “sin tomar demasiado en serio las palabras ‘mundo’ o ‘universo’” (Popper 1995: 61), por lo que no discutiremos aquí su uso.

que la mente que los creó pudo haber imaginado, como sucede, afirma Popper, con las teorías científicas, que pertenecen como tales al mundo 3:

I suggest that there is a world 3 of the products of the human mind, and I am trying to show that the objects of world 3 may be in a very clear sense not fictitious but quite real: they may be real in that they may have a casual effect upon us, upon our world 2 experiences, and further upon our world 1 brains, and thus upon material bodies (Popper 1978: 150).

Esto último habla especialmente en favor de su autonomía, un punto bastante controversial, pues lo lleva a proponer un “conocimiento sin sujeto cognoscente”. Sobre esta idea volveremos al final del capítulo.

Popper ilustra esta postura con el caso de la teoría de la relatividad, cuyas consecuencias para los mundos 1 y 2 no estaban contempladas por su creador, Albert Einstein: “There are many important logical consequences of the Special Theory of Relativity which Einstein did not think of in 1905; and there may be important logical consequences of this theory which nobody has thought of so far, and which perhaps nobody will ever think out.” (Popper 1978: 158).

De aquí se deriva una consecuencia epistemológica que es la distinción entre dos tipos de conocimiento: subjetivo y objetivo. “I assert that we can, and that indeed we must, distinguish sharply between *knowledge in the subjective sense and knowledge in the objective sense.*” (Popper 1978: 156, cursivas en el original). La diferencia entre ambos tipos de conocimiento es que mientras el subjetivo consiste en los procesos del pensamiento, el objetivo consiste en sus productos. Esta distinción es problemática porque, como veremos más adelante, deja fuera la validación intersubjetiva que muchos de los productos del pensamiento requieren, incluidas las lenguas y las teorías científicas.

Por el momento, detengámonos en el lugar que Popper asigna a las lenguas en este mundo 3:

Thought contents are, we may conjecture, products of human language; and human languages, in their turn, are the most important and basic of world 3 objects. But languages have, of course, also a physical aspect, while the content of what has been thought or said is something abstract. We may say that the content is that which we aim to preserve, and to retain invariant, in a *translation* from one language to another. (Popper 1978: 159, cursivas en el original).

Aquí hay algo interesante que retomaremos en el último apartado de este capítulo, pero cuya base podemos asentar aquí: al reconocer este carácter primario de las lenguas (y con ellas, del lenguaje) con respecto a los otros productos del mundo 3, estamos obligados a indagar las posibles consecuencias que este carácter implica tanto para el objeto en sí, como para cualquier pretensión de estudio científico del mismo.

Por el momento, podemos simplemente enlistar los aspectos de esta propuesta que servirán en la discusión más adelante y sobre los que ahondaremos desde la perspectiva de la lingüística:

1. El carácter real y autónomo de los objetos de m3.
2. La omisión de rasgos intersubjetivos en m3 en la caracterización de Popper.
3. Consecuencias epistemológicas y metodológicas de la caracterización de cada mundo, especialmente de m3.

### **3.1.2 Hacking: intervenciones en el mundo 3**

Hemos visto que Popper presenta como una de las pruebas del carácter *real* de los objetos de m3 el hecho de que tengan consecuencias reconocibles en los mundos 1 y 2. Hacking, en su obra *Representar e intervenir* (1996), hace uso de un argumento similar para cimentar su realismo acerca de las entidades teóricas, que se resume en la frase que da título a unos de los apartados del primer capítulo de la obra: “si se puede rociar algo con ellos, entonces son reales” (Hacking 1996: 41). Donde *ellos* se refiere a los positrones utilizados para aumentar la carga de una bola de niobio en un experimento descrito por un físico, amigo del autor; esto es, se trata de una entidad teórica (los positrones, de cuya existencia se duda) utilizada para lograr un efecto (intervenir, en términos de Hacking) en el mundo físico, el m1 de Popper. Esto para Hacking es una prueba de su realidad.

Estas dos ideas compaginadas, la de Hacking acerca de las entidades teóricas, y la de Popper acerca de las entidades del mundo 3 y sus efectos en los otros mundos, sienta las bases de una nueva discusión que nos acerca ya un poco más al punto que nos interesa: la realidad de las entidades teóricas de la lingüística. Lo que tenemos que averiguar es, por

un lado, a qué mundo pertenecen tales entidades, y por otro, su estatus ontológico y las posibles consecuencias epistemológicas y metodológicas que todo esto conlleve.

En este sentido, es especialmente útil la distinción de Hacking (1996: 45) entre realismo científico acerca de las teorías y el realismo científico acerca de las entidades teóricas. Respecto a las primeras, el asunto es si son verdaderas o falsas. En cuanto a las segundas, *si existen o no*. Es en esto último en lo que nos enfocaremos en esta primera parte del capítulo.

### **3.1.3 Niiniluoto y el realismo en las ciencias sociales**

Las distinciones y precisiones de los apartados anteriores están enmarcadas principalmente en las ciencias naturales, lo cual no es nada raro en la filosofía de la ciencia. Intentaremos ahora cruzar la línea y acercarnos al problema en los términos de las ciencias sociales y las ciencias de la cultura.

En el capítulo titulado “Realism, worldmaking, and the social sciences”, el filósofo finlandés Ilkka Niiniluoto ofrece justamente un punto de vista de la discusión que nos puede servir como punto de partida, pues retoma los mundos de Popper y trata de ubicar algunas de sus consecuencias epistemológicas que desembocan para él en un monismo metodológico, idea que, como trataremos de mostrar, carece de límites precisos y, dada su vaguedad, puede usarse para los fines contrarios: demostrar la necesidad de un pluralismo metodológico.

Niiniluoto reconoce dos objeciones a la posibilidad de haya un realismo en las ciencias sociales del mismo tipo que en las ciencias naturales:

- a) Los fenómenos culturales y sociales son ontológicamente distintos de los naturales, por lo que las categorías que aplicamos a estos no es apropiada para aquellos.
- b) Las ciencias sociales tienen un objetivo peculiar, distinto al de la consecución de la verdad informativa, que es el de las ciencias naturales. (Niiniluoto 1984: 211).

Contra estas objeciones, Niiniluoto defiende la unificación del realismo natural y social. Veamos más detalladamente su postura.

El autor acepta que la cultura y la sociedad (y sus productos) no son independientes de la mente, previos al pensamiento ni ‘ya hechos’ (*ready-made*). Hay planes, actividades e intenciones que hacen a los productos culturales distintos a los de la naturaleza. Niiniluoto se pregunta si como consecuencia de lo anterior, el realismo en las ciencias sociales es imposible, lo que considera equivocado y supone que el error se debe a una confusión en el concepto de realidad, por lo que procede a revisarlo. Seguiré el hilo de tal revisión, pues nos ofrece un buen panorama, sin ser agotador, de las posturas más importantes acerca de este tema y, sobre todo, porque es relevante para la discusión que presentaré en los siguientes apartados.

La primera precisión viene de la mano de Peirce quien, ante la pregunta de ¿qué es real? responde: “those things are real «whose characters are independent of what anybody may think them to be»” (Niiniluoto 1984: 212). Retomaremos aquí los ejemplos que presenta Niiniluoto con el fin de precisar lo anterior.

Consideramos que una piedra es real, pero si imagino un elefante rosa, este es ficción, mas no mi estado mental: este es real (un elemento del mundo 2 de Popper). Ahora bien, si construyo una casa y la pinto de rojo, el objeto (la casa) y el color pueden tener un origen mental (alguien planeó, imaginó la casa de esa manera), pero el resultado (la construcción) es público y real, pues, afirma Niiniluoto: “Pierce criterion does not imply that a thing is real only if its existence is independent of minds —it is sufficient that it has ‘objective’ characters” (1984: 212).

Es en este punto donde Niiniluoto recurre también a Popper y los 3 mundos para agrupar los distintos tipos de realidades a los que hace referencia: los objetos físicos, los estados mentales y los productos de esto. Hasta aquí, como podemos observar, todo corresponde a la perfección con la propuesta de Popper.

Sin embargo, aclara Niiniluoto, con la idea de estos tres mundos la pluralidad ontológica no está garantizada de manera automática, pues todavía se puede mantener un tipo de

monismo ontológico estableciendo la primacía de uno de los tres mundos por encima de los demás, cuyo posible resultado dependiendo del mundo que se elija sería:

- a) materialismo (primacía de mundo 1).
- b) idealismo subjetivo (primacía de mundo 2).
- c) idealismo objetivo (primacía de mundo 3).

Popper mismo, como vimos, propone una solución interaccionista, misma que sigue Niiniluoto, en la que los tres mundos se retroalimentan entre sí y ninguno prima sobre los demás.

En el caso de los elementos pertenecientes al mundo 3, es decir, aquellos que tradicionalmente constituyen el objeto de estudio de las ciencias sociales y de la cultura, podemos considerar que: “these entities —which constitute human *history* and *society*—are created, reproduced, supported, transformed, and cancelled through the activity of human beings” (Niiniluoto 1984: 217, cursivas en el original).

Y es aquí donde la postura que se tome al respecto cobra relevancia epistemológica para Niiniluoto: “it is possible to make such *statements about the elements of the world 3 that are true or false in the correspondence-theoretical sense*. In other words, statements may quite well ‘correspond’ to a reality that is man-made rather than ‘mind-independent’” (Niiniluoto 1984: 217, cursivas en el original).

Es decir, que las afirmaciones que se hacen en las ciencias sociales tienen valores de verdad con respecto a la realidad creada por el propio ser humano, de manera que para Niiniluoto lo que desde la hermenéutica se considera el significado o interpretación de un objeto cultural, puede ser puesto en relación con una realidad sociocultural y resultar así verdadero o falso. (Niiniluoto 1984: 217).

Con todo lo anterior, Niiniluoto puede afirmar que: “our basic descriptive statements will be true or false in the realist sense” (1984: 218), y sostiene que el siguiente paso para el desarrollo de una ciencia realista de la cultura consiste en el establecimiento de conexiones

semejantes a leyes, ya sean de carácter determinista o probabilístico, entre los hechos expresados por las proposiciones básicas.

En respuesta a las objeciones habituales, Niiniluoto subraya, por ejemplo, que la existencia de leyes sociales o históricas no contraviene el libre albedrío, pues se trata de un condicionamiento (y no determinismo) dado por el trasfondo y el ambiente. Veremos que este es un punto débil de su argumentación, pues la analogía entre las leyes naturales y las supuestas leyes sociales es deficiente.

Esto queda ejemplificado con su refutación de la objeción lukácsiana de que, en el caso del capitalismo, sus leyes y su carácter de “segunda naturaleza” son solo aparentes: “Simmel, young Lukács, and several Western Marxists have spoken of the capitalist society as ‘second nature’ which appears to us as objectively real (in the same sense as nature) but which in fact is man-made and therefore can be abolished by men” (Niiniluoto 1984: 218). Niiniluoto parece traicionar el realismo que defiende al afirmar que aun cuando el capitalismo desapareciera como sistema, sus leyes seguirían siendo tales para ese sistema: “if there are laws about capitalism, they do not disappear if the capitalist society is in some day abolished: it still remains true to say that whenever this kind of socio-economic structure exists in the world it must (by nomic necessity) have certain characteristic properties” (Niiniluoto 1984: 218). No nos detendremos aquí en discutir la virtual existencia de tales ‘propiedades características’. El punto relevante es si conservan su condición de leyes. Si consideramos que la intención de Niiniluoto es defender el monismo metodológico basándose en la existencia de leyes sociales análogas a las de la naturaleza, vemos que justamente este ejemplo pone en evidencia la falla de su analogía, pues estas ‘leyes virtuales’ del capitalismo son en realidad opuestas, casi punto por punto, a las leyes de la naturaleza:

- no son universales, sino particulares, locales (propias de uno entre muchos sistemas).



-no son inexorables, sino suspendibles: si el capitalismo se agota, se suspenden hasta que vuelva a ser implementado, situación inimaginable para las leyes de la naturaleza.

-no tienen, por tanto, una existencia necesaria en general, sino solo para un sistema en particular y un momento histórico determinado.

La cuestión entonces es que si son tan evidentemente distintas de las leyes de la naturaleza, ¿tiene sentido forzar la noción de ley para darles cabida y lograr entonces una unificación metodológica? ¿no es más consecuente afrontar el carácter distinto del presunto condicionamiento o determinismo social desde otra postura?

Cuando Niiniluoto habla de las consecuencias epistemológicas que acarrearán las diferencias ontológicas entre los mundos 1 y 3, afirma lo siguiente: “As social facts are never produced by an individual person, no one can have complete maker’s knowledge about them”. Solo las matemáticas son *a priori* en ese sentido. Lo anterior lo lleva a la conclusión de que “outside mathematics, the truths about world 3 have to be established through ‘objective’ methods of investigation (such as the method of hypothesis) which are familiar from the natural sciences” (Niiniluoto 1984: 219).

Es así como la postura de Niiniluoto desemboca en lo que él llama ‘monismo metodológico’, enmarcado en el realismo científico, que sustenta en lo siguiente: “in any field of science progress can be defined primarily by the means of increasing truthlikeness” (Niiniluoto 1984: 220).

Pero si consideramos esta afirmación, demasiado abarcadora, en conjunto con el carácter claramente distinto de los «condicionamientos sociales» respecto a las leyes de la naturaleza, la argumentación de Niiniluoto puede usarse para los fines contrarios: demostrar la necesidad de un pluralismo metodológico, en el que la búsqueda del incremento de la veracidad es lo que comparten las ciencias, pero no hay razón para que el método sea uno y el mismo.

Así, podemos cuestionar en Niiniluoto cómo es que de la aceptación de distintos mundos, distintas formas de conocimiento, distintos tipos de leyes y un objetivo común entre las

ciencias, se desprende la necesidad de extender el método de las ciencias naturales a todo lo demás.

Otro punto que debatir es si podemos pretender extender un método del que ni siquiera estamos seguros de saber cómo funciona en las ciencias naturales. Tal vez las ciencias naturales y culturales están más cerca de lo que parece, pero no porque sus objetos se sean análogos, sino porque sus sujetos lo son. Es decir, no podemos esperar, con Popper, que exista un conocimiento sin sujeto, pues aun en las ciencias naturales, la huella del ser humano se hace patente: “la reflexión inmanente, tanto practicada exclusivamente tal como se hace en la filosofía y en la lingüística autónoma, como en «las circunstancias apropiadas», en las ciencias naturales, resulta seguir el patrón del ciclo hermenéutico (o espiral)” (Itkonen 2014: pos. 702). Este es un punto sobre el que volveremos brevemente más adelante en este capítulo y que abordaremos con detalle en el siguiente.

### **3.2 Caracterización filosófica del objeto de estudio de la lingüística**

Hemos visto hasta ahora que el estatus ontológico de las entidades teóricas en general, y de las entidades socioculturales en particular, presenta un reto para la filosofía de la ciencia. Hemos señalado también algunas respuestas posibles, de las cuales, la visión pluralista de Popper resulta un buen marco para la discusión, por lo que continuaremos asumiéndola en su carácter más general, con las precisiones que iremos señalando. En el resto del capítulo nos centraremos en la problemática que las entidades teóricas de la lingüística conlleva, en dos sentidos: 1) la delimitación y caracterización del objeto de estudio y 2) el tipo de ciencia que en consecuencia *tendría* que ser la lingüística.

Esto, como hemos venido señalando a lo largo de esta tesis, tiene implicaciones importantes para el desarrollo de la ciencia, pues las decisiones que se tomen al respecto perfilan a su vez los objetivos y metodología de la disciplina científica en cuestión.

Para esta sección optaremos por la siguiente estrategia: primero, presentaremos un breve panorama de los términos en los que se presenta el problema, los tópicos centrales de la

discusión y las posturas representativas. Para esto nos apoyaremos en artículos pertenecientes a enciclopedias especializadas que abordan el lenguaje y la lingüística desde un punto de vista filosófico. Posteriormente, profundizaremos en las posturas vigentes acerca del objeto y el tipo de ciencia y presentaremos una postura al respecto.

### **3.2.1 Externalismo, emergentismo y esencialismo**

Un buen punto de partida puede encontrarse en el artículo “Philosophy of Linguistics” (Scholz *et. al*, 2020), de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. En dicho artículo se afirma que existen tres acercamientos al estudio del lenguaje: externalismo (a veces llamado empirismo<sup>12</sup>); emergentismo (que, a veces, coincide con cognitivism); y esencialismo (que puede identificarse con el formalismo o racionalismo). Otras fuentes consultadas, como las entradas tituladas “Philosophy of Linguistics” y “Philosophy of Science and Linguistics”, escritas por P. Carr y C. Wearing, respectivamente, y que se encuentran en la *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language and Linguistics* (ya mencionada en el primer capítulo), coinciden en términos generales con esta caracterización o, al menos, no hay contradicción con el panorama que estos autores presentan.

Los tres acercamientos mencionados engloban distintas posturas teórico-metodológicas a partir de ciertas coincidencias atendiendo, por un lado, a principios constituyentes de toda ciencia, como su objeto de estudio, los objetivos que se persiguen y qué se considera como sus fenómenos primarios; y, por otro lado, aspectos que competen específicamente a la lingüística, como su caracterización de la estructura lingüística; su postura acerca de la adquisición de la lengua o de los universales lingüísticos, etc. En esta parte del capítulo,

---

<sup>12</sup> Es importante señalar que lo que muchas veces se llama ‘empirismo’ en la lingüística, no corresponde al empirismo de los filósofos, pues se centra solamente en el tipo de datos utilizados para la investigación, sin que tenga necesariamente otras implicaciones que sí se dan en el uso filosófico del término (v. Stevens 2013: 435).

nos enfocaremos sobre todo en los primeros (los principios generales), sin olvidar que, por supuesto, hay una estrecha relación entre ambos.

El objeto de estudio y los fenómenos investigados están claramente interrelacionados. En el caso de los representantes del externalismo, el objeto se considera el uso real del lenguaje y, en consecuencia, sus fenómenos primarios son producciones reales emitidas por usuarios *concretos* de las lenguas. Por su parte, para los emergentistas, el objeto de estudio está en el cruce entre cognición, comunicación y variación, y como sus fenómenos primarios se consideran la cognición social y la interacción. Finalmente, para los esencialistas el objeto de estudio está conformado por principios universales de carácter abstracto verificados en el lenguaje, por lo que su fenómeno primario es la intuición gramatical del hablante.

De estos principios se desprenden también objetivos distintos para cada enfoque: para los externalistas el objetivo es la descripción de las estructuras e interrelaciones que se verifican en las expresiones concretas de los usuarios del lenguaje. Para los emergentistas el objetivo se desplaza de las estructuras a los mecanismos cognitivos generales y funciones comunicativas, mientras que para los esencialistas, el objetivo es lograr el descubrimiento de principios universales del lenguaje humano.

Evidentemente, todo lo anterior ofrece una veta para cualquiera que tenga intenciones de acercarse a la lingüística desde una perspectiva filosófica, pues de ellas se puede derivar una serie de preguntas relacionadas con problemas más generales. Como bien señala Carr (2006: 560):

In the philosophy of linguistics, the main ontological question is whether we can reasonably claim that there are linguistic realities, or a single linguistic reality, as distinct from other kinds of reality. Epistemology and ontology are closely intertwined, especially if we assume that there are linguistic realities, and that they constitute a kind of knowledge.

Con esta idea presente, tenemos que considerar que las distintas posturas presentadas, al momento de analizarse más de cerca, muestran discrepancias importantes entre sí. Específicamente nos centraremos en algunas formas de esencialismo y externalismo, pues representan, como veremos, los dos polos de la investigación lingüística que frecuentemente se ven enfrentados.

Es así que, dentro de lo que hemos llamado esencialismo, podemos encontrar concepciones tanto biólogistas como psicólogistas acerca del lenguaje. Ambas concepciones comparten la idea de que el lenguaje posee un carácter innato, lo que deja fuera del interés a las lenguas particulares. Esta postura se puede considerar como naturalista, frente a los enfoques socio-culturales que veremos más adelante. Así, una concepción naturalista, en su versión biológista “lends itself to a realist interpretation: ‘language’ as a biological reality. [...] The naturalistic claim, on the other hand, embodies an ontological claim: that the notion ‘language’ denotes an object in the biological world. Universals are the properties of that object.” (Carr 2006: 564). Estaríamos aquí ante un objeto del mundo 1 de Popper.

Por su parte, en una concepción mentalista o psicologista del objeto de estudio, se privilegia el carácter mental de las entidades lingüísticas. Esta concepción tiene su principal representante en Chomsky, cuyo enfoque presentamos de manera general en el capítulo 1 y que aquí retomaremos unos párrafos más abajo, desde otra perspectiva. Baste por el momento hacer eco de la siguiente caracterización de las ideas chomskianas que nos ofrece Carr: “he insisted that linguistic realities are exclusively mental. More specifically, they are mental states, not processes, and they are strictly internal to individual. Thus, linguistic inquiry was a branch of individual psychology for Chomsky” (2006: 561). Esto, claramente, empata con el mundo 2 de Popper.

Distintos como pueden ser ambos enfoques del esencialismo (biologismo y psicologismo) comparten varios principios: por ejemplo, descartan la relevancia científica de los aspectos culturales o comunicativos; buscan principios generales a la manera de las ciencias naturales y, lo que resulta crítico para una ciencia del lenguaje, asumen la investigación como una rama de otra disciplina (biología o psicología), dejando así de lado la posibilidad de una ciencia del lenguaje autónoma.

Es importante remarcar que vemos aquí expresada la relación de la que hemos venido hablando: la caracterización del objeto de estudio y el estatus ontológico de las entidades teóricas son decisivos en la clasificación de las ciencias y, como es de esperar, esto conlleva importantes consecuencias de carácter epistemológico y metodológico.

En oposición a las concepciones naturalistas, está la que considera al lenguaje como una entidad cultural, opuesta al carácter individual postulado por el innatismo, de manera que las entidades lingüísticas son consideradas intersubjetivas por naturaleza, pertenecientes al mundo 3 de Popper (Carr 2006: 563).

Destaca dentro de esta concepción la postura de Itkonen “who argued that the central notion in language is the notion of socially constituted rules or norms” (Carr 2006: 563). Estos conceptos de norma y regla, así como otros aspectos de la concepción de Itkonen acerca del lenguaje y la lingüística, los discutiremos ampliamente más adelante.

Las distintas posturas asumidas respecto al estatus ontológico de las entidades teóricas de la lingüística desembocan en la caracterización de la misma como *algún tipo de ciencia*, por lo que continuaremos la discusión acerca de dicho estatus en el marco de la clasificación de las ciencias.

### **3.3 ¿Qué tipo de ciencia es la lingüística?**

Una postura que ha dado lugar a importantes discusiones es la sostenida por Chomsky respecto a que la lingüística es una rama de la psicología. Por la importancia que implica y el peso que tiene en la lingüística contemporánea, esta concepción y los supuestos de los que parte, así como sus principales respuestas los veremos en el siguiente apartado.

Por el momento, solo presentaremos las posibilidades que se han defendido respecto a la posición de la lingüística como ciencia autónoma, a la par que otras ciencias. Podemos resumir estas posibilidades en tres grupos (Wearing 2006): 1) el de las ciencias abstractas; 2) el de las ciencias naturales; 3) el de las ciencias sociales y de la cultura (o humanidades)

En todos los casos, se parte sobre todo de la analogía con otras ciencias: la lingüística se asigna al primer grupo si se considera que su objeto se parece al de las matemáticas o a la lógica; al segundo si se parece al de la física o la biología; y al tercero si se parece al de la antropología o sociología. Otros, afirma Wearing, “reject the idea that it is a science at all, taking it to be continuous with literary theory” (Wearing 2006: 566). Dejaremos de lado

esta última postura, pues como hemos sostenido en el primer capítulo, partimos de la premisa de que la lingüística es una ciencia. Sin embargo, no deja de ser interesante el hecho de que, mientras es casi unánime el acuerdo en que la teoría literaria no es una ciencia, la lingüística tiene, aún en el peor de los casos, el beneficio de la duda.

Dejando entonces de lado el posible rechazo a su carácter científico, nos queda todavía el siguiente problema: efectivamente, el lenguaje como objeto de estudio *puede parecerse* a todos los objetos arriba mencionados, es decir, comparte rasgos con cada uno de ellos. La decisión crucial es, entonces, cuáles de esos rasgos deben elegirse como primarios, de manera que constituyan el objeto de la ciencia y que los otros rasgos se estudien en función de ellos. Esto determina las elecciones metodológicas pero, como hemos visto en el primer capítulo, la misma decisión acerca de la primacía de unos u otros rasgos está a su vez determinada por aspectos metodológicos, entre los que destaca el papel de la evidencia de la que se parta.

A la par que los aspectos metodológicos, están los aspectos epistemológicos e incluso ontológicos que son, como veremos a continuación, decisivos al momento de caracterizar a la lingüística como ciencia autónoma (de algún tipo) o como rama de otra ciencia.

### **3.4 El conocimiento de la lengua**

En este punto se hace necesario entonces ahondar en la naturaleza de las entidades lingüísticas, lo que nos lleva a su vez a plantear las siguientes preguntas: ¿es el lenguaje un tipo de conocimiento? ¿Cuál es la relación entre el hablante y su conocimiento acerca de la lengua? ¿Cómo se relaciona (traslapa) este conocimiento con el conocimiento científico del lingüista?

De las respuestas que se den a estas preguntas va a depender, en parte, el enfoque que se tome con respecto al lenguaje como objeto de estudio, sin olvidar, como hemos venido afirmando a lo largo de esta tesis, el fuerte papel que tienen los modelos de ciencia existentes, sobre todo los que se presentan como modelos prestigiosos.

Decir que un hablante conoce su lengua es una afirmación polémica: ¿en qué medida se trata de un conocimiento consciente y representable por parte del propio hablante y en qué medida es más bien un conocimiento de agente, de quien sabe hacer algo, pero no necesariamente conoce las reglas y es capaz de enunciarlas?

En los siguientes apartados buscaremos distintas posibles respuestas para estas preguntas, al tiempo que generaremos otros cuestionamientos importantes derivados de ellas, mismos que, por su propia naturaleza y complejidad, conformarán un capítulo aparte de esta tesis.

### **3.4.1 La postura esencialista y la primacía de las entidades mentales**

Comenzaremos por retomar la postura esencialista más representativa, con Chomsky y la gramática generativa. Vimos ya en el primer capítulo algunas generalidades de esta propuesta. Lo que ahora nos proponemos es centrarnos en los fundamentos filosóficos de la misma, abordando su caracterización del objeto de estudio.

Para ello, nos centraremos en la obra de Chomsky titulada *El conocimiento del lenguaje* (1989). Nos dice mucho ya acerca de la postura de Chomsky el título del primer capítulo: “El conocimiento del lenguaje como objeto de investigación”. Efectivamente, para él, el objeto de investigación es el conocimiento del lenguaje que se encuentra en el individuo de forma innata.

En este sentido, Chomsky hace referencia a un “desplazamiento del objeto en el enfoque de los problemas lingüísticos” a partir del surgimiento de la gramática generativa. Dicho desplazamiento se produjo “de la conducta o los productos de la conducta a los estados de la mente/cerebro que entran dentro de la conducta” (Chomsky 1989: 17).

Este nuevo camino en la indagación científica parte de tres preguntas:

1. ¿Qué es lo que constituye el conocimiento del lenguaje?
2. ¿Cómo se adquiere el conocimiento del lenguaje?
3. ¿Cómo se utiliza el conocimiento del lenguaje?



Para responder a la primera pregunta, Chomsky comienza por descartar las explicaciones habituales acerca del conocimiento, como analogía, inducción, buenas razones o mecanismos generales de aprendizaje y señala que:

Al parecer debemos concebir el conocimiento del lenguaje como un cierto estado de la mente/cerebro, un elemento relativamente estable en los estados mentales transitorios, una vez que se alcanza; es más, como un estado de una facultad diferenciable de la mente —la facultad lingüística— con sus propiedades, estructura y organización específicas, un «módulo» de la mente (Chomsky 1989: 27-28).

Varias afirmaciones controversiales hay aquí. La primera que podemos señalar es que el conocimiento es un estado mental: aun si fuera así ¿qué garantía tenemos de que las expresiones lingüísticas (es, a final de cuentas, a lo único que tenemos acceso) representan fielmente esos estados? Esta es una pregunta crucial para la justificación del modelo generativista y volveremos a discutirla más adelante. Otro punto muy cuestionable es el de la facultad lingüística como un módulo diferenciable (autónomo e innato, como ha afirmado Chomsky en distintas oportunidades). Esta idea del conocimiento lingüístico como un módulo ha sido también muy discutida y no hay, al menos hasta ahora, evidencia en el campo de la neurociencia que la apoye. La evidencia que Chomsky aporta es, en parte dependiente de 1, es decir, que hay que aceptar que el conocimiento lingüístico está representado en las proposiciones lingüísticas, para luego aceptar su principal argumento a favor de la existencia de un módulo innato: la pobreza del estímulo.

Este argumento se presenta como sigue: nuestra experiencia es demasiado limitada comparada con lo que sabemos, por lo tanto, ese conocimiento debe provenir de una fuente distinta a la experiencia: “El problema consiste en dar cuenta de la especificidad y la riqueza de los sistemas cognitivos que emergen en el individuo sobre la base de la limitada experiencia disponible” (Chomsky 1989: 10). Podemos plantear una objeción a este argumento: ¿es realmente tan pobre el estímulo lingüístico? Tal vez la respuesta sea afirmativa si consideramos que la experiencia lingüística se limita a oraciones. ¿Pero qué pasa si ampliamos el marco de lo que estamos llamando experiencia y consideramos también los contextos, las relaciones interpersonales, las intenciones comunicativas, los textos, en lugar de solo oraciones? Estas ideas serán retomadas más adelante.

Por otra parte, en concordancia con su postura acerca del lugar del lenguaje en la mente del individuo y de su caracterización como un estado mental, Chomsky mantiene la ya mencionada distinción entre *I-Language* (lengua interiorizada, lengua-I, en adelante) y *E-language* (lengua exteriorizada, en adelante, lengua-E), donde la lengua-I corresponde a esos estados mentales que conforman el interés teórico del enfoque generativista, mientras que la lengua-E corresponde a las lenguas particulares. La gramática generativa implica entonces un desplazamiento de la lengua-E a la lengua-I:

Una gramática generativa no es un conjunto de enunciados sobre objetos exteriorizados y contruidos de una forma u otra. Antes bien, persigue delinear exactamente qué es lo que alguien sabe cuando conoce una lengua, esto es, qué es lo que ha aprendido de acuerdo con los principios innatos, biológicamente determinados, que constituyen un componente de la mente humana, la facultad lingüística (Chomsky 1989: 40).

Como hemos dicho, esto presupone la existencia de un módulo independiente y, además, de una representatividad de los enunciados de la lengua-E con respecto a la lengua-I, *explicable* a través de lo que, en la versión estándar de esta teoría, se conoce como reglas de transformación que constituyen la gramática universal (GU)<sup>13</sup>.

Como consecuencia de esta concepción “la noción de lengua-E no ocupa ningún lugar en este panorama [...] Podemos definir «lengua-E» de una forma u otra, o de ninguna, puesto que este concepto no desempeña ningún papel en la teoría del lenguaje” (Chomsky 1989: 42).

Sin embargo, cuando hace un recuento del desarrollo de los estudios del lenguaje, el propio Chomsky parece reconocer que el estudio de las lenguas particulares (y de lenguas radicalmente distintas a las habitualmente estudiadas) puede conducir a modificaciones serias de una concepción del lenguaje basada en evidencia mucho más limitada. Así, cuando habla de los estudios históricos y el descriptivismo afirma: “En cierto modo, fue la consecuencia natural de la investigación de una variedad de lenguas mucho más rica que la conocida por los estudiosos anteriores, lenguas que parecían violar muchas de las

---

<sup>13</sup> Tomeremos como punto de referencia la versión estándar de la gramática generativa por dos razones: por un lado, los fundamentos filosóficos que son el objetivo de esta revisión se mantienen a pesar de todos los ajustes que ha tenido la teoría en las últimas décadas; por otro lado, la influencia, tanto en sus seguidores y detractores de Chomsky se basa principalmente en esta versión.

concepciones supuestamente *a priori* en la tradición de los racionalistas” (Chomsky 1989: 16).

Pero, al mismo tiempo, sostiene que:

las lenguas en este sentido no son objetos del mundo real, sino que son constructos artificiales, en alguna forma arbitrarios y quizás no demasiado interesantes. En contraste, el estado estable de conocimiento obtenido y el estado inicial S(O) son elementos reales de mentes/cerebros particulares, aspectos del mundo físico, en la medida en que concebimos los estados y las representaciones mentales como codificados de alguna forma física (Chomsky 1989: 42).

Y es esto lo que constituye para Chomsky una postura realista acerca del lenguaje:

El desplazamiento de perspectiva desde el concepto técnico de lengua-E al concepto técnico de lengua-I considerado como objeto de investigación constituye por lo tanto un desplazamiento en la dirección del realismo en dos aspectos: el estudio de un objeto real, en vez de un constructo artificial, y el estudio de lo que realmente queremos decir con «una lengua» o «el conocimiento de una lengua» en el uso común (prescindiendo una vez más de factores sociopolíticos o normativo-teleológicos). (Chomsky 1989: 43).

Si consideramos esta postura a partir de los mundos de Popper, evidentemente para Chomsky el mundo 3 y sus objetos no son reales. Respecto al lenguaje, específicamente, reconoce la realidad del mundo 2 en los estados mentales y de 1 en los mecanismos cerebrales que los inducen: va de la mente al cerebro y de la psicología a la neurología. No hay aquí lugar para los aspectos culturales del lenguaje, ni para las particularidades de las lenguas. La lingüística deberá entonces ser una rama de alguna de estas ciencias.

Así que cuando pasamos al tipo datos que proveen a la teoría chomskiana nos encontramos con que estos se encuentran en los “juicios de los hablantes nativos” (Chomsky 1989: 52). Estos proveen información que permitiría abstraer los principios generales y universales del lenguaje, comunes a todas las lenguas y exclusivos del ser humano: son la voz de la competencia lingüística. Además, en un momento dado, sería posible encontrar los correlatos neurofisiológicos de estos principios: “supongamos que el estudio de la lengua-I establece ciertos principios generales de la teoría del ligamento (*binding theory*) [...]. Entonces una tarea de las ciencias del cerebro sería la de determinar qué mecanismos son responsables del hecho de que se den esos principios” (Chomsky 1989: 55).

Una consecuencia interesante de esto es que, según Chomsky, los mecanismos neuronales podrían ser decisivos en la elección entre dos teorías gramaticales lógicamente equivalentes, si una de ellas muestra correspondencias con tales mecanismos. Sin embargo, admite: “Aunque en el estado actual de nuestros conocimientos son muy remotos los resultados de esta clase, son posibles.” (Chomsky 1989: 56). Y remata con la afirmación — anhelo recurrente en Chomsky (y otros) para la lingüística— de que este tipo de relaciones, de establacerse, cae en el ámbito de las *ciencias naturales*.

El atractivo de esta propuesta es innegable: parece liberar a la investigación lingüística de toda ambigüedad, de la variación inherente a las lenguas particulares, al mismo tiempo que despeja las dudas sobre su carácter científico: se acerca a las ciencias naturales y se aleja al máximo de los estudios literarios, los dos polos en los que hemos visto que campea.

Sin embargo, por atractiva que parezca, no podemos dejar de preguntarnos por el costo que esto implica para nuestro conocimiento del lenguaje, de las lenguas y del ser humano. Pensemos al respecto (en los términos de Popper) en el mundo 3 y su afirmación de los efectos que los productos de este mundo tienen en 1 y 2. Las lenguas, sistemas artificiales, artefactos carentes de realidad para Chomsky, ¿no tienen algún efecto en los mundos 1 y 2? Es difícil imaginar una respuesta negativa, pero antes de presentar argumentos al respecto (que dejaremos para la parte final de capítulo), es necesario puntualizar algunos aspectos más y presentar algunas propuestas alternativas a la de Chomsky.

### **3.4.2 La *realidad* de las entidades lingüísticas y su relación con las entidades mentales**

Una postura en oposición directa a la de Chomsky es la que sostiene el filósofo Michael Devitt, un ferviente defensor de la existencia de una realidad lingüística distinta de la psicológica. Los títulos del par de obras en las que aborda el tema y de las que aquí partiremos hablan por sí mismos: “Linguistics is not Psychology” (2003) e *Ignorance of language* (2006). Ambos títulos, como podemos apreciar, niegan las afirmaciones centrales de la gramática generativa: que la lingüística es parte de la psicología y que existe un

conocimiento del lenguaje. A continuación, presentaremos los argumentos centrales de ambos textos y trataremos de ver al alcance que estos tienen.

Como hemos visto, Chomsky parte del supuesto de que “a person competent in a language *knows that language*” (Devitt 2003: 107, cursivas en el original). Esto significa que los hablantes tienen conocimiento de las reglas de su lengua y que es ese conocimiento el que interesa a una ciencia del lenguaje. Devitt no niega la posibilidad de un conocimiento de este tipo. Lo que pone en duda es el acceso que tenemos (hablantes e investigadores) a ese conocimiento y, en consecuencia, que la gramática y la lingüística pueda tratar sobre él. Por el contrario, para Devitt “we should see grammar as primarily theories of linguistic reality, not psychological reality” (2003: 118). Para sustentar su afirmación, establece primero una serie de distinciones.

La primera de ellas implica separar una teoría de la competencia (un estado psicológico) y una teoría de la manifestación de esa competencia (oraciones de una lengua). Chomsky aboga por la primera, Devitt por la segunda. Esta implica:

- Abstracción/idealización de las expresiones reales (*actual outputs*).
- Dar cuenta de *toda* expresión en potencia.
- Dar cuenta de las reglas de formación de oraciones
- Reconocer grados de inadecuación (distintos grados de error).

La segunda distinción se debe hacer entre las reglas de procesamiento (estructurales) y las reglas de ejecución, lo que corresponde a su vez con la distinción entre estados psicológicos y expresiones lingüísticas.

La tercera distinción necesaria es reconocer la dependencia que tienen las reglas de ejecución con respecto a las reglas de procesamiento: deben respetarlas, pero *eso es todo lo que podemos saber al respecto*:

The claim that the structure rules of the language must be respected by the competence and its processing rules is the minimal claim on the issue of psychological reality of language. In this sense, at least, we might say that the speaker behaves *as if* those linguistic structures rules were psychological real in her, *as if* she embodied them (Devitt 2003: 120).

Es importante resaltar el “como si”, pues esta suposición (que hay cierta realidad psicológica que está en relación con las expresiones lingüísticas), no garantiza su existencia, ni mucho menos, que podamos saber algo acerca de ellas y de cómo funcionan en la mente del hablante, es decir, acerca de la manera en que la competencia respeta las reglas lingüísticas.

Esto significa que el procesamiento (estado mental) y la ejecución (emisiones lingüísticas) deben estar conectados, pero el punto crucial es que no sabemos cómo se da esa conexión y es erróneo asumir, como Chomsky, que la relación es representativa.

Si esto es así, entonces la realidad del lenguaje está en otra parte: “On my view, a language is composed of the outputs of a linguistic competence, symbols that are governed by a system of linguistic structure rules. That is the reality of a language.” (Devitt 2003: 120). Y esta es entonces la tarea de la lingüística, misma que se establece así como ciencia autónoma.

Este es uno de los objetivos de Devitt: argumentar contra la representatividad de las normas de lenguaje con respecto a las normas del pensamiento y extraer de ahí la consecuencia de que la lingüística no es una rama de la psicología. El fundamento para proclamar la autonomía de la lingüística está en que, si las estructuras lingüísticas nada nos dicen acerca de las estructuras mentales, debemos entonces admitir el carácter real de las entidades lingüísticas, que serían, por tanto, el objeto de estudio de la lingüística: “I claim that there is something other than psychological reality for a grammar to be true of: it can be true of a *linguistic* reality” (2006: 8, cursivas en el original). Y añade: “this reality [la lingüística] is worthy of theoretical study in its own right, whatever the case be with the psychological reality” (2006: 9).

Aunque las tesis de Devitt parecen acertadas, no resultan del todo convincentes, pues no explica, por ejemplo, las diferencias entre el supuesto conocimiento del hablante acerca del lenguaje y el conocimiento que se obtendría de lo que proclama como la realidad lingüística, objeto de la ciencia del lenguaje. Tampoco hace referencia al anclaje de esa

realidad: parece así que las expresiones lingüísticas y sus reglas, existen *per se*, sin ninguna relación con el mundo, o para ponerlo en términos de Popper, con los *otros mundos*.

Por último, lo que parece ser la falta más grave de Devitt es que no expande su crítica a la teoría gramatical de Chomsky, sino solo a sus fundamentos, cosa que nos parece inconsistente: la gramática, según la propuesta de Chomsky, tiene “permiso” de ignorar una enorme cantidad de datos, incluidos los contraejemplos, en virtud de sus fundamentos. No podemos, entonces, criticar un aspecto sin el otro.

### **3.4.3 Itkonen: intersubjetividad y el conocimiento de normas**

Una pregunta que Chomsky evade y Devitt no responde satisfactoriamente, es aquella que plantea la diferencia entre el conocimiento lingüístico en un sentido interno (psicológico) y el conocimiento en un sentido externo (gramatical).

Itkonen ofrece una posible respuesta cuando nos dice que el conocimiento lingüístico del hablante es atórico y se conoce con certeza; el conocimiento gramatical es teórico e incierto: “la certeza sobre los datos es meramente el *presupuesto* previo para la descripción teórico-gramatical. Y cualquier teoría que pretenda dar cuenta de los datos de forma sistemática los convertirá en inciertos, es decir, en hipotéticos o falsables por definición” (Itkonen 2014: pos. 588, cursivas en el original).

Itkonen señala aquí la diferencia entre el conocimiento que puede tener un lingüista como hablante de una lengua y como investigador de esa misma lengua: al teorizar sobre ella cambia necesariamente la naturaleza de ese conocimiento. Esa es la gran diferencia con respecto a Chomsky, quien parece admitir una continuidad entre el conocimiento de hablante y el conocimiento de investigador.

Otro punto importante que destaca en Itkonen es su postura respecto al conocimiento de la lengua como conocimiento de la intuición (o de la competencia, en términos de la gramática generativa): “Un hablante conoce su propia lengua materna por medio de su intuición y, como gramático, investiga esa lengua, es decir sus reglas o normas, tal como

se manifiestan en oraciones correctas. No investiga su propia intuición” (Itkonen 2014: pos. 739).

Estas ideas nos permiten empezar a discernir entre el conocimiento del hablante y el conocimiento del investigador, del científico, que es el punto clave del lenguaje como objeto de estudio: son dos tipos de conocimiento distintos, pero profundamente interrelacionados, incluso si consideramos las vías de acceso a uno y otro: “Ahora bien, adviértase que dado que una lengua ha de ser aprendida, y dado que únicamente puede ser aprendida sobre la base de la observación, de aquí se sigue que el conocimiento de (las reglas de) una lengua es *a priori* únicamente en el sentido de haber sido primero *a posteriori*” (Itkonen 2014, pos. 481). Este es el punto que separa radicalmente a Itkonen de Chomsky. El conocimiento que un hablante tiene de su lengua es adquirido con base en la observación (usando el término en sentido amplio, más cercano a exposición) de múltiples realizaciones lingüísticas en una gran variedad de situaciones y aquí podríamos añadir, con Devitt, que estas realizaciones nada (o muy poco) nos dicen acerca de aquello que de innato hay en la capacidad lingüística del ser humano, pero sí nos dicen algo (tal vez más de lo que imaginamos) con respecto a nuestra relación con el mundo, incluidos nosotros mismos. El proceso mismo de descripción es entonces singular, como señala Itkonen:

Cuando uno está describiendo su propia lengua materna, la recolección de datos consiste, no en la experimentación y observación, sino en tratar de *recordarse a sí mismo* algo que uno en principio ya sabe. Adviértase también que uno no trata de recordar algo que efectivamente se haya dicho, sino que *podría* ser dicho (Itkonen 2014: pos. 666).

Finalmente, cerraremos esta sección poniendo lo anterior en relación con los mundos de Popper, tal como lo propone Itkonen, a partir de actos epistémicos, lo cual nos permitirá hacer más clara la distinción entre las propuestas vistas hasta ahora.

Mundos de Popper y actos epistémicos correspondientes:

M1 (estados y hechos físicos): observación

M2 (estados y hechos psicológicos): introspección

M3 (conceptos y normas sociales): intuición

(Itkonen, 2014)

Vemos así que para Itkonen el mundo del lenguaje es el de los conceptos y las normas sociales. El lenguaje es para Itkonen “una entidad social”, “un objeto del *conocimiento*



*compartido*” (2014: pos. 1653, cursivas en el original). La intuición es el elemento individual que permite reconocer (recordar) las normas que rigen nuestra participación en ese conocimiento compartido.

Si atendemos a tales relaciones, resulta más claro que la distinción que presentamos antes entre introspección e intuición cobra mayor relevancia. Aun así, es importante señalar también que es bastante improbable que cada uno de estos actos se den “en estado puro”. Si aceptamos con Popper un modelo plural, interaccionista de los tres mundos, tenemos que admitir entonces que también los actos epistemológicos se encuentran interrelacionados, un aspecto en el que Itkonen no ahonda. Lo importante para una ciencia del lenguaje es reconocer las diferencias y traslapes entre los tres mundos y los actos epistémicos correspondientes en su objeto de estudio.

### **3.5 Conclusiones**

Hemos visto que la distinción que se presenta como problemática tiene que ver con la consideración de las entidades lingüísticas como a) psicológicas (lo que sitúa a la lingüística como una rama de la psicología); o b) como entidades reales independientes (que supone una ciencia independiente).

La delimitación se vuelve compleja sobre todo si se toman posturas radicales. Una posibilidad sería tomar la postura radical de negarle una influencia directa a los aspectos psicológicos en los procesos lingüísticos; la otra sería poner estos aspectos en el centro y negar a su vez la influencia o importancia de los aspectos socioculturales y comunicativos. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿existe la posibilidad de tomar una postura intermedia?

Proponemos que hay una serie de problemas que dilucidar para que eso sea posible. Los presentaremos de manera general para cerrar este capítulo y constituirán la discusión del capítulo 4:

1. El carácter primario de las lenguas y el lenguaje con respecto al resto de los objetos de m3 de Popper.

2. El presunto “complejo de inferioridad” humanidades y ciencias sociales frente a las ciencias naturales (v. Itkonen 2014, pos. 2538).
3. El costo de despojar al lenguaje de características que quedan fuera desde una posición naturalista.
4. La brecha insalvable entre el humano y resto del mundo animal que implica asumir la postura chomskiana.

Desglosando brevemente cada uno de ellos y poniéndolos en relación, veremos que poco se ha dicho de manera explícita en la filosofía de la lingüística acerca de la posición especial del lenguaje entre los miembros del mundo 3: es el vehículo de muchos de los otros componentes de este mundo (conceptos, teorías, obras literarias, leyes, etc.). Sus efectos están, entonces, no solo en los mundos 1 y 2, sino también en el mismo mundo 3. Esto crea un efecto de retroalimentación, que se aplica también al aprendizaje de una lengua, contrario a lo que Chomsky cree: “The learning of a language, which is a world 3 object, is itself partly a creative act and partly a feedback effect; and the full consciousness of self is anchored in our human language.” (Popper 1978: 167). Concordamos con Popper también cuando afirma que un enfoque subjetivo (como el de Chomsky) es solo aparentemente más científico porque parece ofrecer explicaciones causales:

El atractivo que ejerce el enfoque subjetivo se debe en gran medida a que es causal. Porque acepto que las estructuras objetivas a las que atribuyo prioridad son causadas por la conducta humana. Y como es causal, el enfoque subjetivo puede parecer más científico que el enfoque objetivo, el cual, por así decirlo, empieza a operar a partir de efectos, en vez de a partir de causas (Popper 1985: 69).

Y añade que el argumento es erróneo porque en realidad, en cualquier ciencia, se parte de los efectos a las causas: “el efecto suscita el problema”. En lo que no estamos de acuerdo con Popper es que los contenidos del m3 sean objetivos sin más (recordemos que aboga por un “conocimiento sin sujeto”); creemos, con Itkonen, que se trata de contenidos marcados por la intersubjetividad.

Al respecto, consideremos los experimentos mentales que presenta Popper como prueba de la objetividad de los contenidos de 3. Allí propone un escenario en el que todas las máquinas y herramientas creadas por la humanidad son destruidas y todo nuestro

aprendizaje sobre ellas y cómo usarlas también desaparece: solo quedan las bibliotecas (o sea, el contenido de m3) y nuestra capacidad de aprender de ellas (perteneciente a m2). Tras mucho sufrimiento, afirma Popper, el mundo saldría adelante; pero en un segundo caso, en el que también las bibliotecas fueran destruidas, la capacidad de aprender de libros sería inútil, de manera que nuestra civilización tardaría milenios en resurgir (Popper 1985: 62-63). Es necesario detenernos en dos puntos de estos experimentos que, creemos, más que mostrar la realidad del conocimiento objetivo, apuntan al carácter intersubjetivo del mismo. Primero, la biblioteca como el depositario del conocimiento objetivo que presenta Popper es más bien una prueba del carácter colectivo, intersubjetivo y convencional de este conocimiento: una multitud de libros no es una biblioteca. Una biblioteca implica una selección, organización, categorización y normas. Es un conjunto de conocimiento colectivo, sin lugar a duda. La segunda versión del experimento, en la que también esto desaparece, tampoco demuestra que el conocimiento sea objetivo, porque deberá ser reconstruido a partir de una empresa colaborativa que, así sea durante milenios, respete ciertas convenciones respecto a ese conocimiento.

Regresando a la relación entre las ciencias humanas y las naturales, podemos preguntarnos en qué medida las elecciones epistemológicas de Chomsky pueden estar motivadas por el afán de asimilarse a las ciencias naturales. Negar la importancia del carácter comunicativo, normativo e intersubjetivo del lenguaje equivale a despojarlo de algunas de sus características fundamentales. Sin embargo, una postura como la de Chomsky tiene otras consecuencias, no muy frecuentemente mencionadas, como la ruptura tajante que supone con respecto al resto del mundo animal: la idea de que el ser humano no solo es superior, sino que ha desarrollado mecanismos únicos, radicalmente distintos a los de cualquier otro animal. Esto es de llamar la atención porque, al parecer, para Chomsky (y muchos esencialistas, v. Scholz *et al.* 2020) la meta es que la lingüística se asimile a las ciencias naturales, pero al mismo tiempo niega una continuidad entre las habilidades comunicativas de ciertos animales y el lenguaje humano, incluso como preadaptaciones del mismo: somos naturaleza, pero no salvajes, parece ser el mensaje.

Finalmente, queremos recordar lo que mencionábamos antes: que el vínculo y traslape entre las ciencias naturales y las culturales no que hay buscarlo tanto en sus objetos sino en sus sujetos: la ciencia, del tipo que sea, es una empresa humana y como tal, es inevitable que su búsqueda tienda, a final de cuentas, a un mismo objetivo: conocer mejor el mundo, y esto incluye al propio ser humano.

## **Capítulo 4. La necesidad de ser plural. Por una ciencia imperfecta, fragmentada y más humana**

Partiendo de la idea de que la ciencia no es un todo homogéneo, con un método único y respuestas inapelables, el paso natural en este capítulo es hacer una crítica a los modelos que pretenden llevar a la ciencia (y a las ciencias particulares) por un camino que conduzca a ese ideal de unificación. Esta idea la desarrollaré en los siguientes puntos:

1. La problemática expuesta en los capítulos anteriores pone en evidencia la inadecuación tanto del monismo como de la división dicotómica de las ciencias.
2. Es necesario aceptar el carácter parcial y fragmentado del conocimiento científico, así como la existencia de zonas difusas e inabarcables por un solo modelo.
3. Propongo que una visión desde el pluralismo científico puede ayudar a comprender la naturaleza difusa de ciencias como la lingüística (entre otras). De igual manera, la necesidad de humildad intelectual se hace patente cuando tratamos de entender el vasto mapa de la ciencia, pues se debe renunciar al sueño de una ciencia unificada (o claramente delimitada) y aceptar el carácter difuso, complejo y humano de la ciencia.
4. Las zonas del conocimiento intermedias (como la lingüística) ponen de manifiesto esta pluralidad y variación, así como a la imposibilidad de unificación del conocimiento científico; es en estas zonas donde se agudiza la necesidad de una ciencia más modesta e incluyente, en la que se admita que la complejidad de los fenómenos es inabarcable y que no es posible tener una representación única que pueda abarcar dicha complejidad, sino varias representaciones que no solo se pueden complementar, sino también traslaparse.

## 4.1 Crítica al modelo monista-naturalista de ciencia

En este punto, y como hemos visto en el balance hecho en los párrafos anteriores, estamos en condiciones de reconocer que no hay razones suficientes para sostener que hay uno solo modelo para hacer ciencia y que este, además, deba corresponder al de las ciencias naturales.

En este apartado presentaré los argumentos que apoyan esta idea desde distintas aristas del problema: desde el punto de vista de su relación con la realidad; desde los objetivos y alcance de la ciencia como actividad humana y desde el punto de vista la clasificación de las ciencias.

### 4.1.1 Desde el punto de vista ontológico

Si se reconocen las diferencias entre los objetos de la naturaleza y la cultura uno podría pensar (ingenuamente, si se quiere) que como consecuencia debería haber diversidad en la metodología científica y en el concepto mismo de ciencia. Sin embargo, la historia de la ciencia y la propia filosofía de la ciencia nos han mostrado que la unidad, y el consecuente reduccionismo que implica, ha sido vista no sólo como un ideal que perseguir, sino como una tesis con contenido empírico (Fodor 1974: 97). La atractiva idea de que todo el universo es reducible a partículas subatómicas y que las leyes que ahí se apliquen pueden extenderse a todo lo demás ha sido determinante para el éxito y la persistencia del modelo monista-naturalista.<sup>14</sup> Esto implica la reducción última, hasta las partículas mínimas: “A distinctive ontological model is this: The hierarchy of levels of reduction is fixed by *part-whole* relations. The levels of aggregation of entities run all the way down to atomic particles and field parts, rendering microphysics the fundamental science” (Cat 2021, § 4.1, cursivas en el original).

---

<sup>14</sup> Niiniluoto (1984) es un ejemplo de este afán (v. capítulo 3, apartado 3.1.3).

Así, más allá del argumento superficial del éxito de las ciencias naturales y su consiguiente carácter de ciencias modelo (que, como veremos, hay que revisar también en lo que respecta a las nociones de racionalidad y metodología), el monismo metodológico, sobre todo cuando se intenta trasladar a los objetos de estudio socioculturales, se asienta en la idea de unidad también ontológica, cuya veracidad queda puesta en entredicho precisamente a partir de su intento de expansión hacia las ciencias sociales y las humanidades.

Esta concepción del mundo ha provocado que, en lugar de tratar de entender las diferencias entre, digamos, un hecho histórico y un electrón, se trate de encontrar aquello que los unifica bajo la operación de leyes y modelos explicativos. La pregunta resulta inevitable ¿qué es lo que hace tan atractiva la idea de unificación, de explicación total?

En el fondo está la idea de un mundo unificado, bajo cuya aparente irregularidad y variación (tal vez, caos) se pueden llegar a descubrir leyes universales, que rigen todos y cada uno de los elementos que componen ese mundo, sean átomos, conejos, comportamientos, hechos históricos, etc. De ahí se deriva la idea de que un mundo así constituido puede ser abordado y descifrado con una sola clave, que está ahí, escondida en la naturaleza.

El caso de los hechos sociales e históricos, así como de los objetos culturales ha sido, como he sostenido desde los capítulos anteriores, un problema para la anhelada unificación, sin que por ello se deje de insistir, una y otra vez, en esa posibilidad. Esa insistencia va desde los planes de la ciencia unificada de los positivistas (con pocos defensores en la actualidad), hasta los frecuentes intentos de asimilación de las ciencias sociales y humanas a los métodos, objetivos e incluso terminologías de las ciencias naturales.

Esto, sin embargo, sigue sin garantizar ni un estatus “más científico” para las ciencias sociales/humanas, ni resultados semejantes a los de las ciencias naturales. ¿Por qué entonces, frente a la resistencia que la realidad social presenta, los filósofos y científicos se han empeñado en la “única respuesta” del monismo científico? Este aspecto lo abordaremos en el siguiente apartado.

#### **4.1.2 Desde el punto de vista de los objetivos y alcances de la ciencia como actividad humana**

Producto de una visión antropocentrista, la ciencia occidental tiene implícita la idea de que el ser humano está destinado a descifrar el mundo. Bajo la superficie caótica, el humano descubre (¿cree descubrir?) que hay un orden cuyas leyes está llamado a descubrir, para luego poder manipular la naturaleza a su antojo. ¿Pero qué pasa con aquello que no es (sólo) naturaleza, como el propio ser humano?

Deslumbrado por los éxitos sin precedentes de la ciencia natural, en sus sueños de dominio (no olvidemos que el desplazamiento de Dios por el hombre coincide con el surgimiento de la ciencia moderna, es decir, justo cuando empezó a forjarse el modelo-mito de las ciencias naturales), el ser humano se empeña en la respuesta única y busca subsumir todas las áreas del conocimiento a aquellas en las que ha encontrado el éxito.

La obsesión por la explicación única y total está presente incluso cuando se acepta el fracaso de la unificación (considerado desde este punto de vista como temporal), pero se mantiene como una aspiración y una meta a la que se puede llegar: “A monist or modest pluralist will either treat them [las evidencias de pluralidad] as temporary—as stages on the way to a unified treatment of the phenomena—or as steps to a comprehensive resolution that will provide for each instance a single, best way to account for the instance” (Kellert et al. 2006: xviii).

Así, el ser humano, aferrado a la seguridad de la racionalidad, no está dispuesto a ceder en ese punto, aun cuando la realidad le presente una y otra vez su variación, su inestabilidad y, sobre todo, la certeza de que él mismo escapa a su propia explicación totalitaria.

La ciencia no sólo es falible, como ya lo planteaba Popper, también puede ser mezquina y totalitaria, como cualquier organización humana. Los sueños de unidad racional eclipsan problemas de otra índole en la ciencia y fue solo hasta la segunda mitad del siglo pasado que se tomó en serio el papel de los aspectos históricos y socioculturales en la conformación de la ciencia y que se puso en duda la existencia de un método científico y



de un criterio de demarcación; sin embargo, se ha atendido menos el problema que acarrea el prestigio de las ciencias naturales y el fantasma de la asimilación que derivado de este sigue acechando al resto de las áreas del conocimiento.

#### **4.1.3 Desde el punto de vista de la clasificación de las ciencias**

Una solución engañosa al problema, derivada de un mal planteamiento del problema, es la división dicotómica de las ciencias. Consideremos lo siguiente: hemos visto a lo largo de los capítulos anteriores que la división —reflejada incluso en la nomenclatura de las clases de ciencias— se puede simplificar de esta manera: las ciencias naturales frente a *todo lo demás*, es decir, ciencias sociales, humanidades, ciencias de la cultura, *Geisteswissenschaften*, etc. Esto es así porque se mantiene una “jerarquía epistémica” que, como bien señala Velasco Gómez, descansa en la tesis de que: “cierto método algorítmico (deductivo o inductivo) garantiza la racionalidad en la aceptación o rechazo de nuestras teorías” (2000: 222). Este método es, por supuesto, el de las ciencias naturales.

La división dicotómica, que ha perdurado durante siglos, no puede considerarse una solución satisfactoria del problema, pues sigue pesando, como señalamos arriba, el prestigio de las ciencias naturales. Esto tiene como consecuencia que las humanidades y ciencias sociales busquen, una y otra vez, modelos, guías e, incluso, préstamos y analogías terminológicas, en estas ciencias cargadas de “prestigio”.

Esta situación ha impedido el desarrollo de una verdadera fundamentación para las ciencias sociales y las humanidades pues, a pesar de que desde la filosofía y la teoría de la ciencia ha habido propuestas para tales áreas del conocimiento, siempre parece faltar “algo”; ese “algo”, lo hemos visto a lo largo de esta tesis, es la correspondencia con una concepción de ciencia que está basada en las ciencias naturales. De esta manera se producen (y reproducen) una y otra vez, ideas y prácticas en las ciencias sociales y en las humanidades como las que hemos ido mencionando a lo largo de esta tesis y que podemos englobar en dos tipos que generalmente conviven (el segundo es consecuencia del primero):

1. La duda (incertidumbre) acerca del carácter científico de este tipo de conocimiento (Abel, 1953; Kincaid 2002, v. § 2.4.2).
2. La búsqueda de legitimidad del conocimiento de lo sociocultural a través de la importación, asimilación o uso de analogías cuyo origen está en las ciencias naturales (Chomsky 1989; Janda 2013, v. §1.3.3 y §1.2.2, respectivamente).

La división ciencias naturales/ciencias sociales no es entonces una solución, porque el problema está mal planteado desde el principio: la pregunta, recordemos, ha sido ¿deben las ciencias sociales y de la cultura asimilarse a las ciencias naturales o deben buscar su propia fundamentación? En la propia pregunta está implícita ya la aceptación de un modelo de ciencia al que hay que asimilarse o lucha contra él, es decir, surge más como una reacción que como un intento original de fundamentación. Pero, tal como hemos visto en los capítulos anteriores (especialmente en los apartados 1.1 y 1.4 del capítulo 1 y 2.1, en el capítulo 2), en realidad la concepción general de ciencia sigue intacta y eso da pie a los problemas que ya hemos señalado: desde el “complejo de inferioridad de las ciencias sociales”, hasta una mala comprensión de las ciencias naturales y por consiguiente de la ciencia en general, originada en la idealización de esta.

Hemos visto que la visión monista-naturalista no funciona. Quedan entonces dos posibilidades: que las disciplinas se separen y fundamenten desde cero según su tipo (que se ha intentado sin éxito), o que se ajuste el modelo de ciencia. Todo parece apuntar a lo segundo, pues tampoco existen ya las certezas que daban a las ciencias naturales una sólida fundamentación. De la mano de la historia de la ciencia, la filosofía empieza a cuestionar las ideas monistas, así como la existencia de un criterio de demarcación y de una racionalidad incuestionable en la ciencia. En los siguientes apartados presentaremos los argumentos 1) contra el monismo 2) contra el criterio de demarcación y 3) contra la racionalidad metódica excluyente.

## **4.2 El adiós al sueño unificador. La fragmentación de la ciencia y los esbozos del pluralismo**

La noción de explicación total implica la acumulación y progresión del conocimiento científico. Esta supuesta característica se ha ido desvaneciendo principalmente a partir de la obra de Kuhn y su recuento de las revoluciones científicas (1962/2006). Este punto de partida puede ser complementado con los trabajos de Larry Laudan que parten en buena medida de las deficiencias y cabos sueltos que deja la postura kuhneana.

En los párrafos que siguen, me apoyaré en ambos autores para argumentar a favor de una ciencia fragmentada, contraria al ideal de unificación.

### **4.2.1 Las tradiciones científicas frente a la unificación**

Aunque parece claro que no podemos tener una explicación (ni una comprensión) total del universo, se ha actuado como si esa fuera la meta: la ciencia avanza y progresa hacia una mejor explicación del mundo, más abarcadora, de manera que, al menos hipotéticamente, algún día se podría llegar a comprender la totalidad del universo a partir de una sola clave.

Como quedó claro en 4.1, incluso solo como un ideal que perseguir, la búsqueda de la respuesta total ha sido especialmente perjudicial para el desarrollo de otros tipos de conocimiento, distintos de los que provienen de la ciencia (natural, por supuesto).

El problema es que, en realidad, puede haber varias maneras *correctas* de explicar un mismo fenómeno; cada problema tiene demasiadas facetas y, lo más importante, cada *tradicón científica* verá ciertos aspectos del problema e ignorará otros, por lo que, en un sentido estricto, como afirma Kuhn, no se trata del mismo objeto (mundo) sino de mundos diferentes y lenguajes diferentes.

Hanson, en su obra de 1958, *Patterns of Discovery*, había hecho ya referencia a las distintas formas de ver y entender el mundo con una ilustrativa imagen:

Let us consider Johannes Kepler: imagine him on a hill watching the dawn. With him is Tycho Brahe. Kepler regarded the sun as fixed: it was the earth that moved. But Tycho followed Ptolomy and Aristotle in this much at least: the earth was fixed and all other celestial bodies moved around it. *Do Kepler and Tycho see the same thing in the east at dawn?* (Hanson 1965: 5, énfasis en el original).

En el sentido más básico, la respuesta es que sí: Kepler y Tycho *ven* lo mismo, es decir, su ojo está percibiendo un disco de color que se destaca contra una superficie, etc., pero lo importante es que interpretan ese fenómeno visual a partir de tradiciones de investigación científica distintas y, en ese sentido, no *ven* lo mismo.

Una tradición de investigación es, para Laudan, un conjunto de creencias y perspectivas acerca del mundo que tienen un carácter fundamental para el científico y de las cuales las teorías científicas son representaciones concretas. Cada tradición de investigación define aquello que constituye su objeto de conocimiento con base en un conjunto particular de creencias y tiene su propio conjunto de normas metodológicas y epistémicas (Laudan 1996).

El paulatino reconocimiento de, por un lado, la existencia de múltiples tradiciones de investigación científica, y por otro, la ruptura o revoluciones entre tales tradiciones aleja a la ciencia cada vez más del ideal monista-unificador, al tiempo que debilita la concepción de la ciencia como la máxima expresión del pensamiento al ponerla a la par de otras empresas intelectuales: este comportamiento de las tradiciones no es exclusivo de la ciencia, sino de cualquier disciplina intelectual (Laudan 1978: 78) y, podemos añadir, de cualquier actividad humana organizada.

Por otra parte, es importante señalar además que, como otros de los aspectos que abordaremos más adelante, el reconocimiento de la pluralidad de tradiciones también contribuye a que las fronteras entre ciencias naturales y los otros tipos de ciencia, e incluso, otros tipos de conocimiento sean cada vez más débiles. Sobre esto regresaré en el apartado final de este capítulo. Por ahora es necesario continuar con la profundización en esta manera distinta de ver la ciencia considerando el valor de la ruptura (revolución) y su incompatibilidad con la idea de progresión y de explicación total.

#### **4.2.2 Selección, visión parcial que lleva a mundos distintos; las fronteras entre las tradiciones de investigación y la posibilidad de diálogo**

Como hemos visto antes, el criterio de demarcación propuesto por Popper se perfilaba a mediados del siglo pasado como la mejor opción para deslindar a la ciencia de la pseudociencia y de otros tipos de conocimiento. Este criterio se mantiene dentro de los límites de la reconstrucción racional propia del proceso de refutación; otros aspectos, como la formulación de hipótesis y el planteamiento de problemas, no pueden ser reconstruidos racionalmente y, por tanto, quedan fuera del ámbito de lo científico. Sin embargo, este criterio resultó no sólo demasiado estrecho sino también, como hemos visto, inexacto (v. capítulo 1, primer apartado).

Una vez que se reconoce la insuficiencia de los criterios restrictivos, se amplía el radio de acción al incorporar la noción de tradiciones científicas, pues cada una de ellas incluye: “no sólo los conceptos y teorías, sino también los métodos y criterios de evaluación, negando la existencia de criterios universales o transtradicionales” (Velasco Gómez 2000: 225).

Sin embargo, esto no significa que haya una total incompreensión entre distintas tradiciones, como inicialmente fue recibido el concepto de inconmensurabilidad de Kuhn (que él mismo se encargó de ir matizando); más bien, como apunta Laudan, la racionalidad se garantiza a partir del diálogo entre tradiciones, producto de la comparación indispensable que acarrea la competencia entre estas: “All evaluations of research traditions and theories must be made within a comparative context. What matters is not, in some absolute sense, how effective or progressive a tradition or theory is, but rather, how its effectiveness or progressiveness compares with its competitors” (Laudan 1978: 120). Esto es, no hablamos de tradiciones aisladas, sino de una red comunicativa entre tradiciones de investigación.

Otro aspecto que contribuye a la fragmentación de la ciencia unificada es que por primera vez se reconoce la relevancia de los aspectos históricos en el quehacer científico: “De esta manera se le quita fuerza a la importancia que tenía la metodología y se le da la mayor atención a los aspectos históricos de la actividad de las comunidades científicas. Con este

giro las diferencias tajantes entre ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades empiezan a desvanecerse” (Velasco Gómez 2000: 226).

Así, se empieza a vislumbrar que no hay progresión en una sola línea sino, si acaso, en la línea de cada tradición; de igual forma, no hay comunicación ininterrumpida y, finalmente, se puede decir que no podemos ver/entender el mundo como uno, sino como fragmentos delimitados por cada tradición. El avance de la ciencia no es progresivo, en el sentido de acumulación de conocimientos, sino que tiene su origen, de acuerdo con Kuhn (1982), en el choque entre tradición e innovación, que crea lo que llama una *tensión esencial*. Aceptar estos procesos como parte fundamental de la ciencia, nos deja ver que no es radicalmente distinta de otras empresas creativas como el arte, por ejemplo, dejando en entredicho el carácter especial (y superior) de la ciencia en general y de la ciencia natural en particular.

### **4.3 La discrepancia empírica entre el monismo metodológico, el falsacionismo y la práctica científica**

En este punto, es evidente que el carácter especial de la ciencia natural y su estatus como la “máxima expresión de racionalidad” dependen en gran medida de la existencia de un criterio de demarcación sólido. Sin embargo, hemos visto que, a pesar de los intentos de los positivistas, por un lado, y del racionalismo crítico de Popper, por otro, no se ha logrado establecer dicho criterio. Al contrario, el problema parece haberse extendido a partir de tales intentos, llevando al cuestionamiento de los conceptos de racionalidad y monismo, de manera que, ante la ineficacia de los criterios tajantes, se reconoce la necesidad de incorporar nociones de racionalidad más abiertas y flexibles; esto, llevado a sus últimas consecuencias, debería desembocar en una reestructuración del concepto mismo de ciencia.

#### **4.3.1 El fracaso del criterio de demarcación**

Un criterio de demarcación debería no solo deslindar ciencia de pseudociencia, sino también servir como orientación (con un carácter prescriptivo) para las “ciencias

aspirantes” como las ciencias sociales o humanidades. Sin embargo, tal criterio no ha sido nunca encontrado, ni formulado de una manera satisfactoria. De este fracaso se puede obtener una conclusión: “There is apparently no epistemic feature or set of such features which all and only the 'sciences' exhibit.” Laudan (1996: 86). A esto hay que añadir que su supuesto carácter único sólo emerge cuando se ignoran (como hace justamente el criterio de demarcación de Popper) los rasgos que tiene en común con otras formas de conocimiento, como todos los aspectos socioculturales, toma irracional de decisiones, subjetividad, etc.

#### **4.3.2 Distintas formas de racionalidad**

¿Qué opciones quedan entonces ante este fracaso? Como hemos sostenido desde el inicio de esta tesis, no son ciertas áreas del conocimiento las que deban adaptarse a la concepción de ciencia imperante, sino que es esta la que debe ser revisada y reestructurada bajo criterios más flexibles, plurales y acordes con las prácticas científicas reales.

Una propuesta que ofrece una visión más cercana a lo que hemos visto que sucede en ciencias como la lingüística es la de Larry Laudan. Dicha propuesta busca deslindar a la ciencia de criterios absolutos y dogmáticos para centrarse en su lugar en la propiedad de solución de problemas que pueda o no atribuirse a una teoría, independientemente de la disciplina de que se trate:

It is time we abandoned that lingering 'scientific' prejudice which holds that 'the sciences' and sound knowledge are coextensive; they are not. Given that, our central concern should be with distinguishing theories of broad and demonstrable problem-solving scope from theories which do not have this property— regardless of whether the theories in question fall in areas of physics, literary theory, philosophy, or common sense. (Laudan 1996: 86).

A la par, los criterios de racionalidad requieren también un nuevo acercamiento no prescriptivo ni dogmático, sino acorde a la realidad:

[La] crítica filosófica e histórica a la racionalidad metódica que han desarrollado [varios autores] originó el siguiente dilema: o bien se reconoce que la racionalidad de la ciencia y de toda otra actividad humana es una mera quimera a la que hay que renunciar, o bien, si se quiere mantener el argumento de que las ciencias son racionales, será necesario renunciar a la idea de la racionalidad metódica como la única legítima, y reconstruir otras

nociones de racionalidad más cercanas a las prácticas de los científicos y, en términos generales, a las prácticas de los hombres en distintos ámbitos de la cultura y de la sociedad (Velasco Gómez 2000: 223).

La aceptación de que ni siquiera en las ciencias naturales hay unanimidad, ni monismo metodológico ha sido un gran paso para lo que podríamos llamar, metafóricamente, la sana convivencia entre las ciencias. Las prácticas científicas reales son más plurales de lo que la teoría de la ciencia había querido reconocer y de lo que aún hoy en día, ciertas concepciones de ciencia van filtrando aquí y allá, sobre todo en el desarrollo de disciplinas jóvenes.

#### **4.4 El pluralismo en la ciencia**

Conviene en este punto detenernos y explicar más detalladamente en qué consiste el pluralismo científico, que es la etiqueta bajo la cual se pueden agrupar algunas de las ideas expuestas arriba, y que ha ido cobrando relevancia como un intento de sistematización y fundamentación frente al monismo y sus consecuencias.

El pluralismo científico se caracteriza principalmente por sustentar que la variedad de enfoques, metodologías, representaciones y modelos en las distintas disciplinas científicas son parte inherente de la ciencia y de la obtención de conocimiento. En este sentido, la variedad en los acercamientos epistemológicos y metodológicos es consecuencia no del error o de una práctica científica deficiente, como se ha considerado en numerosas ocasiones, sino de la propia naturaleza de la ciencia y de sus objetos de estudio: la composición del mundo es, ante los ojos del ser humano, diversa, compleja, con zonas que se traslapan; por tanto, no podemos esperar que de ahí obtengamos una representación científica única, capaz de homologar todo ese conglomerado.

Para entender estos enfoques es indispensable reconocer que su origen está en la oposición al monismo epistemológico y metodológico en la ciencia. Recordemos que desde el monismo se acepta que existen diferencias entre los distintos elementos que componen el mundo, pero lo relevante es que para sus defensores el objetivo último de la ciencia es



llegar a una única representación, a un solo modelo capaz de explicarlo todo. Aun cuando llegue a ser reconocido como una quimera, un ideal, para el monismo el avance de la ciencia significa estar un paso más cerca de esta unificación que lleva en última instancia a la explicación total y, en ese sentido, el conocimiento es considerado como acumulativo, un aspecto que, como veremos, será ampliamente debatido en la segunda mitad del siglo XX.

En la entrada “Unity of Science”, de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Cat 2021), el apartado 5 está dedicado justamente a la “desunión” y el pluralismo, y se presentan tres tesis basadas en la oposición a las respectivas tesis de la unificación. Vale la pena revisar y considerar tales tesis y el sentido de esta oposición, con el fin de identificar más claramente a qué responde este movimiento:

-La primera tesis se presenta como una respuesta contra el esencialismo y reconoce la pluralidad de las clasificaciones de la realidad en distintas clases.

-La segunda se opone al reduccionismo (v. *supra*, 4.1.1) al considerar cada nivel de descripción posee su propio nicho de realidad y de eficacia causal, por lo que los distintos niveles son irreductibles al micronivel.

-La tercera tesis va contra el monismo epistemológico y subraya que no existe una única metodología que apoye la existencia de un único criterio de científicidad, ni existe un dominio de aplicación universal ni en términos metodológicos, ni de científicidad; lo que hay es una pluralidad de valores epistémicos y no epistémicos.

Como se ve, se trata de un principio epistemológico bastante general y bajo cuya bandera pueden entrar diversas posturas. Por esta razón, es importante presentar la versión de pluralismo más claramente delimitada que servirá como marco de la propuesta que presento en este capítulo; es necesario también deslindar este pluralismo de posturas que se alejan de lo que aquí defiende.

Las distintas manifestaciones del pluralismo podrían acomodarse en una escala que va desde las posturas más moderadas hasta las más radicales. Lo que aquí defendemos se encuentra más bien en el centro y sostenemos que ambos extremos, el moderado y el

radical, no pueden considerarse pluralismos por las razones que se expondrán a continuación.

Una postura a veces considerada como pluralismo moderado o como “interpretaciones pluralistas moderadas” (Keller *et al.* 2006: xi) es aquella que acepta la multiplicidad de enfoques teóricos y metodológicos como algo inevitable en la ciencia, pero la considera como una etapa de transición en la búsqueda de la unidad metodológica y epistemológica, como vimos antes (4.1.2). Así, desde este punto de vista se admitirían varias explicaciones para un mismo fenómeno, pero como competidoras entre sí, no como complementarias, de manera que la meta seguiría siendo monista: la explicación única y abarcadora.

Es en este último punto en el que se hace evidente que no se trata de pluralismo porque en realidad parte de los mismos ideales que el monismo. Bien podríamos revertir la etiqueta y en lugar de pluralismo moderado considerar estas posturas como “monismo tolerante”, que acepta la pluralidad, pero todavía espera llegar a la respuesta unificadora.

Otra forma a veces confundida con pluralismo es el anarquismo epistemológico, en el que “todo vale” y en el que se anula cualquier característica que permita distinguir el conocimiento científico de otras formas de conocimiento. En este caso, aunque sí se comparte cierta libertad metodológica con el pluralismo, la diferencia es que en este el fundamento epistemológico está en las posibilidades de acercamiento dentro de los límites de la ciencia a un mismo fenómeno, además de que se mantiene (e incluso, se insiste) en la conexión necesaria entre los distintos enfoques y la necesidad de diálogo entre ellos, mientras que en las posturas más radicales las diferencias entre los distintos acercamientos pueden ser tales que la comunicación, comparación y traducción entre ellos es imposible (inconmensurabilidad).

En medio de estos extremos puede haber otros tipos de pluralismo que efectivamente pueden convivir sin contradicción, pero que más bien se enfocan en aspectos diferentes de la pluralidad. Podría decirse que el pluralismo tiene muchas maneras de manifestarse:

Pluralism applies widely to concepts, explanation, virtues, goals, methods, and kinds of representations [...]. In this sense, pluralism has been defined as a general framework that rejects the ideal of consensus in cognitive, evaluative and practical matters, against pure

skepticism (nothing goes) or indifferentism (anything goes) including a defense of preferential and contextual rationality that notes the role of contextual rational commitments, by analogy with political forms of engagement (Cat 2021: §5.2).

En este punto podemos destacar los rasgos del pluralismo que nos permiten considerarlo como una opción que va más allá del rechazo al monismo. Estos rasgos pueden resumirse como sigue: 1) consonancia con la pluralidad ontológica; 2) el reconocimiento de los límites de la ciencia como empresa humana; 3) la valoración/validación de las diferencias entre los distintos tipos de racionalidad y su dependencia de los contextos; 4) el reconocimiento de una científicidad flexible, abierta y de alcance limitado o local.

#### **4.4.1 ¿Por qué adoptar una postura pluralista?**

En este punto se vuelve necesario presentar algunos argumentos a favor del pluralismo que justifican la propuesta que aquí hago de enmarcar las discusiones entre los distintos tipos de ciencia desde una concepción pluralista de la ciencia. Como hacen notar Keller, Longino y Waters: “one might ask whether appeals to pluralism [...] are merely opportunistic gestures intended to avoid answering difficult questions” (2006: ix).

La evidencia de que no es oportunismo, sino una postura epistemológica legítima la podemos encontrar en, al menos, dos tipos de argumentos: los de carácter ontológico y los que tienen que ver como el establecimiento de relaciones más equilibradas entre las distintas ramas del conocimiento. Revisemos algunos de estos argumentos.

Entre los argumentos de tipo ontológico encontramos aquellas que tienen relación con el realismo. Por un lado, está la defensa del pluralismo frente al reduccionismo como una mejor opción ante la complejidad de la realidad: “We think that some phenomena may be such (e.g., so complicated or nebulous) that there can never be a single, comprehensive representation of everything worth knowing, or even of everything causal (or fundamental), about the world” (Keller *et al.* 2006: xi). La renuncia a la representación única no significa que se deba adoptar una postura antirrealista. Se trata, más bien, de reconocer que las

limitaciones de nuestro acceso a la realidad y a la comprensión total subrayan la necesidad de aceptar representaciones alternas y complementarias de un mismo fenómeno.

En su artículo acerca del pluralismo en la biología, John Dupré (2016) ofrece un ejemplo de este tipo con respecto a las representaciones del genoma, que pasaron de ser modelos puramente instrumentales a entidades cuya existencia real no se cuestiona. Lo interesante, y es lo que destaca Dupré, es que no se llegó a un modelo único, sino que coexisten distintos modelos y todos son considerados válidos: dado que el genoma es una entidad altamente dinámica cuya forma y comportamiento están en cambio constante, la multiplicidad de modelos parece ser la más adecuada para un objeto de estas características. Y añade: “Indeed, the possibility of providing multiple consistent though independent models of the genome are now a central part of what puts their existence beyond question” (Dupré 2016: 5). Con este ejemplo se refuerza la pertinencia del pluralismo para lograr una mejor comprensión de un objeto de estudio complejo: ganancia que obtenemos al renunciar a la explicación total.

Por otra parte, si retomamos los argumentos que se refieren a la relación entre las ciencias, podemos encontrar varios puntos que son interesantes y que pueden enriquecer la discusión que hemos venido revisando desde los primeros capítulos en cuanto al lugar de ciencias como la lingüística.

Una de las razones que justifican el abandono de la unificación es que las consecuencias de este ideal son especialmente dañinas para aquellas ciencias que no se ajustan al modelo sobre el que está elaborado, es decir, entre más lejos se esté de la ciencias naturales, más difíciles y sin sentido serán los intentos por acoplarse a la idea de unificación, pues esta implica un reduccionismo que despoja a tales ciencias de algunos de sus rasgos esenciales, como la variabilidad, la dependencia contextual de los fenómenos, la imposibilidad (o inutilidad) de la experimentación controlada, etc. A lo largo de los capítulos anteriores, hemos mostrado cómo una disciplina como la lingüística ha tratado de adaptarse a modelos unificados, con consecuencias muchas veces desastrosas para el desarrollo de su propio carácter científico autónomo. Y, por supuesto, no es sólo el caso de la lingüística, sino que la problemática es común a todas las ciencias de la cultura y las humanidades. Es en ese

sentido que Richardson, con la propuesta de Rickert como punto de partida del pluralismo, señala: “the whole epistemic structure of natural and cultural sciences were different; there was no one way to know everything worth knowing about the world” (2006: 7). Es en este último punto en el que queremos hacer énfasis: aquello que vale la pena conocer acerca del mundo incluye muchos aspectos que el monismo y la unificación simplemente dejan fuera de la ciencia.

#### **4.4.2 Los (posibles) peligros del pluralismo**

Uno de los riesgos más señalados del pluralismo es el relativismo, que a su vez suele asociarse con la irracionalidad y, por tanto, genera cierto recelo y temor entre filósofos y científicos. Richardson, acertadamente, retoma el diagnóstico de Pierce a propósito del escepticismo, de una “hipocondría filosófica”, pero en este caso lo aplica a los temores que desata el pluralismo:

Philosophers have theorized knowledge in such a way that significant shifts in belief or in representational technology lead, *in theory*, to a sort of anxious nightmare of people wholly incomprehensible to one another. But this is not an epistemic phenomenon we are presented with except in the rarest of circumstances—incomprehensibility is (almost) always local and (almost) always subject to diagnosis even if not to reasoned resolution (Richardson 2006: 9-10).

Tal vez este miedo tenga su origen en una pobre comprensión del pluralismo, como apunta la cita anterior. En este sentido, vale la pena retomar las ideas de Alasdair MacIntyre acerca del relativismo en la teoría moral y política (según Velasco Gómez 2000: 230), y aplicarlas también a la ciencia. Este autor hace notar que el hecho de acotar históricamente y culturalmente las concepciones de racionalidad y justicia de acuerdo con distintas tradiciones de investigación no implica un relativismo “en el que todas las tradiciones sean igualmente válidas”, pues entra en juego la evaluación crítica suscitada por controversias internas de una tradición o por la confrontación con otras tradiciones, lo que lleva a un proceso hermenéutico de comprensión y autoevaluación crítica.

¿No podemos imaginar un panorama similar en una actividad tan altamente organizada como es la ciencia? Si además tomamos en cuenta que la comunicación y el intercambio de ideas es considerado como un alto valor en la ciencia, no debería temerse que el pluralismo llevara de manera irremediable al relativismo y la irracionalidad, sino que cabría esperar una mayor comunicación y voluntad de comprensión entre distintas tradiciones, representaciones y metodologías.

La propuesta de una concepción modesta de la ciencia frente a una realidad compleja que nos obliga a reconocer lo inadecuado de la búsqueda de una sola respuesta es una de las ventajas más claras del pluralismo. Reconocer los límites del conocimiento científico y aceptar la pluralidad parece más adecuado en estos tiempos en los que se ha puesto en crisis el modelo de civilización occidental.

En otro sentido, pero estrechamente vinculado con lo anterior, está el hecho de que esta búsqueda de “la respuesta única” ha sido abordada principalmente desde un solo punto de vista: el de las ciencias naturales, que se han erigido como modelo para esta respuesta única, en detrimento de las ciencias que buscan el conocimiento de objetos distintos de lo natural, se llame social, cultural o humano. Son precisamente esas zonas, que siguiendo a Rickert hemos llamado “intermedias”, las que abordaremos en los siguientes apartados.

#### **4.5 La existencia de zonas del conocimiento intermedias (como la lingüística) y su peso para la constitución del pluralismo**

A lo largo de los capítulos anteriores hemos demostrado que la lingüística, con las peculiaridades de su objeto de estudio, no puede atarse a una u otra concepción, a una u otra metodología: es una zona intermedia y como tal, requiere de un acercamiento y una metodología plural. Este carácter no es exclusivo de la lingüística; otras áreas del conocimiento (la economía, la arqueología, la psicología, la ecología, etc.) presentan, con sus problemáticas particulares, este mismo carácter indefinido cuando son abordadas desde una perspectiva monista o dicotómica.

En el segundo capítulo de esta tesis (apartado 2.3.2) vimos que Rickert caracteriza las zonas intermedias [*die Middlegebiete*] a partir de la necesidad de explicar en ellas, al mismo tiempo, lo individual (como en las ciencias de la cultura) y lo general (como en las ciencias naturales).

Tanto la caracterización que hace Rickert como su denominación de “zonas intermedias” servirán como punto de partida para el desarrollo las ideas centrales de este apartado:

-La existencia de dichas zonas de conocimiento es el resultado de las perspectivas monista/dualista de la ciencia.

-Más que zonas de excepción, son puntos en los que se agudizan las carencias de dichas perspectivas.

-Son estas zonas las que ponen en evidencia la necesidad de ampliar y flexibilizar el concepto de ciencia.

#### **4.5.1 Las zonas intermedias más allá de Rickert**

Las zonas intermedias en Rickert son apenas parte de su argumentación central acerca de la autonomía de la ciencia cultural con respecto a la ciencia natural. Esta autonomía, recordemos, se basa en la distinción entre los objetos respectivos (cultural frente a natural) y su correspondiente fundamento epistemológico y metodológico. Este deslinde, aunque ya incluye una refutación del monismo (al menos reconoce dos maneras de obtener conocimiento científico), no puede considerarse como pluralismo en sí, sino apenas como un primer paso en esa dirección.

El punto clave que distingue esta postura dicotómica de una postura pluralista es que mientras en esta los límites entre distintas formas de conocimiento son difusos, en aquella no solo son claramente discernibles, sino que se mantienen cada uno dentro de su frontera (con la excepción, no explicada claramente por Rickert, de las zonas intermedias). La pregunta obvia que se debe responder en este punto es ¿qué debemos entender exactamente por límites difusos? Con esto quiero señalar no solo la pluralidad de objetos y de estructuras

epistemológicas y metodológicas, sino también la permeabilidad entre estas divisiones y la posibilidad no solo de coexistencia, sino de cooperación. En esta caracterización puede ser de utilidad retomar la metáfora que usa Alan Richardson en su crítica a Carnap, que se puede aplicar a cualquier modelo rígido en la ciencia:

A pluralist might hanker after a more practical point of view, suggesting that Carnap's practical decisions were rather like a carpenter being asked to choose exactly one tool at the start of a job and to stick with it. Pluralist carpenters would rather have saws, hammers, screwdrivers, and the rest, as needed—and sometimes one needs to use both a screwdriver and pliers for one and the same job (Richardson 2006: 8-9).

Las zonas intermedias pueden ser vistas como ejemplos de esta pluralidad metodológica, por lo que juegan un papel importante en la comprensión de otras formas de hacer ciencia.

#### **4.5.2 La importancia de las zonas intermedias en la crisis monista/dualista**

Esto nos lleva al siguiente paso en la argumentación: que las zonas intermedias no son “tierra de nadie” en medio de dos polos bien delimitados. Más bien, son precisamente zonas en las que se vuelve evidente la inoperancia tanto del monismo, como de la dicotomía *ciencia natural/ciencia cultural*. En realidad, este conjunto de conocimiento que llamamos científico está constituido por un *continuum* y una pluralidad en los que metodologías rígidas conviven con heurísticas, intuición e introspección, todo esto inmerso, además en un contexto sociocultural que sí juega un papel en las decisiones del científico. Alrededor de ese *continuum*, que podemos llamar “especial” (el conocimiento científico sí es un tipo especial de conocimiento), hay otros tipos de conocimientos con los que, por supuesto, la ciencia es susceptible de establecer un diálogo, como la propia filosofía, los saberes tradicionales, etc.

Si entendemos la ciencia de esta manera, las zonas intermedias no son excepciones, sino zonas en las que agudiza el pluralismo y la variedad metodológica, que está presente de manera fundamental, pero con mayor o menos fuerza, en la ciencia en general, incluidas las ciencias naturales. En estas, la participación relevante de la imaginación, la intuición, los roles sociales de los participantes, los métodos heurísticos, etc. suelen considerarse



fuera del proceso científico, pero cada vez es más evidente que es imposible discernir una línea divisoria clara (o un criterio de demarcación al estilo popperiano). De esta manera, reconocer la existencia de zonas intermedias nos lleva a cuestionar no solo el de por sí tambaleante concepto de ciencia unificada, sino también la división dicotómica.

### **4.5.3 Epistemología y metodología plural**

En este punto, se hace necesaria una presentación, a manera de esbozo, de qué se entiende, epistemológica y metodológicamente hablando, por pluralismo. Hasta el momento he presentado argumentos que van de la ontología a la configuración del conjunto de ciencias y sus interrelaciones, es decir, de la ciencia como un todo y la necesidad de reconocer, por un lado, la multitud de objetos de estudio científico, y por otro, la variación en los enfoques, metodologías y el consiguiente carácter incompleto de cualquier acercamiento a un objeto de estudio dado. El paso de estos aspectos generales a una metodología plural desde cada área de estudio, desde cada disciplina es algo que, por su propia naturaleza, resulta imposible tratar aquí, no solo porque rebasa desmesuradamente los alcances de esta tesis, sino porque es justamente la idea de flexibilidad, apertura y cooperación entre enfoques y disciplinas distintos la que puede llevar a cada intento individual por caminos no previstos. Hecha esta aclaración, en lo que sigue presentaré brevemente algunas líneas generales al respecto, centrándome en el caso particular de la lingüística.

#### **4.5.3.1 Métodos cualitativos e intuición**

La utilización de métodos cuantitativos en la lingüística es relativamente reciente y, por esta razón, presenta algunas deficiencias y confusiones que van desde la formación de los estudiantes, hasta las razones que llevan a la elección de estos métodos. Como hemos visto en los capítulos anteriores, sin una revisión cuidadosa de las necesidades del objeto de

estudio puede caerse en la utilización de ciertas metodologías simplemente porque son consideradas como “más científicas”. Si dejamos de lado por el momento el problema de la formación de los lingüistas en la utilización de los métodos cuantitativos, podemos considerar que la elección debería basarse en un primer acercamiento intuitivo al fenómeno que permita evaluar la pertinencia de dichos métodos. No olvidemos que, a diferencia de otras áreas del conocimiento, en la lingüística el analista parte de un conocimiento intuitivo del objeto de estudio y es difícil establecer una frontera nítida entre su papel como usuario de la lengua y su papel como analista.

Es justamente esta intuición la que le permite identificar aquellos que Itkonen llama “casos poco claros”, en los que el conocimiento intuitivo parece ser contradicho. Es ahí donde se puede echar manos del abanico de herramientas metodológicas para las que como científico deberá estar preparado. A la par, el reconocimiento del acuerdo respecto a los “casos claros” conforma la base o punto de partida del análisis lingüístico: “[...] lo más importante es que existe una enorme cantidad de casos claros en los que las intuiciones son coincidentes, es decir, en los que existe un acuerdo colectivo (aunque sobre todo implícito) sobre lo que es correcto o válido.” (Itkonen 2014, pos.1459-1460).

El reconocimiento desprejuiciado de ambas posibilidades sólo es posible en el marco de una concepción plural de ciencia y método. Si abandonamos la obsesión por formular un criterio de demarcación y optamos en su lugar por reconocer la necesidad de una concepción de ciencia más flexible y realista, estaríamos en condiciones de tener una mejor comprensión de estas áreas del conocimiento, sus problemas y los posibles acercamientos a sus soluciones.

Para llegar a este punto es indispensable, por un lado, el cuestionamiento de las formas establecidas y por otro, la reflexión metateórica a partir de las ciencias particulares; es en ambos puntos en los que espero contribuir con esta tesis.

## **4.6 Conclusiones**

Según hemos visto a lo largo de este capítulo, es necesario cuestionar las bases ontológicas y epistemológicas del monismo y evaluar la utilidad de una solución dicotómica desde las prácticas científicas reales. Al hacerlo, nos encontraremos cada vez con mayor evidencia de prácticas plurales y menores indicios de una progresión continua. La coexistencia de distintas tradiciones de investigación, metodologías y criterios para la evaluación de la racionalidad remarcan la necesidad de una revisión del concepto de ciencia y una reevaluación del lugar de zonas intermedias en el mapa general de la ciencia.

## **Conclusiones generales**

A lo largo de esta tesis se ha afirmado la necesidad de cuestionar los rasgos que se consideran propios de la ciencia: progresión, racionalidad metódica, una demarcación absoluta entre ciencia y otras formas de conocimiento y la exclusión de los elementos históricos en la reconstrucción del método científico. Una de las razones que aducimos para rechazar esta concepción de ciencia es que, al tener como base las características (idealizadas) de las ciencias naturales, no se toma en consideración a las ciencias de la cultura y humanidades, dejando dos posibilidades para las disciplinas que conforman estas últimas: intentar asimilarse y adoptar los métodos de las ciencias naturales, o bien, poner en duda su carácter científico.

Al poner en discusión el concepto de científicidad, se abre la puerta a nuevas posibilidades de relación entre las ciencias naturales y las ciencias de la cultura y las humanidades, lo que a su vez nos conduce a una reconfiguración del concepto de ciencia, necesaria en estos tiempos en los que parece que hemos aceptado la falibilidad de todo, menos de la ciencia.

El problema puede empezar a desenredarse desde las etapas básicas de la formación científica, pues en toda disciplina se parte de una preconcepción de cuáles deben ser las características del conocimiento científico y del mejor método para alcanzarlo y, la mayoría de las veces, no se cuestiona ni hay una reflexión desde el interior de las ciencias particulares. Lo que hemos hecho en esta tesis es revisar una serie de problemas derivados de tal preconcepción y hemos puesto especial atención a su efecto en las ciencias de la cultura y las humanidades.

La razón por la que consideramos necesario enforarnos en tales ciencias es la siguiente: las ciencias naturales (particularmente la física) se han consolidado como el modelo de verdadera ciencia, obligando a otras disciplinas y ramas de conocimiento a emularlas o asimilarse a ellas.

Esta adaptación y asimilación de las ciencias que tratan con lo cultural a los modelos de las ciencias naturales crea una serie de conflictos que se pueden agrupar como sigue:

- a. Importación acrítica de metodología “probada” en las ciencias naturales: métodos cuantitativos, rechazo a la intuición y a los métodos no algorítmicos por considerarse “poco científicos”.
- b. Delimitación *ad hoc* del objeto de estudio, con el objetivo de integrarse o acercarse a las ciencias naturales.
- c. Falta de claridad con respecto a las relaciones entre las distintas áreas del conocimiento, dando como resultado relaciones conflictivas o asimétricas.

A lo largo de la tesis hemos ilustrado algunas de estos conflictos con el caso de la lingüística, pero hemos visto que es común a otras disciplinas, como la biología o la psicología. La ventaja de abordar estos problemas desde una disciplina particular es que nos ha permitido ver claramente cómo los argumentos objetivos acerca de la delimitación del objeto de estudio y de las metodologías utilizadas se entrelazan con prejuicios y anhelos de acercarse a un modelo de ciencia dominado por los enfoques naturalistas.

La pregunta de si el uso de ciertos métodos (cuantitativos, por ejemplo) se justifica por una necesidad de la investigación o porque es un método aprobado desde las ciencias naturales, se entrelaza con la delimitación del objeto de estudio: ¿dejamos fuera lo que no se ajuste al modelo natural, lo que no es posible cuantificar? El costo de la eliminación de esos rasgos que no encajan en el modelo natural es, hemos demostrado, demasiado alto, pues quedan fuera características esenciales de los objetos llamados culturales, como su individualidad, su historicidad, su relación con el contexto, etc. Hay que buscar pues una manera de conciliar estos rasgos con nuestro concepto de ciencia. Lo que afirmamos en esta tesis es que es este el que requiere ser replanteado y no al revés.

En un primer momento, si consideramos las diferencias entre los objetos de la naturaleza y los de la cultura, parece claro que requieren metodologías y acercamientos distintos. Sin embargo, también hemos visto que no hay una división tajante. Por un lado, los objetos

naturales, al convertirse en objetos de estudio, se ven limitados por la historicidad del ojo humano que los analiza; por otro lado, los objetos culturales están inmersos en el mundo natural y están sujetos a las mismas leyes naturales que los demás objetos, aunque en este caso, lo más importante es que al convertirse en objeto de estudio son vistos bajo la óptica de una ciencia diseñada para ver y estudiar lo natural. Dado que tampoco es posible trazar una línea nítida entre naturaleza y cultura, la separación absoluta y la autonomía de las ciencias de la cultura, como trató de fundamentar Dilthey, no soluciona el problema, pues sigue dejando a estas subordinadas a las ciencias naturales.

La identificación de zonas intermedias del conocimiento —aquellas que pueden pertenecer tanto al mundo natural como al mundo cultural y que retomamos de Rickert (1965)— nos ha servido para dar el primer paso hacia un replanteamiento de la clasificación de las ciencias y de las relaciones entre las disciplinas que pertenecen a distintas áreas del conocimiento.

Uno de los puntos clave de esta tesis es que las zonas intermedias no son, como planteaba Rickert, una excepción dentro del cuadro bien delimitado de ciencia natural/ciencia cultural, sino más bien un ejemplo del dinamismo que existe al interior de las ciencias particulares y en las relaciones entre las disciplinas.

El pluralismo es, como hemos visto, un acercamiento a la ciencia que considera a la variedad de enfoques, metodologías, representaciones y modelos en las distintas disciplinas científicas como parte inherente de la ciencia y de la obtención de conocimiento. De esta manera, ofrece mejores posibilidades para comprender las zonas llamadas intermedias, pero lo importante es que no se limita a ellas, lo que nos permite reinterpretar todo el conjunto de las ciencias a partir de una concepción distinta.

Desde esta perspectiva, el modelo unificado, el monismo metodológico y objetos de estudio aislados resultan obsoletos y poco realistas. Entender el dinamismo de las relaciones entre las ciencias, rechazar la imposición del modelo de las ciencias naturales y

cuestionar el proyecto de ciencia unificada, abre las posibilidades de comunicación y de reinterpretación de las fronteras entre las distintas tradiciones de investigación.

El propio concepto de tradiciones de investigación permite navegar más fluidamente entre distintas aguas, pues no implica fronteras rígidas, sino la agrupación de metodologías y formas de encarar el objeto de estudio que tienen similitudes entre sí y que son compartidas en un momento histórico por quienes hacen ciencia. Al revalorar el papel de los aspectos sociohistóricos en la ciencia y ponerlos en un primer plano, entendemos mejor las limitaciones internas de esta y, al mismo tiempo, aceptamos su cercanía y compatibilidad con otras formas del conocimiento. Así, a diferencia de lo que sucedía a finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, ya no se pretende entender a la ciencia como la cima de la racionalidad y de la perfección humana que trasciende al individuo, sino que justamente se reconoce su carácter de producto cultural.

Por otra parte, el replanteamiento de la delimitación del objeto de estudio desde el pluralismo implica la aceptación de los modelos fragmentados, que se traslapan y complementan entre sí y que no necesariamente compiten para llegar a una forma única o a la “mejor explicación posible”. De esta manera, se subvierte la imagen progresiva de la ciencia que, como vimos, lleva en última instancia a la concepción de ciencia unificada, es decir, a la idea de que cada vez estamos más cerca de una explicación del mundo completa, unitaria y sin fracturas.

La imposibilidad de una ciencia con tales características está dada no solo por las características de los objetos de estudio, sino por el propio carácter humano de la ciencia: los aspectos socioculturales permean por todos lados la práctica científica y resquebrajan los ideales de racionalidad metódica y uniformidad. La complementariedad entre los distintos modelos, la fragmentación de los objetos de estudio y el diálogo entre tradiciones resulta así más enriquecedor que la ciencia unificada y monolítica y aislada de otras formas de conocimiento.

En el caso particular que revisamos en esta tesis, la lingüística, hemos visto que los distintos modelos de acercamiento al objeto de estudio tienden a ser excluyentes entre sí y que la caracterización del lenguaje como una institución social o como una entidad psicológica tiene mucho que ver con las concepciones de ciencia de los lingüistas, muchas veces sesgadas y motivadas por un afán de acercarse a la “verdadera ciencia”, esto es, a la ciencia natural. El caso de Chomsky es un claro ejemplo pues, como hemos visto, una parte central de su programa era encaminar a la lingüística hacia la psicología y de esta manera, desplazarla al ámbito de lo natural, aun cuando esto implicara dejar fuera todo rasgo sociocultural del objeto de estudio.

La reflexión hecha en esta tesis aboga por una ciencia plural en lugar de monolítica. La propuesta es que una visión desde el pluralismo científico puede ayudar a comprender la naturaleza difusa de ciencias como la lingüística, pero también de la ciencia en general y de las relaciones entre las distintas disciplinas.

La exploración de los problemas derivados del anhelo unificador nos ha llevado a concluir que es necesario, por un lado, cuestionar y repensar el propio concepto de ciencia y, por otro lado, reflexionar desde las ciencias particulares acerca de las propias concepciones, metodologías (y las razones para elegir las) y las relaciones entre las disciplinas y entre modelos en competencia.

Como toda investigación, concluimos con más preguntas que respuestas. Evidentemente, la intención de esta tesis no es definir un nuevo modelo de ciencia, ni tiene aspiraciones prescriptivas con respecto a cómo hacer ciencia. Se trata simplemente de una reflexión de los problemas que presentan los modelos actuales, vistos desde el interior de una ciencia particular. Quedan entonces, por lo menos, un par de preguntas que no es posible responder en este trabajo: ¿cómo se pueden armonizar, en términos prácticos, las distintas posturas con respecto a qué es la ciencia? ¿Es capaz el pluralismo de lograr este fin? Nos queda claro que la reflexión es un primer paso en ese sentido, pero aún queda mucho camino por recorrer en la erradicación de prejuicios y divisiones obsoletas en la ciencia.



## Bibliografía

- Abel, T. (1953) "The Operation Called *Verstehen*" en H. Feigl y M. Brodbeck (eds.) *Readings in the Philosophy of Science*. New York: Appleton Century Crofts. 677-687.
- Apel, K. O. (1967) *Analytic Philosophy of Language and the Geisteswissenschaften*. Dordrecht: Springer Science/Business Media.
- Bernárdez, E. (1995) *Teoría y epistemología del texto*. Madrid: Cátedra.
- Bischoff, S. T./ Jany, C. (eds.) (2013) *Functional Approaches to Language*. Berlín: De Gruyter.
- Bustos de, E. (1999) "Objetividad". En: Villoro, L. (ed.). *El conocimiento*. Madrid: Trotta. 89-106.
- Butterfield, H. (1957) *The Origins of Modern Science*. Londres: G. Bell & Sons.
- Carr, P. (2006) "Philosophy of Linguistics" en: A. Barber y R. Stainton (eds.) *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language and Linguistics*. Oxford: Elsevier. 560-565.
- Cassirer, E. (1942/2014) *Las ciencias de la cultura*. México: FCE. 3ª ed.
- Cassirer, E. (1964/2016) *Filosofía de las formas simbólicas I*. México: FCE. 3ª. ed.
- Cat, J. (2021) "The Unity of Science", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2021 Edition), Edward N. Zalta (ed.). <<https://plato.stanford.edu/archives/sum2021/entries/scientific-unity/>>.
- Chalmers, A. F. (1984) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* México: Siglo XXI, 2ª ed.
- Chomsky, N. (1957/2002) *Syntactic Structures*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Chomsky, N. (1965/1970) *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Aguilar.
- Chomsky, N. (1966/2009) *Cartesian Linguistics. A Chapter in the History of Rationalist Thought*. Cambridge: CUP. 3º ed.
- Chomsky, N. (1989) *El conocimiento del lenguaje*. Madrid: Alianza.

- Coseriu, E. (1986) *Lecciones de lingüística general*. Madrid: Gredos.
- Croft, W. y Cruse, A. (2004) *Cognitive Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Devitt, M. (2003) "Linguistics is not Psychology", en: A. Barber (ed.) *Epistemology of Language*. Oxford: Oxford University Press. 107-139.
- Devitt, M. (2006) *Ignorance of language*. Oxford: Oxford University Press.
- Devitt, M. (2006a) "Intuitions in Linguistics", *British Journal for the Philosophy of Science*, 57, 481-513.
- Dilthey, W. (1883/1980) *Introducción a las ciencias del espíritu*. Madrid: Alianza.
- Dilthey, W. (1944) *El mundo histórico*. Traducción, prólogo y notas de E. Imaz. México: FCE.
- Dilthey, W. (2000) *Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los Esbozos para una crítica de la razón histórica*. Prólogo, traducción y notas de Antonio Gómez Ramos. Epílogo de Hans-Ulrich Lessing. Madrid: Istmo.
- Dupré, J. (2016) "Realism, Pluralism and Naturalism in Biology" en: *Rethinking Order: After the Laws of Nature*, Nancy Cartwright y Keith Ward (ed.). London: Bloomsbury.
- Echeverría, E. (1993) "El concepto de ley científica" en Carlos Ulises Moulines (ed.). *La ciencia. Estructura y desarrollo. Enciclopedia iberoamericana de filosofía*. Madrid: Trotta. 57-88.
- Feigl, H. (1953) "Unit of science and unitary science". En: H. Feigl y M. Brodbeck (eds.), *Readings in the Philosophy of Science*. Nueva York: Appleton Century Crofts. 382-384.
- Fodor, J. A. (1974) "Special Sciences (or: The Disunity of Science as a Working Hypothesis)" *Synthese*, Vol. 28, No. 2, pp. 97-115.
- Givón, T. (2013) "On the Intellectual Roots of Functionalism in Linguistics" en: S. Bischoff y C. Jany (eds.) *Functional Approaches to Language*. Berlín: De Gruyter.

- Gómez, A. (2013) “Archeology and Scientific explanation: naturalism, interpretivism and «a third way»” en: H. Andersen et al. (eds.) *New challenges to philosophy of science*. Dordrecht: Springer Netherlands. 239-251.
- Grimm, S. R. (2016). “How understanding people differs from understanding the natural world”. *Philosophical Issues*, 26 (1), 209-225. doi:10.1111/phils.12068
- Hacking, I. (1996) *Representar e intervenir*. México: Paidós.
- Halliday, M.A.K. (1995) “Systemic Theory” en: E.F.K. Koerner y R.E. Asher (eds.) *Concise History of the Language Sciences. From the Sumerians to the Cognitivists*. Oxford: Pergamon. 272-276.
- Hamid, N. (2016). “Dilthey on the unity of science”. *British Journal for the History of Philosophy*, 24 (4), 635-656. doi:10.1080/09608788.2016.1158691
- Hanson, N.R. (1965) *Patterns of Discovery*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hempel, C. G. (1965) *Aspects of Scientific Explanation and Other Essays in the Philosophy of Science*. New York: Free Press.
- Hopper, P. J. y Thompson, S. A. (1980) “Transitivity in grammar and discourse”. *Language* 56 (2). 251-299.
- Ismael, J. (2018) “Why (Study) the Humanities?: The View from Science”. En: Stephen R. Grimm (ed.), *Making Sense of the World. New essays on the philosophy of understanding*. Nueva York: Oxford University Press. 177-193.
- Itkonen, E. (1978) *Grammatical Theory and Metascience. A critical investigation into the methodological and philosophical foundations of the ‘autonomous’ linguistics*. Ámsterdam: John Benjamins.
- Itkonen, E. (2005) “Concerning the Synthesis between Intuition-based Study of Norms and Observation-based Study of Corpora”, *SKY Journal of Linguistics* 18, 357–377.
- Itkonen, E. (2013) “On explanation in linguistics”. *Energeia* V.  
 [<http://www.romling.uni-tuebingen.de/energeia/de/uebersicht-2013.htm>]

- Itkonen, E. (2014) *¿Qué es el lenguaje? Introducción a la filosofía de la lingüística*. Traducción, introducción y notas de Araceli López Serena. Madrid: Biblioteca Nueva. Edición digital.
- Janda, L. (ed.) (2013) *Cognitive Linguistics. The quantitative turn*. Berlin: De Gruyter.
- Joseph, J. E. (1995) "Trends in Twentieth-Century Linguistics: An Overview" en E.F.K. Koerner y R.E. Asher (eds.) *Concise History of the Language Sciences. From the Sumerians to the Cognitivists*. Oxford: Pergamon. 221-233.
- Joseph, J. E. (1995a) "Saussurean Traditions in Linguistics" en E.F.K. Koerner y R.E. Asher (eds.) *Concise History of the Language Sciences. From the Sumerians to the Cognitivists*. Oxford: Pergamon. 233-239.
- Keller S.H., Longino, H.E. & Waters, C.K. (2006) "Introduction: The Pluralist Stance", en: Keller S.H. et al (eds.). *Minnesota Studies in the Philosophy of science, vol. XIX: Scientific Pluralism*. Minneapolis: University of Minnesota Press. vii-xxviii.
- Kincaid, H. (2002) "Social Sciences" en: P. Machamer y M. Silberstein (eds.) *The Blackwell Guide to the Philosophy of Science*. Oxford: Blackwell. 290-311.
- Koyré, A. (1957/2008) *Del mundo cerrado al universo infinito*. México: Siglo XXI. 13ª ed.
- Koyré, A. (1977) *Estudios de historia del pensamiento científico*. México: Siglo XXI.
- Kuhn, T.S. (1962/2006) *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Kuhn, T.S. (1982) *La tensión esencial*. México: FCE.
- Lakatos, I. (1970) "Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes". En: I. Lakatos y A. Musgrave (eds.). *Criticism and the Growth of Knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press. 91-195.
- Langacker, R. (1991) *Concept, Image and Symbol. The Cognitive Basis of Grammar*. Berlín: Mouton de Gruyter.

- Langacker, R. (1995) "Cognitive Grammar" en: E.F.K. Koerner y R.E. Asher (eds.) *Concise History of the Language Sciences. From the Sumerians to the Cognitivists*. Oxford: Pergamon. 364-368.
- Langacker, R. (2008) *Cognitive Grammar. A Basic Introduction*. Nueva York: Oxford University Press.
- Laudan, L. (1978) *Progress and its Problems. Towards a Theory of Scientific Growth*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- Laudan, L. (1996) *Beyond Positivism and Relativism. Theory, Method and Evidence*. Oxford: Westview Press.
- Lavandera, B. (1992) "El estudio del lenguaje en su contexto sociocultural". En: F. J. Newmeyer (comp.). *Panorama de la lingüística moderna de la Universidad de Cambridge. Vol. IV: El lenguaje: contexto socio-cultural*. Madrid: Visor.
- López Serena, A. (2003) "Algunos aspectos epistemológicos de la lingüística moderna", *Res Diachronicae Virtual 2*, 210-218.
- López Serena, A. (2009) "Eugenio Coseriu y Esa Itkonen: Lecciones de Filosofía de la lingüística", *Energeia I*, 1-49.
- López Serena, A. (2014) "La filosofía de la lingüística de Esa Itkonen: hermeneútica frente a monismo metodológico fisicalista" Presentación en: Itkonen, E. *¿Qué es el lenguaje? Introducción a la filosofía de la lingüística*. Madrid: Biblioteca Nueva. Edición digital.
- Nagel, E. (1961/2006) *La estructura de la ciencia. Problemas de la lógica de la investigación científica*. Barcelona: Paidós.
- National Academies of Sciences, Engineering, and Medicine (2019) *Reproducibility and Replicability in Science*. Washington, DC: The National Academies Press.
- Newmeyer, F. (2002) *Generative Linguistics. A Historical Perspective*. Londres/Nueva York: Routledge.

- Niiniluoto, I. (1984) *Is Science Progressive?* Dordrecht: Springer.
- Penke, M., Rosenbach, A. (2007) *What Counts as Evidence in Linguistics? The case of innateness*. Ámsterdam/Filadelfia: John Benjamins.
- Popper, K. (1978) *Three Worlds*.  
 [disponible en: [https://tannerlectures.utah.edu/\\_documents/a-to-z/p/popper80.pdf](https://tannerlectures.utah.edu/_documents/a-to-z/p/popper80.pdf)]
- Popper, K. (1985) “Conocimiento: subjetivo contra objetivo”. En: D. Miller (comp.), *Popper: escritos selectos*. México: FCE. 61-82.
- Richardson, A. W. (2006) “The many unities of science. Politics, semantics and ontology” en: Keller S.H. et al (eds.). *Minnesota Studies in the Philosophy of Science, vol. XIX: Scientific Pluralism*. Minneapolis: University of Minnesota Press. 1-25.
- Rickert, H. (1965). *Ciencia cultural y ciencia natural*. 4a. ed. Madrid: Espasa.
- Riemer, N. (2009) “Grammaticality as evidence and as prediction in a Galilean linguistics”. *Language Sciences* 31, 612-633.
- Sampson, G. (1980) *Schools of Linguistics. Competition and Evolution*. Londres: Hutchinson.
- Saussure, F. de (1916/2019) *Curso de lingüística general*. México: Akal.
- Scholz, Barbara C., Pelletier, Francis Jeffrey and Pullum, Geoffrey K., (2016) "Philosophy of Linguistics", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Edward N. Zalta (ed.).  
 [ <https://plato.stanford.edu/archives/win2016/entries/linguistics/> ]
- Schütze, C. (2016) *The Empirical Base of Linguistics. Grammaticality judgments and linguistic methodology*. Berlín: Language Science Press.
- Stevens, G. (2013) Philosophy, Linguistics, and the Philosophy of Linguistics, en: H. Andersen et al. (eds.) *New challenges to philosophy of science*. Dordrecht: Springer. 435-444.

- Vega Encabo, J. (2009) “Sujetos, objetividad y razón pública” en F. Broncano y A. R. Pérez (coords.) *La ciencia y sus sujetos. ¿Quiénes hacen la ciencia en el siglo XXI?* México: Siglo XXI/UNAM. 34-56.
- Velasco Gómez, A. (2000) “Heurística y progreso de las tradiciones en las ciencias y las humanidades” en: A. Velasco Gómez (coord.) *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades*. México: Siglo XXI/UNAM. 222-237.
- Vico, G. (1725/1978) *Principios de una Ciencia Nueva en torno a la Naturaleza*. México: FCE. 2ª. ed.
- Villoro, L. (1989) *Creer, saber, conocer*. México: Siglo XXI, 2ª ed.
- Von Wright, G. H. (1971/2004) *Explanation and Understanding*. New York: Cornell University Press.
- Wearing, C. (2006) “Philosophy of Science and Linguistics” en: A. Barber y R. Stainton (eds.) *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language and Linguistics*. Oxford: Elsevier. 566-568.
- Willems, K. (2012) “Intuition, introspection and observation in linguistic inquiry”. *Language Sciences* 34. 665-681.
- Worrall, J. (2002) “Philosophy of Science: Classic Debates, Standard Problems, Future Prospects” en: P. Machamer y M. Silberstein (eds.) *The Blackwell Guide to the Philosophy of Science*. Oxford: Blackwell. 18-36.
- Žegarac, V. (2006) “Language as an object of study”. En: Barber, Alex y Stainton, Robert J. (eds.). *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language and Linguistics*. Oxford: Elsevier.